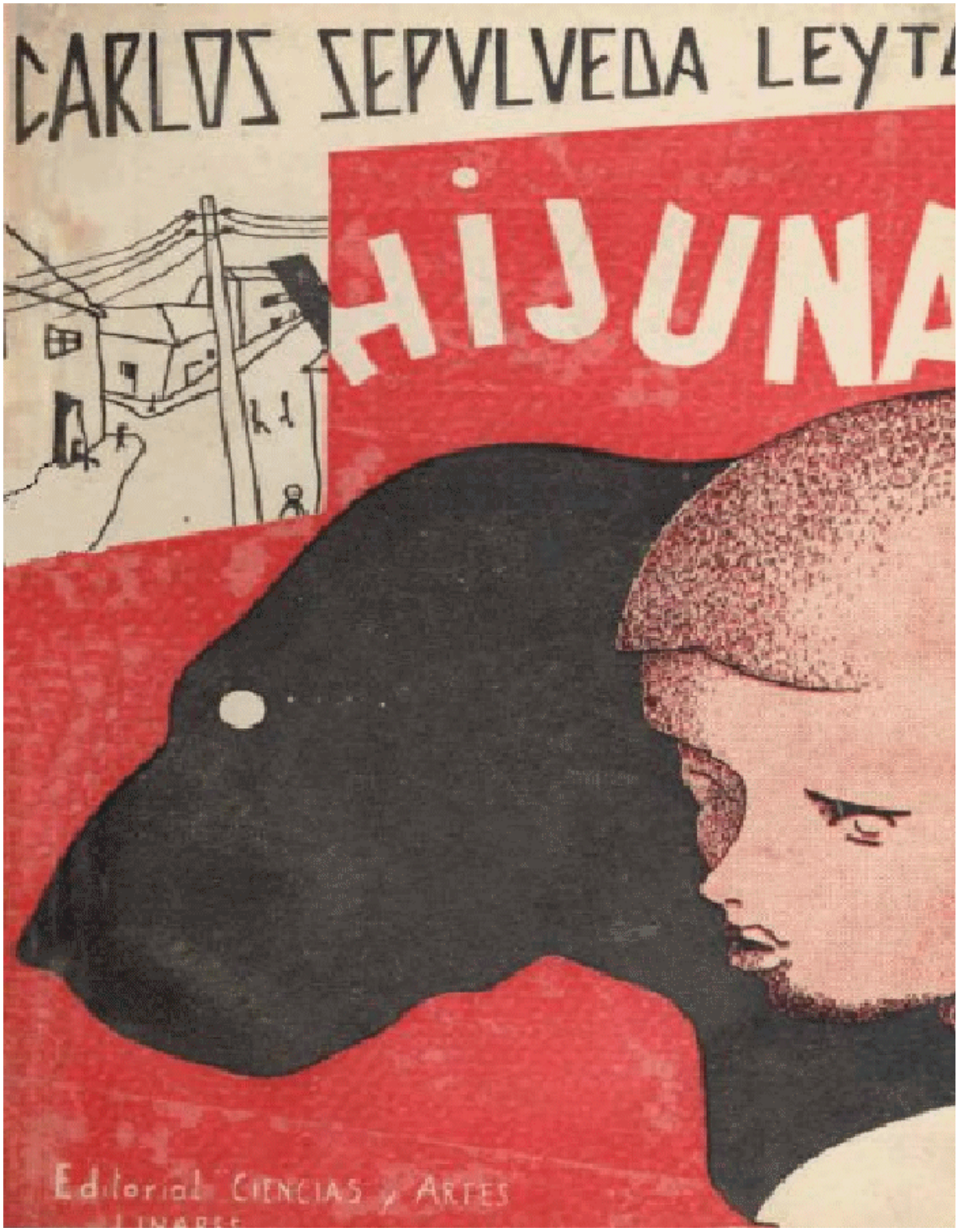
HIJUNA...

CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

El prólogo de Hijuna

Quizás cueste creerlo: quienes tuvieron la heroicidad de leer los originales de HIJUNA..., amigos míos, naturalmente, me repitieron tanto concepto elogioso que (mi debilidad acaso me alucinó) me decidí a la publicidad.

Por ahí por el sur, el hombre más hermano mío de mis amigos -periodista de prestigio limpiamente ganado-hizo una frase colosal al insinuarme yo en demanda de un prólogo escrito por su mano y firmado con su nombre:

-"HIJUMA... es un acierto muy grande... El ambiente tan honradamente enfocado, el estilo tan original, tan de tu modo, los personajes tan vivos en su realidad; oye... créeme: YO NO SOY CAPAZ *para eso de un prólogo..."*

La cosa ya no tenía remedio: el libro estaba en prensa.

-"¡Haberme dicho antes tu juicio... para no embarcarme...!

Por su parte, otro buen amigo de Linares, demócrata y poeta, encontró de su deber escribirme una carta muy atenta y muy sincera:

"Mi estimado y buen amigo: He leído HIJUNA... y me ha gustado en líneas generales, aunque, para serle franco, debo decirle que no estoy muy de acuerdo en ciertas reflexiones puestas en boca de algunos de sus personajes y, sobre todo, EN EL COMENTARIO SARCÁSTICO Y ESCÉPTIC0 QUE MI AMIGO HACE DE PERSONAS Y DOCTRPINAS EN SÍ RESPETABLES*. Habría sido un placer para mi prologar MIJUNA.... etc., etc."*

.....

¿Habrá necesidad de afirmar que no he tratado de escribir un apólogo? ¿Debo decir, para que se me comprenda y se me crea, que no he pretendido presentar una tesis?

Dolida hondamente la impotencia mía ante la miseria fisica de los niños de hoy, preferí escribir sobre niños de mi época, cuando el obrero manirroto ganaba el sustento y alimentaba las "cantinas" con los pesos de plata que el sistema no escatimaba: niños criados-si se me perdona la frase-a todo potrero, bien nutridos y bien ignorantes, rezadores del Padre Nuestro, imperante y viva la fantasía, audaces y temerarios hasta decir la verdad de ellos, que no puede, de manera alguna, ser la verdad codificada por el buen criterio de los hombres circunspectos...

Al escribir sobre el barrio Matadero de Santiago, barrio que el autor conoce y que, naturalmente, ama, habría sido un atentado de torpe sectarismo no haber insinuado, aunque episódica y deficientemente, (NUNCA CON SARCASMO)*, la obro civilizadora y, por ende, revolucionaria, del revolucionario más auténtico-en su campo- que yo haya conocido: el sacerdote católico don Miguel León Prado, actual Obispo de Linares.*

No creo, pues, como teme mi buen amigo el poeta demócrata, que HIJUNA... vaya a dar un pesar al señor Obispo; tampoco he tenido, ni he querido tener, la inteligente habilidad de ir a preguntárselo...

Maestro de escuela el autor (maestro chileno) sería ocioso aclarar la negra intención de vender "su obra"...

Amigos de Linares me felicitaron -honrándome- los pesos de níquel necesarios para esta aventura... EL afán de la Editorial por establecer capacidades linarenses afines en la técnica del libro literario, ha hecho posible esta materialización de Hijuna... que, a pesar de acerbas tribulaciones (1), acaso no desmerezca de las ediciones corrientes de la

Capital. Y la interpretación que Gustavo Zárate Valenzuela -artista nuestro- ha hecho en la portada, es, sencillamente (así lo pretendo), una profunda y humana captación de HIJUNA...

Todas estas gentes que me han ayudado y estimulado, tienen la "culpa", pues, de esta COSA *que, acaso, pueda tener lectores.*

CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON.

Linares, 13 de Marzo de 1934.

(1) Por un inconveniente imprevisto, este libro hubo de ser terminado en otra imprenta, y no en la que se empezó.

I

Mi buena madre, la señora Rosario, no era, precisamente, mi madre: era, más bien, mi tía. Aunque, a decir verdad, tampoco era mi tía: era la tía de mi padre.

Mi piadosa abuelita, la señora Micaela, santa entre las santas (resistía tres misas en ayunas), no era, precisamente, mi abuelita: era, verdadera y simplemente, sólo y nada más que la madre de mi padre.

Para el caso, Juan de Dios, me digo ahora, da lo mismo…

Pero, de niño…

Porque yo, a pesar de todo… también (¡hace tanto tiempo!) he tenido una almita de niño…

Yo mismo… ¡tan grandote como soy!…

La verdad: de niño me habría gustado cabalgar al hapa de mi padre, y que este dijera: " - «¡Hupa!… ¡hupa!»…

De niño, me habría gustado que la madre mía…

Bueno, para el caso, me digo ahora, da lo mismo, Juan de Dios. ..

Alta y robusta mi buena madre, emprendedora y dadivosa, gustadora del mejor comer posible, todo su cariño lo dejaba caer enérgicamente en mis espaldas: en cada azote ponía todo su carácter enérgico.

Yo no podía dejar de reírme cuando me azotaba: recogía alientos y hacía tantas figuras y producía tanto estruendo que copiaba ridículamente a los gigantones arrancados de los cuentos de los malos gigantes: de aquellos que echan abajo a los robles enhiestos; pero que no pueden con la doblada yerba que pisan.

Mi buena madre, la señora Rosario, pegaba fuerte; pero lo hacía con tan hondo convencimiento que el hacer otra cosa habría sido negarse a sí misma.

Por eso la quería yo entrañablemente, y si me reía era sólo porque me daba risa el verla afearse sin necesidad: los palos duelen de la misma laya, sean dados con gesto asesino o no.

Era, mi buena madre, una mujer sincera, y nunca engañó a nadie. Creo sí que una sola vez en su vida engañó a alguien; pero fué a mí: por eso digo que nunca en su vida engañó a nadie, y digo la verdad. Y todo fué una poca cosa.

Parece que ya en aquella circunstancia, la pobre vieja estaba francamente en camino de pobreza, es decir, de mayor pobreza aún, algo así como si dijera de mucha estrechez. Me resisto a escribir la palabra miseria, porque es demasiado grande, demasiado noble, demasiado triste…

Y así las cosas, llenó la casa toda una familia.

Llegó un señor español y sentó sus reales en la casa nuestra. Pero el señor español no venía solo. Un hombre honesto y muy cargado de espaldas, tenía que ser, forzosamente, muy cargado de familia. Casado con una mujer flaca, casi esquelética; ¡pero qué fecunda…! La mujer flaca, en sus ratos, raros, de bondad, o en sus momentos, frecuentes, de necesidad, decía al dirigirse a mi buena madre:

-Tiíta, mire tiíta…

La tiíta respondía con brusquedad:

-Qué yo no soy tu… eso que dices… ¡Ya se lo han comido todo…!

Pero la mujer flaca mimaba gimiendo:

-¡Tiíta... tiíta...!

Mi buena madre, entonces, con gesto desesperado de hombre a quien no queda más camino que transformarse en héroe, estrujaba el pobre bolso sucio, de *tela de buque,* levantada la amplia pollera azul...

Así pues, aquel señor español, tan honesto y tan cargado de espaldas, se había dedicado en Chile, quizás en obediencia a qué imperativos resabios de herencia, a procrear a todas sus fuerzas.

Empecinado en su denodada empresa, embistió con bríos, y, en aquella mujer flaca y casi esquelética, hubo trece hijos, no más.

Trece hijos pataleantes y gruñones; pero muy «fidalgos», eso sí...

Tan fidalgos, que pretendieron procurarse un rato a mi costa.

Porque sabían ellos, los chiquillos y las chiquillas, muchas historias de indios salvajes y mal avenidos con el señor Dios de la cristiandad y con el señor Rey de las españas: vale decir, estar en desgracia irremediable con el Dios del Cielo y con el Dios de la Tierra: sin posibilidad alguna de salvación... Caballos fogosos, corazas refulgentes, indios «en cuero», capitanes donairosos y terribles, marquesados y condados áureos, todas esas palabras las sabían de corrido los trece vástagos del señor español.

Todo eso lo sabían, lo contaban y trataban de revivirlo.

Intentaban, en sus juegos, actualizar las escenas heroicas de «sus antepasados».

Claro: yo debía hacer el «indio».

El indio debe huir, y yo debía huir.

El indio debe «esconderse», y yo debía esconderme: la casa nuestra, y la calle nuestra y todo lo que pudiéramos abarcar, serían la selva, la montaña, el río, el refugio desesperado del indio...

El pendón de España, airoso, señalaría el camino a los bien garridos caballeros, y el indio, «en cueros», a mansalva, apuntaría su flecha envenenada...

Avanzaría el ejército: un gran capitán a la cabeza, todo escamado en la soberbia coraza, y yo debía hacer el sordo y el ciego, agarrado a mi escondite, sin moverme.

Confiado en la ley del juego, me escondí en el hueco de una puerta, sin gran empeño de ocultarme.

Los bellacos, ahora lo sé, con falsía de raza superior, abusaron de mí, y, en mí, de la ingenuidad de toda raza primitiva, de todo rebaño.

Atisbaron mis pasos y, a poco de dada la señal convenida, caía yo en la triste condición de un prisionero de guerra. Eso sí que no me guardaron respeto alguno. El derecho de gentes... no... era sólo un juego de niños, demasiado bien imitado del de los hombres...

Y lo tomaron tan a lo serio, y tan a lo serio me iban a aplicar la ley de los hombres, que no me quedó otro camino que pedir auxilio a mi hermano único, es decir, a mi único perro... ¡A mi Perro!

Mi Perro...

¡Mi soberbio perro amarillo, mí buen caballito capaz de galopar llevándome triunfalmente en su lomo blando, mi «Ñato», hermano mío, indudablemente!

Clamé:

-¡Ñato... Ñato...!

Mi perro entró en batalla, y recuerdo bien que intentó jugar haciendo de niño...

Éramos dos indios mi perro y yo, dispuestos a pelear de firme y con

buen ánimo.

Los muchachos caían revolcados en el abrazo poderoso y amigo de mi Ñato.

Nos menudearon palos y piedras, desbordada la inquina de aquellos descendientes de los conquistadores ínclitos y astrosos.

Menudeé yo también palo y piedra, florecida mi sangre en rojo, como una copihuera.

¡No!...

No serían capaces esos «coños» de porquería...

Bien sabía yo lo que era el pelear a puños, a piedra, a palos.

Día de por medio teníamos batallas campales con los muchachos «del otro lado del cequión», y esos «cuadrinos» sí que eran bravos y hábiles. De cien pedradas no nos pegábamos una: bastaba recoger una pierna, inclinar un poco la cabeza, mover levemente las caderas, doblarse en ellas o perfilarse en un giro rápido, para que la piedra recta a nuestro cuerpo pasara rozándonos... Pero estos pobres diablos no sabían más que del cuadrillazo y de pegar por la espalda. Afirmado a la pared, uno solo de nosotros podía «dárselas» a diez de «éstos»...

Tontos y pesados, había que advertirles:

-Felipe, Alonso, Manolo... ¡allá vá!...

Había que buscar las partes menos peligrosas para pegarles...

Ya lo he dicho: mi perro intentó jugar, haciendo de niño; pero a poco los vió tan «hombres» que gruñó fuerte y peló, amenazante, los grandes dientes bravíos...

Y bastó.

Bastó que mi perro los tratara como a perros, ya que ellos no quisieron ver en él un niño, para que las huestes soberbias de conquistadores trasnochados en el tiempo, pusiéranse en atropellada fuga.

Y quedamos dueños del campo.

Y nos olvidamos de todo, mi perro y yo.

Solos y victoriosos, ¡qué lindo era el mundo y qué nuestro era!...

Dos niños frente al mundo, dos perros, dos seres absolutamente hermanos...

-¡Hijuna!... Hijuna!... -escandalizó una voz en la calle tranquila, y ensombreció el mundo lindo y nuestro.

El Ñato entendió al momento. Al momento entendí yo.

El perro agachó el hocico alegre, y culebreó la cola entre las patas...

Se nos llamaba... y no para darnos chocolate...

No había más «¡Hijuna!» en el mundo que nosotros, mi perro y yo, no tanto mi perro como yo...

Ibamos a compartir una paliza, seguramente.

Siempre compartíamos las palizas.

La causa la provocaba yo, y él, mi querido perro, hermano mío, nunca dejaba de sufrir los efectos.

En mi defensa, una vez zamorreó por las polleras a mi buena madre, la señora Rosario.

Se habló de ahorcarlo; pero todo quedó en nada, porque los dos nos fuimos, en fuga, al Parque, dispuestos a no volver nunca más, y nunca más habríamos vuelto, si mi buena madre, acompañada de algunos vecinos, no se comprometiera solemnemente a no pegarnos aquella noche...

Abandonamos el matorral en que nos habíamos refugiado y nos vinimos adelante: el Ñato reía mostrando sus agudos colmillos amarillentos, y

llegamos a casa sin pelear con nadie.

Ahora, la cosa es distinta: atroz escena gesticulante del señor español tan cargado de espaldas y de familia...

¡Pero qué tremendo coraje de hombre!...

Dice de Dios unas cosas terribles, y trata de cabrones a todos los santos.

Su afilado rostro se alarga más y mas, hasta terminar en un punto negruzco; la nariz en gancho empalidece y resopla...

Ruge:

-¡Muerte para el perro!... ¡Corrección para el muchacho!...

Y lo dice con tal denuedo, que es un verdadero gusto oírle.

La zalagarda formada por el «gringo» pone en alarma a la gente del conventillo del lado.

Los perros y los chiquillos primero, después las mujeres y, por último, los hombres, salen en tropel y forman corro.

Todos forman corro y todos toman partido.

Doña Filomena, tan gorda y tan sucia, redonda de los pies a la cabeza, hecha toda entera una pelota fofa, se desinfla:

-¡Que el gringo se vaya a la puta...!

Los chiquillos chillan.

La mujer flaca y tan fecunda, gimotea:

-¡Tiíta!... ¡Mire tiíta...!

El español, ofendido en forma tan descomedida por doña Filomena, se recoge en una musaraña de gato enfurecido, zanquea, y, en las narices mismas -unas narices como un botoncito rojo perdido en el rostro esférico-y en las narices mismas de doña Filomena, grita frenético:

-¡Zambomba...! ¡Zambomba...!

Pero la gorda Filomena se vuelve un poco, se palmotea las nalgas exuberantes, e insulta:

¡Tu abuela... «gringo» emigrante!

Un carcajeo desafiante zahiere y aplasta al español, huérfano ya de su Dios, de su Pendón y de su Rey.

Abatido, lacio, murmura:

-Indios... indios...

Y yo me planto frente al gringo:

-¡Oiga...! ¡A mi perro no lo mata nadie...! ¡Nadie!

Mi buena madre, la señora Rosario, hace estruendo:

-Entre todos se querían comer al chiquillo.

¡Yo no soy tu tía, zalamera! ¡Todo se lo han comido ya! ¡Y nadie me toca el perro...! Ven, Hijuna, ven.

Me entrego entero. Me lleva al dormitorio y me dice (nunca la vi así antes), casi llorando:

-¡Ya me tiene cansada esa «parvá»...!

Toma unas trolas de quillay y golpea con fuerza en el bronce del catre...

Y me advierte:

-Grita lo más que puedas... Y da otro golpe, gritando:

-¡Pa que aprendas...! *(Pero grita fuerte,* Hijuna...)

Las trolas de quillay levantan un ruido de azotes en el bronce del catre, que parece quejarse.

-¡Pa que no seas peleador!-sigue reprendiendo al aire mi buena madre... («¡Pero grita Hijuna...! ¡Por amor de Dios...!»)

La miramos con mí perro sin comprender.

Yo no puedo gritar... no entiendo, no puedo...

Mi buena madre deja de apalear el bronce del catre y comienza a pegarme, desganada:

-(¡Grita... Hijuna de mi alma... grita que me vuelvo loca...!)

No puedo, no entiendo...

Desesperada, mi buena madre, la señora Rosario, comienza a cargas la mano, a resoplar y a ponerse fea...

Entonces (no pude resistirme) me río con una risa alegre, grande, que atraviesa la casa...

-¡No quieres gritar, Hijuna... te ríes de mi sufrir, Hijuna... toma... toma...!

Me da con toda su alma, me pega con toda su enorme sinceridad...

¡Qué buen pegar tiene la pobre vieja...!

Pero no puedo gritar: no está en mí, a pesar de los ruegos y a pesar de los palos...

Después, cuando la veo anhelante, sofocada, rendida, corro a darle agua fresca en un vaso claro como una lágrima muy grande...

Recibe el agua la pobre vieja y llora mi buena madre, con llanto de madre, sentada en la cama ancha...

Mi perro se echa a sus pies y, mansamente, lame los zapatos de género de nuestra única madre...

Veo claramente en ese momento lo inolvidable: la pobre vieja se ha pegado a sí misma... ¡y con qué fe...!

Se tiene rencor, indudablemente: algún hecho suyo «le pesa» y por eso se aplicó en mis carnes (tenía que ser en mis carnes), aquella despiadada y fervorosa disciplina...

No siento el dolor de la azotaína y reacciono igual que mi perro: almas iguales, después de todo. E, igual que mi perro, me echo a los pies de nuestra madre...

Llora largo ella, y lloramos largamente juntos, despacito. Juntos lloramos los tres... Juntos: el lamer puede ser el llorar de los perros.

Los tres: ella, la pobre vieja sufrida; él, el Ñato, hermano mío, un pobre perro, y yo, el ¡Hijuna!, un pobre niño, pasamos la tarde juntos, llorando y acariciándonos...

¡Feliz momento de mi infancia...!

Una mujer tan sincera que nunca engañó a nadie, me engañó...

Dióme maltrato sin quererlo: la obligué con mi risa cruel...

Y fué ella la maltratada...

Siquiera, en esa edad, tuve la dicha de poder llorar... Después...

Pasamos la tarde en el dormitorio humilde: la ancha cama de ella (demasiado ancha para su soledad); la angosta camita mía (demasiado angosta para mi soledad); una mesa adornada con tejidos de hilo blanco; una lámpara, un par de sillas y la cómoda, antigua y solemne.

Inolvidable escena: una mujer sufrida, un perro sufrido y un niño sufrido, llorando juntos...

Una gran paz nos cobija y cae en nosotros con el suave peso de una cortina de terciopelo.

Después, el señor español se va con su *parvá.*

Desde entonces, todos, los tres, nos procuramos una vida feliz.

Nada de palos.

Continuamos el Ñato y yo entendiendo por Hijuna. Pero, ahora, esto es un hijuna dulzón y acariciante, algo así como si con eso se pretendiera decir:

«hijo mío»...

* * *

Desde entonces, aquella mujer emprendedora y dadivosa, cuando cuenta su cuento de cómo compró aquella casa, en el arrabal, una gran casona de mucho fondo, la mejor del barrio; cuando habla de sus trabajos, pone tal ternura en su voz que yo la veo transfigurada a modo de un gran corazón irreductible. Ella, la que rara vez fué a misa («la misa se hace en casa»), cuenta que, en un apuro extremo (iba a perder la casita), invocó a su devoción: el Señor «Jesús de la Buena Esperanza».

En el abandono de la noche, sola en su pieza, en la desolada compañía de su ánima huérfana, ella «lo vió», ella «lo sintió»: en la pared de adobes en bruto, se movió de «un lado para otro» el señor de la Buena Esperanza. Y ella, sin más ayuda que ella misma en el mundo, logró, aferrada a la milagrosa oportunidad, salvar su casita. Todo no fué más que un leve movimiento del Señor de la Buena Esperanza que, de izquierda a derecha hizo «ras-ras»... «y la casa se salvó». El Señor de la Buena Esperanza había dicho en su movimiento de izquierda a derecha, en su leve ras-ras, rozando la dura paja del adobe en bruto... sí... cuando iba hacia la derecha, y había repetido... sí... cuando volvía hacia la izquierda... Por lo demás, el Señor de la Buena Esperanza no hizo tamaña gracia «sin su qué».

Mi buena madre se acerca a la estampa y contempla con cariño un poco socarrón a ese manso Señor de hábitos inflados en las caderas, como si usara polizón; en la diestra, una desproporcionada da cruz, grande en demasía; cordolón terminado en borla y, ennobleciendo el policromo, una sonrisa infinitamente comprensiva de la fatalidad de los siete pecados capitales:

-Eres un buen muchacho, caballero mío -murmura mi buena madre-y afirma con voz convencida: «pero tienes tu qué».

Cuando nos cuenta el cuento pueril de su casita lograda mediante milagro, cuando reticente tintinea su duda cariñosa y simple: «no hizo tamaña gracia sin su qué»; invariablemente el Ñato menea la cola, dándose por enterado de todo, y yo, ensimismado y suspenso, galopo en el caballito brincador de la fantasía:

-¿Y por qué este Señor de la Buena Esperanza no hace una cosa bien buena: repetir su milagro en el cuartito de todos los pobres...?

Todo el conventillo del lado pasaría a ser de todos, y la gente no pelearía a fin de mes, en el momento de pagar «lo que no se acaba nunca de pagar», como dice la gorda Filomena.

Y con sólo moverse en la pared, de un lado para otro, haciendo un poquito el péndulo, haciendo un poquito el caballero que vuelve de una fiesta, ya nadie en el mundo pagaría arriendo... y nadie pelearía. Pero el Señor de la Buena Esperanza, «con ese qué que tiene», no hace nada, y ahí se está en la pared, inmóvil, con las polleras infladas en las caderas, sin querer hacer «ras-ras...» «Eso es lo malo», diría Enrique, el muchacho triste.

Mi buena madre no sabía explicar su intención al decir aquello; pero era indudable que en la frase la buena vieja rebelde ponía mucho de malicia y que se dirigía al Señor de la Buena Esperanza sin melindres, como dando a entender que se entendían y se conocían las mutuas flaquezas.

Y en tanto exalta su espíritu y amasa en su alma la dulce ficción tan obstinadamente repetida, hasta conseguir hacerla carne de verdad, la buena, la heroica vieja, nos acaricia: al perro y a mí: es como nuestra única

Librodot

madre y, a modo de madre, también sabe acariciar...

Librodot

II

Un domingo de Setiembre, en la calle terrosa en partes y en partes aún hecha un lodazal, a pleno sol, en amplia libertad, estamos «sujetos», en las nubes, al colorido de los volantines que florecen el alto cielo en flores vivas y saltarinas: los muchachos de «este lado del cequión» sostenemos un desafío colectivo con los «del lado de allá». Los del lado de allá nos están ganando lejos: sus padres saben «curar» mejor el hilo que la mayoría de los obreros aburguesadotes del lado nuestro: casi todos obreros de la Fábrica de Cartuchos. Los del otro lado tienen sus mañas, aparte de que curan el hilo con lo que sólo ellos saben de la hiel de vaca...

Nos están ganando lejos, y ya nuestros mejores volantines se han «ido a las pailas». Pero, como no hay nada que alegar, estamos haciéndoles la «cruza» con unas «ñeclas» livianitas y que «la revuelven» a los dos lados, encabritadas y audaces.

Hemos usado las mejores tácticas; pero la mala suerte nos persigue. Al principio, Perucho «colió» el volantín de Cesario, un bandera chilena soberbio: dos volantines nuestros se dejaron caer en el hilo tenso por la «recogida» que hizo Cesario, la mejor mano en el campo de nuestros enemigos. Pero la «cañuela» de Perucho se enreda en un pedazo de zuncho, y no tiene más que recoger también; pero, al hacerlo, embarrila sus propias piernas con el hilo envidriado. Entonces, Cesario, inteligente y rápido, «alarga», y uno de los nuestros se va a las pailas... En seguida, el volantín de Perucho que tiene coleado al otro, se va cortado también.

-¡Maricas...!-insulta despechado Perucho- «¡Con timbales!»

Pero no se trata de pelear y hay que seguir. Con las cuatro ñeclas que nos quedan les hacemos la cruza. El bandera chilena, triunfante y sosegado, está «parado en el hilo» que, por la mitad de su extensión «guatea un poco» y, en el cielo claro, se estila una suave morbidez que se esfuma en un puntito tricolor, como una cabecita de niña pintada. La derrota nuestra alcanza un poco a los hombres y a las mujeres de nuestro lado, y la victoria de los del otro lado entusiasma en seguridad y orgullo a la mezclilla azul del matadero. Pero la gente crecida no puede tomar parte en el suceso: de hacerlo, echaría a perder su causa. La pesadumbre y el regocijo son expresados en gestos febles por nuestra parte, y en ademanes heroicos por la de ellos.

Sólo Perucho no pierde la fe: es nuestro capitán.

-Piquerazos, piquerazos-ordena bravamente.

-Falta viento-contesto.

Hay que llamar el viento, no hay otro remedio.

Siete desharrapados rondan en medio de la calle y chivatean:

José... José... José...
que corra el viento otra vez...
José... José... José...

El conjuro embruja a los elementos y, a poco, desde los confines del sur, donde debe haber molinos colosales que fabrican el viento, nos llega el largo respirar de lo desconocido: los volantines crujen y el papel de seda gime en una amenaza de partirse; remolinan nuestras ñeclas, y el volantín bandera chilena, un pavo de a pliego, tira del hilo con ansias de espacio. Más pequeños los otros volantines de su bando, nos buscan «haciendo ladeadas» y cruzando sus hilos a poca altura del propio compañero.

Perucho, infatigable, corre de un lado a otro dando rápidas y apagadas recomendaciones:

-Lucho, síguelo con la cañuela: tres adelante; déjense caer; Juan de Dios, ¡no te metas!, quédate atrás, recoge.

Desafiantes, en una clavada profunda de «peuco» nuestros pequeños volantines «chupetes», carcomidos ya casi hasta la mitad del palillo «del medio», se dejan caer en los hilos entrecruzados de los que nos han estado persiguiendo y acorralando, cegados por el triunfo inicial.

Se hace un silencio expectante: el interés de toda esa gente arrabalera está prendido en las suertes de los volantines «en comisión».

Los del conventillo han llegado hasta el cequión, y ahí amarran apuestas con los hombres vestidos de mezclilla azul, con los «cuadrinos».

Todo se hace entre bromas y puyas; pero sin ofensas graves, pues el torneo ha sido planeado por el gordo don Pedro, el del buen chancho a la chilena, a condición de la exclusiva competencia de los chiquillos y «sin picarse».

Todos los ojos clavados en los volantines, las manos protegiendo el mirar a modo de visera en la frente, aparece la calle pintarrajeada de percal y de mezclilla, como si «desde arriba» alguien pudiera entretenerse en «encumbrar hacia abajo» estos bultos a modo de barriletes.

Sólo ño Flojera, sentado en el umbral del portón del conventillo, no se mueve, y su mirada barre la pared del frente, la horada acaso y la traspasa quizás hasta dónde, perdida en su pensamiento.

Alba en su delantal, sin dejar de tejer, Lucía, hermana de Perucho, «la Señorita», ha soslayado un poco la esquina para ver mejor, y sonríe...

Ella entregará el premio a los vencedores: el buen hilo marca cadena para los muchachos y unas cuantas varas de zangala que serán entregadas a las madres.

Además, el gordo don Pedro ha prometido un tragullo «pa los hombres».

* * *

Sale como un humito de los hilos que se corren hiriéndose, royéndose en un mordisco largo.

Cesario mancha el silencio con una palabra sucia, dicha en su tono cantante de maucho.

Todos, amigos y enemigos, han caído sobre su volantín bandera chilena, símbolo de triunfo y de pelea sin cuartel,

Suelta el hilo de golpe, a puñados: tres de sus compañeros desenrollan la cañuela que baila en el aire como si fuera un huso; se añade otra cañuela

desenvidriando los extremos del hilo con la saliva de la lengua asomada en punta a los labios resecos: con un solo movimiento de los dedos ágiles y nerviosos, soldan el hilo en un nudo ciego, y con un roer enérgico de los incisivos mondan el nudo a ras del hilo. En espirales van desenrollando la cañuela y el hilo envidriado hace un ruido de lija en las manos veloces.

-¡Listo!, gritan, y Cesario, como quien dice dios a lo que no se puede retener, abre las manos y el hilo huye, serpenteante y fugaz... el volantín consigue bajar y burlar por un momento el asedio de todos, amigos y enemigos, revueltos en la confusión del ataque cuerpo a cuerpo.

Huye el hilo y corre por el moginete de las casas, rebanando el pastito que, en el barro que junta a las tejas, forma una cintita verde en remedo de larga diadema de esmeralda: salta el pastito segado bruscamente y cabrillea en el blanco del hilo en fuga,

-¡Alarguen, alarguen!-resuena la voz de Perucho.

Golpea un poco más el viento y las ñeclas chupetes, sin firmeza en el hilo suelto, giran en remolino y bajan el nivel de los tejados hasta quedar fuera de la vista, algunas, perdidas en el fondo de los sitios sin árboles. Obligado a levantar, Cesario sostiene levemente la tensión y, haciendo un bocín de cada mano, a la altura de los ojos hace que ruede la cañuela a merced de lo que tira el volantín. Los demás, incluso los compañeros, ya enredados y confundidos todos, ven elevarse sus pañuelitos de papel y los diferencian apenas por sus colores.

A lo lejos, en la otra cuadra, un volantín contrario queda asido a las ramas del alto eucaliptus que, tomando parte en el juego, pierde en él unas cuantas hojas desprendidas en vuelo zigzagueante: van cayendo las hojas agudas aserradas por el hilo inteligente y beligerante; pero, de pronto, el volantín se sosiega y se eleva en alto; el hilo, de la parte de acá del eucaliptus, se afloja primero y, después, cae cortado haciendo una larga serpentina.

Entonces, es el eucaliptus, grandote y bobo, el que juega al volantín en un juego sin alternativas.

Anudado a las ramas, el papelito de seda se mece cerca de las nubes sosegadamente, como descansando.

Impedido de tomar parte en la batalla, pretendo entrometerme en el juego del eucaliptus; pero me sorprende Perucho y me ordena «no meterme con nadie». Me entretengo, a pesar de todo, en hacer revoleteos por sobre los volantines en comisión, cuidando de no comprometerme. Hombres y mujeres gritan un solo grito: -«¡A las pailas...! ¡A las pailas!»... Los del otro lado del cequión barbullan cochinadas.

Repentinamente, como un hombre fulminado que cayera de espaldas, el soberbio volantín de Cesario «ha parado la cola» y, dando volteretas, se ha hundido como un pájaro herido de muerte. Corren chiquillos y hombres del lado contrario: el volantín se va con mucho hilo. De pronto, chiquitito ahora, el bandera chilena hace un tirabuzón hacia arriba y comienza a elevarse sin apremio, libre de toda domesticidad, y se pierde en el profundo azul, guiñando...

-Recoge, y listo -pasa diciéndome Perucho. Me rodean unos cuantos y encáñuelan el hilo cuidadosamente. Uno me desea:

-¡Con tal que no te pesquen debajo!

Nervioso, intento tirarme encima de todos; pero el jefe amenaza:

-¡Cuidado con hacer leseras...!

Y se van cortados un volantín y otro, y otro más.

Uno de los chiquillos nuestros llega sudoroso y sangrante: ha sostenido un verdadero zafarrancho para conseguir traer en triunfo los palillos de nuestro volantín pechuga amarilla, orgullo de Vicente, el volantinero nuestro.

-¡Perdimos! -dicen las voces de nuestro lado- ¡perdimos!

-¡Arranca...!-resuena la voz de Perucho.

Dos volantines contrarios, ñeclas como el mío, de un cuarto de pliego, han quedado dueños del campo.

Cesario ordena a los suyos:

-¡Tanteen el hilo!

De mis enemigos, es el Cabro el mas de temer: eleva su volantín, todo rojo, lo más alto que puede y, temerariamente, en una vuelta, lo clava recto en un «tiranteo» repetido, enérgico.

Clavado hacia el lado nuestro, a pesar del viento que nos favorece, agarra media cuadra de nuestros dominios y, al medio de la calle, por sobre las cabezas de los espectadores, la «revuelve» y se «encumbra» nuevamente.

-¡Perdimos... pero está bonito!-confiesan los nuestros.

El otro, un volantín a cuadros negro y blanco, carcomido casi hasta los tirantes, rezonga en hilachas haciendo sus últimas cabriolas.

Estoy en la esquina opuesta a ellos, nervioso y timorato.

Perucho viene hacia mí y, apenado, da su orden última, una desesperación:

-Juan de Dios... ¡tírate a la suerte...! Y se va paso a paso, ya sin preocupaciones: llega a la esquina de su chanchería y se sienta en la piedra que sirve de grada para entrar «al negocio». Su padre, el gordo don Pedro, majestuoso como un barril, llena la esquina y, al hacer un movimiento, «tapa» materialmente a Perucho: el no ver «al capitán» me desalienta...

-¡Guarda... que no te pesquen debajo!-me advierten en un grito alarmado y solidario.

El volantín rojo me persigue. Hago todo lo puedo. Me domina. Pasa con su piquera rozando el hilo tenso de mi volantín encabritado y mismo, con un arte asombroso, se revuelve sobre sí en un círculo cerrado, y se rasga el ala vibrante en el hilo cobarde que hace «quites» desesperados. Cae el volantín, abierto, de lado y de golpe.

-¡Bravo!-gritan los míos, admirando la audacia y el juego del Cabro.

Perucho llega a mí, corriendo y revivido.

-¿No ves...? A la pura suerte... ¡tírate...!

Los míos recogen el volantín del Cabro y, en un gesto de amplia pleitesía, lo entregan al enemigo «con todo el hilo».

Me domina un ansia irresistible de emular en audacia y en generosidad... *(¡Lucia repartirá los premios...!)*

El viento pega fuerte. Mi volantín es un remolinito gris, cual runrun, un remolinito nada más.

El contrario está recogido, sosteniéndose en sus palillos, carcomido entero en sus cuadritos blanco y negro: rezonga.

Corro y me clavo casi en las mismas manos de mi enemigo y alargo, alargo, cruzándolo casi a flor de tierra.

Perdido el control, el muchacho, una manchita azul de cuadrino metido en su mezclilla, recoge afiebradamente, y yo me entrego alargando afiebradamente.

-¡Así nó... así nó!-protestan de uno y otro bando.- ¡Así nóoo...!

En tierra, al besar la tierra casi los dos papelitos de colores, una alita

blanquinegra aletea, hace un saltito para elevarse; pero, sin sostén, guillotinado el hilo a una cuarta de los tirantes, cae, como un cuerpo sin cabeza.

Mi remolinito gris, amplía ahora sus círculos tambaleantes, de una vereda a otra, de un alero a otro y, triunfante, sobrepasa las casas humildes y, crujiente, se eleva y se agita como una bandera, mientras en ambos bandos el regocijo es cierto, porque «se pelió de veras».

El buen Perucho ensaya saltos de carnero, tirando a la tierra suelta toda la verdad de lo que ha pasado:

-…¡La suerte… la pura suerte…!

Cesario, encabezando su grupo, proclama nuestro triunfo:

-¡Ganaron, pues… pa otra vez será…!

Don Pedro, en mangas de camisa, gordo y afable, invita:

-¡Al tragullo, niños, al tragullo…!

«El Cristo», el hombre de respeto del otro lado, accede:

-Vamos, pues… ¡Este don Pedro…!

Los hombres se juntan en la esquina; pero siempre agrupados por el color de sus ropas… los chiquillos también. Los hombres beben en «potrillos».

Lucía (¡qué orgulloso me pavoneo ante sus ojos de ensueño!…) reparte los premios con sus manos albas de hada, (las hadas han de tener las manos muy albas) y yo retengo en mis manos «rebanadas» por el hilo envidriado, las manitas de la linda niña que me premia: hilo marca cadena y zangala…

Mi buena madre y doña Filomena intervienen.

Mi madre dice:

-Que sea por igual…

Y doña Filomena:

-Y si nó… ¡nó!

Entonces don Pedro hace brillar el sol, proclamando:

-¡Doblaos los premios… igual pa toos…!

«El Cristo» detiene su gesto al beber y comenta, potrillo en mano:

-¡Este don Pedro… salud!

* * *

Caen las primeras sombras y la calle se aquieta.

Solo, grandote y bobo, el eucaliptus, una cuadra más allá, hacia el norte, sigue jugando al volantín en un juego sin alternativas… Y el papelito de colores sigue, amarrado a las altas ramas, en un movimiento de cuna, acunándose cerca de las nubes, como un niñito que se fuera a dormir…

III

Viene hecha una potrilla mi piadosa abuelita: al verla tan peripuesta nadie diría que es tan terriblemente piadosa...

Ungida en dignidad, baja del lamentable coche de arriendo y hace un globo negro con sus polleras de monja.

Flacos los caballos y flaco el cochero, y flaco el pucho apagado en los labios flacos del simón: gorda mi abuelita...

La palomilla, en cardumen, rodea el coche. Mi buena madre, alta y amplia, la esconde en el robusto abrazo fraterno de ella: abraza igual que azota, con toda su alma grande.

Mi piadosa abuelita, recatada, abraza con un brazo (negro el brazo hasta los dedos enguantados) y con el otro, también enfundado en negro, hace una raya, gruesa como un negro reptil, por debajo de las caderas de mi buena madre, y golpea sus muslos, agarrándolos hasta las corvas, con las macizas cuentas fúnebres de un rosario largo, terminado en una cruz de lata.

Yo no podría decir ahora a qué vino a casa; pero es lo cierto que veo a las dos buenas viejas irse de palabra en palabra, hasta llegar al escándalo y abrir de par en par las puertas imprecantes del odio y de la fatalidad.

En el comedor, sentada mi piadosa abuelita en el abierto sillón de mimbre, mi buena madre al frente, hecha toda un solo ademán de rabia, dando grandes golpes en la mesa, hicieron las dos una larga, una pueril, una trágica escena ridícula... Una, fría y melosa; áspera y brava la otra, se pelearon con ganas.

Arrinconados mi Ñato y yo, cambiamos miradas de inteligencia, porque, la verdad, no comprendemos nada; pero nos gusta todo.

Mi piadosa abuelita, acaso para aplacar el espíritu del mal que se encrespa en la lengua de mi buena madre, se persigna a cada rato y cuando habla, lo hace con unción muy grande y muy gangosa:

-¡Loado sea nuestro Señor...! Ya todos murieron y yo purgo en este valle de lágrimas la culpa de todos... ¡Que el buen Dios quiera perdonarme...!

-¡Perdonarte...! ¡Sólo que fuera un Dios de piedra...!-protesta implacable y sacrílega mi buena madre.

-Rosario... Dios... mi Dios...

-¿Tu Dios...? ¿También tendrás poder para robarme a Dios...? ¿Engañarás a Dios también...?

-¡La voluntad de Dios...!

-¡Picara... no metas a Dios en tus porquerías... Dios está ciego cuando

no te aplasta y no sella tus labios falsos... falsos... que rezan...!

-Soberbia... soberbia...

-Soberbia... (ríe en una risa gruesa...) Soberbia la tuya...

(Se recoge en un silencio penoso, y galopa su vida por los gestos de sus manos, por el llamear de sus ojos, por el acero de su tono, cuando estalla, desbordada, volcada la entraña):

-¿Porque eras bonita, verdad...? ¡Muñeca de leche...! Pero eras falsa, eres falsa y morirás falsa... Y es falso todo lo tuyo: ¡Tu infierno y tu gloria! Y por tu culpa, su vida y mi vida y la de todos (me mira), fueron y serán un solo nudo ciego de fatalidad...

(La pobre vieja se ahoga y, en asfixia, dibuja un manoteo grotesco, y así subraya una grande herejía: resuena en mi alma como una bofetada en las luengas barbas de Dios, o, también, como una patada en la fea cola del diablo):

-¡Que el Diablo te lleve... si es más tonto que Dios!...

-¡Misericordia...!

Una lonja de sol nimba a mí piadosa abuelita y, por la puerta abierta, se estira la raya amarilla y se agudiza en el rincón, tal que una daga.

Mi piadosa abuelita se levanta en un movimiento solemne: su negro hábito de monja se infla y se acuchilla en lo gordo...

Sin alientos, rendida acaso por haber gritado hasta el concho de sus penas, mi buena madre se entrega entera al Destino, maniatada por un brusco y enorme cansancio de vivir: una palabra simple:

-Sola... sola...

Entonces, una voz tranquila, cruel, fría y gangosa, gangosea:

-Juan de Dios... acércate...

(Hasta ese momento yo no existía, ni existía mi perro para esa... señora).

No tengo ganas de acercarme a esa señora que azulea en lo negro de sus ropas, como si sus manos y su rostro fueran un poso de leche con agua en una gran fuente de greda negra. No tengo ganas y se lo digo:

-¡No quiero...!

-Anda... Hijuna... que es tu abuela...

-¡No quiero...!

-¡Hijuna...!

-¡Rosario! ¡Mira lo que hablas... más decencia...!

(Se persigna apresuradamente).

Mi buena madre se estremece, electrizada; pero logra atajar el insulto:

-Hablo como me da la gana, con mi lenguaje

-¡Bien lo decía yo, Dios mío...! (Se persigna) No lo podrá educar la pobre... ¡Rosario, eres demasiado «arrotada»...!

Mi buena madre se levanta, corpulenta y fornida, y con una gran dignidad de reina muy fea, dice:

-Esa es la puerta, Micaela... y muchas gracias...

Precisamente, en la puerta asoma la frutilla de la nariz de la vieja María. Es una vieja seca, de largos brazos de esqueleto. Pero es una lavandera formidable que se pasa el día entero y la mitad de la noche bruñendo con la escobilla, haciendo globitos multicolores en la espuma de clara de huevo batida, lavaza de jabón vetado que es como flor de harina cruda en la artesa grande, cortada hacia el fondo por la tabla de álamo en que la Frutilla escobilla la ropa blanca.

Los muchachos la decimos «Frutilla».

Una protuberancia carnosa en la nariz, es como si en la nariz llevara una roja frutilla de verdad. La vieja no se enoja; pero, en medio de la calle empedrada del conventillo, donde lava bajo los cordeles sostenidos por un palo largo terminado en dos palitos desmochados cómo dos dedos abiertos, medio oculta por la ropa que el viento infla en los cordeles, la Frutilla se pelea con nosotros, alegremente, y nos replica en un idioma que sólo ella sabe significar:

-¡La poronga... la poronga...!

Cuando por su trabajo se la ofrece (las parturientas del conventillo sobre todo) una paga liberal con visos de hipotética, la vieja María cimbrea la roja frutilla encaramada en su nariz y, acariciando con los ojos «al recién llegado», dice -tanta experiencia tiene-con el tono amigo de quien hace un favor sin esperanzarse en la paga:

-¡Sí... pa cuando haya pajaritos nuevos...!

Entra la vieja María al comedor con toda confianza y, al ver a una desconocida tan aseñorada, tan azuleja en su negro de luto, retuerce en sus manos huesudas el delantal de brin, y se corta.

-Entra no más -dice mi buena madre-¿Qué te pasa?

-Con permiso de su mercé -hace cortesía a la que no conoce-Misiá: «hay» esta una cristiana con todos los dolores... ¡La poronga, misiá...!

Mi buena madre salta al dormitorio; se oye un ruido de llaves, de cajones que son abiertos y cerrados nerviosamente, y sale del dormitorio con un atadito...

-Llévale, Maria... ¡y ándate de una vez!

Sale la Frutilla apresuradamente y, al salir, hace en la puerta un ángulo agudo con el «traste» huesudo.

Y ahora, afirmada en su buena acción, embriagada nuevamente por su amargura recóndita, mi buena madre se enfurece y aplasta sin piedad a mi piadosa abuelita: da la impresión de pisotear una culebra.

-¿Arrotada yo...? ¡Arrotada!...

(Repleta sus grandes pulmones y larga una andanada, de un tirón, como en los teatros)...

-¡Santona de todos los diablos... que alguna vez me dejes en paz para siempre...! ¡Que me dejes en paz y que no te vea nunca, nunca!

A lo mejor te gozas...

¡Pero lo mataste tu... lo mataste con tu cuerpo, con tu pensamiento, con tu alma... mezquina toda entera eres! Mira...

(Da un gran golpe en la mesa: salta un vaso y se quiebra, y las flores del alto florero se estremecen).

-Mira... No te perdono, no podré perdonarte...

Esperé largo tiempo, esperé toda mi vida que tú, de un momento a otro, por un milagro de todas las misas que te comes todos los días, te abrieras en flor y en mujer, y fueras la mujer y la amante del hombre que fué tu marido... ¡porque te lo robaste...!

¿Arrotada... nó...? Mira... ¡Repasa «no más» tu rosario de piedra negra...! tu rosario y tu... ¡piedras! Mira... que lo sepas... derrotado y borracho venía... Ahí, donde estás tú... *se estaba,* borracho y derrotado, como un estropajo...

Ganaba el dinero que te cubrió de sedas negras, que te compró esa enorme casa que tienes y que tú helabas y humedeces ahora...

En mi cama durmió muchas veces... la compré ancha para él... para que durmiera solo en ella, completamente solo... ¡lo mismo que al dormir contigo!...

En mi cama ancha ¡qué la compré ancha para los dos! él dormía su pena y su borrachera, solo, solo...y yo velaba, dueña de todo el mundo...

¡Qué cobarde fui!...

¿Qué sabias tú de nada? Hablabas de que yo me iría al infierno... ¡ese sí que era infierno!...

Y lo que yo creí honradez y pureza, tontería fué y cobardía... Tú... ¡y lo sabías! me lo robaste de mis propios brazos y yo ¡cobarde! lo dejé helarse en los tuyos...

Y nació tu hijo y creció tu hijo... y también lo helaste...

Tú lo pariste; pero, mira... ¡era mío!... ¡Por eso no lo quisiste! ¡Y yo te lo di con tan buen corazón!...

¡No puedo perdonarte y que el diablo me lleve!...

Está bien que no amaras a tu marido que nunca amaste y que nunca te amó al conocerte... ¡pero a tu hijo, a esa carnecita palpitante que pariste de adentro, Micaela!...

Lo perseguiste en su niñez y en su juventud... y cuando el muchacho ardía... osaste tú ¡tú que lo pariste! apagarlo como a una lámpara inflamada... tapándolo... ¡Lo tapaste con las sotanas del seminarista!...

¡Que el diablo te lleve...!

Y cuando el pobre niño reventó y entregó su vida en un amor a gritos... ¡Qué fácil te fue maldecir su vida en flor...!

No era tu hijo... ¡Pero podías haber sido blanda con lo que no tiene culpa...!

Ahora me vienes con el cuento de que todos han muerto... ¡Pues todos viven en mí...! ¡Tú eres la muerta... y contagias...! Pero a mi nó, venenosa, es bueno que lo sepas... Y no te dejaré matar a nadie más...

¡El Señor de la Buena Esperanza ha de hacer el milagro...!

Porque *tengo* que perdonarte... no en la hora de mi muerte, sino en la tuya... Y viviré un poco más para perdonarte más, para sufrir un poco más y hacer que tu nieto... «no sepa nada»...

Mi buena madre pierde el respiro al final de este parlamento, tan ajeno a su carácter; pero lo ha dicho todo, estrujándose.

El Ñato debe haber comprendido a fondo lo que se ha dicho, porque me tira de los pantalones y, como no le hago caso, me suelta para gruñir a ese montón negro de luto que es ahora mi piadosa abuelita, echada de bruces en el blanco mantel de la mesa... Suspira largamente y, toda llorosa, se levanta echándose aire, hecha toda entera un invierno de pobre...

Se acerca a mí en el rincón en que nos encontramos mi perro y yo, me pasa la mano azuleja por la cabeza huraña (me estremezco de frío), me pone en los labios la cruz de lata de su rosario negro, y gangosea en sollozo:

-Son cosas de Dios... ¡Qué se haga su santa voluntad, *Lucifer...*!

* * *

...¿Hijuna... Lucifer... *¡Guau... guau...!?*

Sí, verdaderamente: nadie me dijo un nombre más tierno que mi perro...

-¡Guau... guau...!

IV

Con latas vacías de duraznos en conserva, se preparan verdaderas bombas, y el barrio entero retumba en «Cuasimodo».

La carga de negra pólvora es comprimida con barro amasado en la calle, y, al dar fuego a la mecha con un papel encendido al extremo de un colihue, el tarro sube a los aires en una explosión formidable.

Todos en la calle, viejos y niños, compiten en eso: a qué tarro revienta con más grande estruendo; a qué tarro logra mayor altura.

Y, aunque el día es de fiesta, y de fiesta sagrada, los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres, los niños con los niños y, a veces, todos revueltos en una sola riña, emulan en ese afán de hacer ruido a base de pólvora, y de elevar por sobre sus vidas vacías, una lata vacía de duramos en conserva.

Sin embargo, gente hay que hace otra pantomima: días antes de Cuasimodo anuncian enfermo en casa. Y cuando llega la fiesta bulliciosa y pagana hasta no poder más, señalan la casa con una banderola blanca, hecha de lienzo, acaso de un pedazo de enaguas. Flamean las banderolitas blancas, y hacen el efecto de anunciar la venta de «pan amasado de mujer…»

En cada cuadra, dos o tres banderitas blancas en espera de la llegada del Santísimo. Don Pedro, recio y paternal a su modo con la gente menuda, nunca deja de enfermarse en Cuasimodo.

Las puertas del boliche van siendo cerradas de a poco: primero una mano de la última puerta que da al norte, después toda la puerta, y, al otro día, una mano de la puerta que sigue, y después toda, hasta dar la vuelta en nuestra calle atravesada de mar a cordillera: entonces, el negocio queda en clausura…

Ya todo el mundo sabe que el dueño esta muy mal, «en las últimas…»

Sin embargo, Perucho, después de afirmar en el marco de la puerta la banderita blanca, se viene con nosotros cargado de tarros vacíos y con un cachito de buey lleno de pólvora…

Manejamos la pólvora sin atolondrarnos, sabedores de la fuerza endiablada que esconde era sus negras entrañas.

Nadie comenta ya el extraño caso de don Pedro: «es un mal añero», comentan cuando más.

Bien se sabe que la costumbre de don Pedro obedece al pago de una manda.

Don Miguelito, aburrido de cobrar inútilmente los arriendos de aquella esquina a la que llegó, don Pedro apenas edificada; vencido por la

conmovedora maniobra de agonizar regularmente en Cuasimodo y de recibir el albo pan de la comunión con todo el aparato de ritual, «donó» a don Pedro la casa «bajo escritura».

* * *

Los cuadrinos, hombres de duras entrañas en su oficio sangriento (¡cómo martirizan a las pobres reses aquellos bárbaros!), se emperifollan para «correr a Cristo».

Montan soberbios caballos facilitados por los abasteros ricos y rumbosos, y lucen aperos plateados hasta los estribos.

Emborrachados de petulancia en sus arreos de huasos enchapados en plata, hacen locas carreras temerarias: en las inmensas nubes de tierra en que pasan envueltos, se distinguen apenas y sólo se vé el llameo intenso del rojo pañuelo que amarran a su frente y cuyos largos extremos forman un ala roja, agitándose.

Rematan sus cabalgaduras en las esquinas donde hay ventas y, anhelantes, dando ventaja al coche en que va el Santísimo, se empinan «hasta los alamitos» grandes potrillos de chicha «crúa»: en cada esquina, un boliche: ese es el barrio de don Miguelito.

Y don Miguelito, como un patriarca, acaso un poco más que un patriarca, como el Cristo perseguido y *corrido* ya de este mundo por la traición de Judas, va repartiéndose en sangre y en carne: inspirado símbolo de entrega total y de posesión total, en hostia diáfana, anidada en el cáliz de oro.

La carroza, con estrépito de fábrica, hace saltar las piedras sueltas de las calles arrabaleras, mientras el monaguillo luce la fachenda de la sobrepelliz albísima y suena afanoso el campanilleo que hace el milagro de arrodillar a las gentes al paso de la carroza ungida por la fe y el respeto de la plebe.

El coche, perseguido por los que corren a Cristo, se detiene en seco en cada banderolita blanca, y los jinetes se abren hacia la calle libre y corren locamente hacia la esquina cercana, en tanto la pirotecnia primitiva del arrabal hace retumbar la explosión de los tarros vacíos de duraznos, en una redoblada carga de pólvora negra que, al expandirse, eleva a los cielos la hojalata en saltos de cabro.

Don Miguelito pisa, desde el estribo de su coche hasta la puerta de la casa que visita, en blandujos de alfombras viejas o en cueros lanados de chivato.

El enfermo, rodeado de sus familiares, es signado en su carne corporal, recibe la extremaunción… y recobra lozanía, indefectiblemente…

Es cosa sabida: agonizante en Cuasimodo… no tiene «pa qué» morirse…

Y es cosa sabida: Don Miguelito hace el milagro.

* * *

Pero la cosa se resuelve así: Cristo es corrido y sufre malas fortunas por culpa de la veleidad de Judas. Entonces, interviene la justicia de los hombres, la justicia de la tierra, que nada tiene que ver con los procedimientos de arriba, donde galopan las nubes: castiga inmediatamente. Y Judas es quemado vivo…

Apretujada la muchedumbre, en un revoltijo de mantos negros, de chaquetas azules de mezclilla, de niños descalzos y de perros «seguidores»,

se encamina hacia la Parroquia por el extremo sur de la calle de San Diego, dando frente al llano Subercaseaux que se abre en pampa alrededor de la Parroquia, y continúa, estrechándose, en un valle generoso que se pierde, verdeando, lejos...

Frente a la Parroquia, en la Plazuela, se levanta una horca; un alambre tendido entre dos postes semeja una barra de circo y, del alambre, colgando, como un títere, Judas... Judas, en su cuerpo de trapo está repleto de cohetes.

Dicha y oída la misa solemne, sale una procesión desde lo más adentro de la Iglesia: el incienso y los cánticos se elevan muy altos.

En la plazuela se apelotona el silencio, y los ojos se hacen crueles apuñalando a Judas, el triste pelele de todos los años.

De pronto, una llama en las manos del monaguillo: la llama lengüetea las patas lacias de Judas, y Judas, el triste pelele de todos los años, se retuerce, salta y, en estampidos de petardos, revienta... Y mientras el monigote salta, y salta y salta, la muchedumbre, a pleno campo, hinca sus huesos en tierra, se golpea el pecho, y maldice a Judas y alaba al Señor.

Mi buena madre me sopla al oído, sin pizca de fe, un año y otro año:

-Hijuna... ese mono... ¡es un puro mono...!

Y, sin embargo, se hinca, y mi perro y yo nos arrodillamos también, juntitos...

* * *

Cuando el pobre diablo de Judas ya no tiene fuerzas para hacer el ajusticiado, y el último cohete revienta ya sin prestigio, y cuando ya todo el mundo se ríe de todo, la muchedumbre regresa.

En la tierra, mantos de mujer, chaquetas azules de cuadrinos, perros de todos. En el cielo, lo de siempre; profundidad, humo de nubes, azul y cielo, nada más.

Mi buena madre me defiende con su largo brazo de la gente que pasa y atropella, me aprisiona en su mano grande y esposa mis dedos rebeldes de niño libre y guapo.

Mi perro, airoso, se adueña de todo lo que es: se entromete por las piernas de los hombres respetables y de las mujeres compungidas...

A los niños los manotea en son de amistad de niños y, a los perros, los huele, en son de amistad de perros...

Mi buena madre aprovecha un claro que se hace entre la muchedumbre que se apretuja en la vereda del largo camino, para ganar la mitad de la carretera, donde, entre el polvo levantado por los pies en premura, se marcha en grupos, de bracero.

Saltamos la pequeña acequia que es como decir el caño para la población entera: corre el agüita haciendo cascadas minúsculas y alegres: brinca en la gruesa raíz de los «álamos extranjeros» que, inmóviles centinelas, guardan el camino *y* se han puesto en fila para beber del agua alegre: en las champas, estirándose desde el corazón mismo de la tierra, las raicillas se alargan y se entretejen en el agüita corredora, igual que lombricitas rojiblancas.

El chapitel de la alta torre de la Parroquia, en una ilusión de abarcarlo todo, de dominarlo todo, desde la crucesita promisora engarzada al cielo, proyecta por todo lo redondo de la tierra, y es chapitel de la alta torre el dedo omnipotente que todo lo abarca, que todo lo domina... porque todo lo sabe.

Del campanario surge alado el romance de las palomas pérfidas, y las parejas enamoradas bajan por sobre las gentes que regresan: se posan en los hombros, ahuecados por el manto en forma de nido, de las mujeres piadosas. Mi buena madre acaricia el ala de la paloma que anida en su manto y dice conversando para sí:

-Cuando los pajaritos de Dios no huyen de uno, no se ha de ser tan mala... ¡El perro, Hijuna, el perro...!

-¡Suéltalo... Ñato!

En un remolino de tierra, marcornados, el Ñato se pelea con un perrazo negro: pavoridas las mujeres, arremangadas las polleras, mostrando el blancor de las enaguas y el rojo de los refajos, corren; las palomas huyen en revuelos cortos, curioseando azoradas; los hombres azuzan a los demás perros y se desata una terrible carnicería entre hermanos... Pero el Ñato, después de un zamarreo enérgico, suelta al perrazo negro y, desentendido de todo, vuelve a nosotros y nos abre escolta, a dos pasos...

Pero la carnicería sigue a espaldas nuestras: los amos vociferan y, desde la enorme altura de sus bocas, se cambian insultos atroces, mientras muy abajo, a ras de la suela y aún por debajo de los zapatos de los amos, los perros, tontos los perros, se destripan...

* * *

En el Zanjón de la Aguada, entre la línea férrea y el puente del Zanjón, grandes hornos convexos de ladrillo y barro. Mesas de álamo en bruto. Mujeres gordotas y ágiles ofrecen las ricas empanadas: mordisquea la gente y el jugo picante y de color de sangre se escurre entre los dedos golosos.

El carrito de sangre que va hacia el sur, a Lo Ovalle y los «Alamos Injertados», se detiene: rechina la palanca de manivela, se cimbra el armatoste reumático, y «el cochero» afirma, anudándolas en la palanca, las largas riendas remendadas con alambres.

Bajan rápidamente los pasajeros y se proveen de empanadas y, al grito del auriga y al restañar de la huasca, la osamenta de los escuálidos tordillos amenaza romper el cuero zurcido en costras muja: casi arrodillándose, en un tirón de todos sus huesos, logran los pobres pingos hacer rodar el carro que, a poco, en la bajada del puente, se precipita encima de sus ancas... Entonces, las osamentas galopan como si fueran caballos de verdad...

* * *

Avanza la muchedumbre hacia la calle Franklin y se desparrama por las calles atravesadas en busca de las últimas casitas, enterradas casi en los muladares.

En San Diego esquina de Franklin, grandes letreros anuncian el comercio terrenal y divino. Al noroeste -viva la impresión de un potrero entrebolado-una imponente casa verde ostenta un letrero magnífico:

MONTEPIO DE PIEDAD
"EL ARCÄNGEL SAN MIGUEL"

Tanto para la calle Franklin como para la de San Diego, una alegoría tremenda habla a gritos de la potencia del Arcángel San Miguel: San Miguel Arcángel: un efebo suspendido en el azul por unas alas descomunales, pisotea a una serpiente feroz (el «Malo») y le saca los ojos con una lanza fúlgida:

Librodot

-«¡Sólo Dios es Dios...!»

A la sombra de esta alegoría y de este «montepío de piedad» (en el barrio lo llaman «la Agencia»), enriquece rápida y milagrosamente una familia rubia.

En la esquina opuesta al Montepío, está el "EMPORIO SAN MIGUEL", sin arcángel y sin alegoría.

Ambos comercios son de propiedad de una familia rubia.

En diagonal al emporio, una tienda de todo: lienzos, casimires, sombreros, paraguas. Un gran número de sombreros en perspectiva parece que vuelan en el pintado azul subido de la pared.

Desde un gran letrero de hule, un huaso pintarrajeado, en actitud de montar un enorme caballo blanco, grita en letras mayúsculas:

SE PASA DE LESO EL QUE NO COMPRA AQUÍ:
"TIENDA LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL"

Al frente, una Botica: un hombre chiquito lleva a cuestas un pescado muy grande, tan grande que arrastra toda la cola. Rojas letras en la pared blanca, anuncian:

FARMACIA Y DROGUERIA "DON MIGUELITO"

y más abajo, haciendo pedestal al hombre del pescado:

EMULSION DE SCOTT

En la tienda cecean unos jovencitos rubios, muy bien tenidos *y* muy contentos.

En la Botica, un hombre moreno, delgado y pálido, enfundado en blanco, languidece al lado de una señora gorda, joven aún; pero con el vientre abultado toda la vida.

En la Agencia, es decir, en el Montepío de Piedad, nunca hay centavos para la vuelta: los cobres son valorizados en cajas de fósforos. En el Montepío "se pasa por las prendas" un dinero que es cambiado al frente por azúcar y yerba, y harina cruda.

En toda la calle Franklin, hasta topar en San Ignacio, el imperio del Arcángel San Miguel es absoluto: puestos de carbón y leña, despachos, cantinas, bodegas, prostíbulos, todo es una sola cosa, una sola advocación: "San Miguel Arcángel".

Las mismas pellejas, las "Matas di'hojas", no chicolean ni se "quedan" en los días solemnes de la Parroquia.

Don Miguelito es el párroco, el pastor, el civilizador, abnegado y pleno de su fé apostólica: nada tiene que ver con las ruindades del comercio de los trapos y de la carne.

Hombre y sacerdote a la vez, acaso más hombre de fibra que sacerdote místico, alto y recio impulsivo y francote, es el árbitro de aquel barrio inculto, creyente y feroz.

Los más temidos, los "hombres más panudos", son una miga de pan en manos de don Miguelito: entre los cuchillos asesinos que bucean las tripas enemigas, don Miguelito interpone el broquel de sus sotanas negras, y los cuchillos se humillan y los hombres se abrazan.

Las "elecciones" son obra suya.

Todo un hombre don Miguelito: honrado con su fe, con su verdad y

con su error.

En el barrio, los niños son echados al mundo sin consultar a nadie.

Don Miguelito impone su ley: donde nace un niño la cosa se resuelve entre marido y mujer casa y apadrina, sin alardes, obstinadamente.

-Estaría borracho-dudan algunos... Pero terminan por casarse.

* * *

El único comercio que no se pone bajo la advocación del Arcángel San Miguel, es el Emporio "EL NUEVO SIGLO", puesto como una cuña en Franklin esquina de Nataniel.

En la esquina ochavada, arriba, un pajarraco grande, pico corvo, garras en puñal, abre las alas sobre una bola grande que representa nada menos que el Mundo. Es un Mundo Nuevo, barnizado, bonito.

-Eso es un águila, el Porvenir -explica don Vittorio- y vuela sobre el mundo nuevo... el mundo nuevo, después se pone viejo... pero el Progreso, vuela cada vez más alto... ¡Sacramento! Don Vittorio es un italiano hereje y gusta de hacer herejías a la vista de todo el mundo; pero nadie le hace caso. Don Miguelito lo tolera y dice que acabará por confesarse; pero don Vittorio, la camisa recogida hasta el hombro, hace molinetes con sus gruesos brazos rosados, y protesta:

-¡Sacramento...! ¡Revoluzzione!

-Alma de Dios -concede don Miguelito- hace falta eso; pero *falta* mucho...

Las procesiones que inventa don Miguelito son estupendas.

Audazmente reemplaza los maderos pintados por cuadrinos auténticos, ladinos y creyentes. La escena se representa a lo vivo: pasa nuestro Señor Jesús, sangrante, con los ojos en blanco, manso ante la azotaína que recibe, inerme, amarrado a la columna... Los "judíos" no le escatiman azotes. "El Cristo" va haciendo el mártir y va martirizado en verdad en el anda recargada de encajes. La poblada, maravillada ante el espectáculo, sigue tras los fieles que himman... Hay sudor y hay -¡quién lo sabe!-hasta convencimiento.

Don Vittorio cierra su comercio y sale a la calle armado de un gran bastón: bufa desafiante y, sacrílego, se encasqueta el sombrero alón hasta los ojos.

Bastón en alto, entregado a la corriente de la procesión, pisoteado y estrujado, acezando, ostenta su corpulencia y su impiedad: terco, no pierde un paso de la procesión.

Llega hasta la Parroquia misma y, en las gradas, mientras la muchedumbre se abate en himnos, don Vittorio, alto, solo con él mismo, grita cosas feas contra Dios.

Cuando todos elevan sus voces en un himno largo y solemne, don Vittorio se esfuerza, moviendo enérgicamente la cabeza a los lados, porque todos vean su boca hermética, en agrio gesto...

Y cuando se hace el silencio, y como un halo de Dios se extiende el recogimiento en las almas, don Vittorio increpa al Cristo vivo:

-Tú... Oye tú... Te digo... ¡tramposo! ¡¡Cristo!!

"El Cristo" no se molesta ni hace nada que esté fuera de su papel.

Y no es una oveja.

Hace de Cristo, porque es noble de rostro y además, don Miguelito lo ha dicho, porque soportando esa lejana, atenuada y dulce imitación del Rabí fraterno, befado y apaleado, purga este rudo cuadrino su vida pecaminosa,

"El Cristo" es bebedor y tiene encajada en su alma pueril el alma tremenda de un caballero antiguo.

Respeta "su cuchilla" por sobre todas las cosas.

En las peloteras que se arman noche a noche en las cantinas abyectas de miseria, él, sin esfuerzo, a pesar de la borrachera que le incita, se aísla y se arrincona, ajeno a las bravatas.

Ama la pelea; pero a las derechas, mano a mano.

Cuando ya nadie se entiende y le hostigan sin razón, "El Cristo", afirmadas las espaldas en la pared, la mano derecha en la faja azulina, ronquea:

-¡No me "hagay" sacar la cuchilla...!

Los borrachos clarean los negros impulsos...

Se acodan nuevamente en el mugriento mesón de álamo, y "piden más".

Porque lo saben: nunca "El Cristo" sacó la cuchilla para hacer de espantajo.

En manos del Cristo, la cuchilla cuadrina tiene su prosapia ennoblecida en cien batallas.

La cuchilla tiene su prosapia en manos del Cristo: en el Matadero, herramienta de trabajo, limpia y eficaz; en su hogar (cuando lo tuvo), eficaz escudo de su honra.

Porque él no lo habría querido hacer... ¡Tantas veces que se lo advirtió a Rosa! Todavía, cuando está bebido (a eso de las nueve de la noche), refunfuña:

-Yo no tuve la culpa... cuando "la olí", se lo dije: -Rosa... bien harto que te quiero, ¡pero una perrá tuya y me... *esgracio...*!

Y es en estos momentos cuando ruge "El Cristo" en medio del silencio sordo que se espesa:

-¡Otro trago... pa toos!

Nadie osaría ahora golpear la voz.

(Y los maté a los dos-"muge" El Cristo... Y fué con "su" cuchilla: con la puñalada limpia de "su" mano...)

Don Miguelito lo libró de la cárcel "sin que nadie se lo pidiera" y, desde entonces, hace de Cristo y aguanta los golpes con la misma resignación esperanzada que el manso Rabí.

Por eso don Vittorio hace negocio sobre seguro cuando increpa al Cristo y lo moteja de tramposo: el hombre no chista: tomado desde la entraña por la farsa sagrada, en esos momentos el noble cuadrino dolorido y doloroso, se haría matar antes de sacar la cuchilla.

Por lo demás, don Vittorio es una real persona y no tiene otra debilidad que esa: escandalizar en la procesión; pero paga religiosamente el arriendo, y se le tolera: don Miguelito sabe lo que hace.

Los "pijes" del "Camino Cintura" al norte (la Avenida Matta), intentan muchas veces escandalizar en las procesiones: a la altura del Colegio de San Carlos Borromeo, entre Pedro Lagos y Sargento Aldea, en el espacioso frente que deja la Escuela Olea, hermoso edificio de ladrillo rojo, los caballeretes se agrupan muy "entongados", lanzan dicharachos a las mujeres, burlan a los hombres y, por último, se dispersan entre los fieles, soplan en los cirios y, con alfileres, prenden uno a otro los mantos... en fin, hacen mil diabluras ostentosas...

Pero del colegio "de los pechoños", salen disimuladamente algunos rotos jóvenes y fornidos: con aire humilde, sombrero en mano, dicen a los futres:

-Patrón, no lo castigue Dios... sáquese el tongo...

¡Tonterías, mi amigo...! "oscurantismo"... y no tengo intención...

-¡Vaya, patrón...! ¡Si no cuesta náa...!

Y, de un solo golpe, vuelan los tongos como redondas aves negras de mal augurio.

Nadie se alarma, porque todo está previsto, y el himno sacro sube al cielo en voces graves y en ritmo pausado.

Sólo don Vittorio tiene carta blanca; pero en casa propia, de Franklin al sur.

El italiano es querido, porque él también quiere a todo el mundo.

No cree en Dios; pero ama a los hombres, y ha puesto toda su fe en el Nuevo Siglo, el XX, el siglo que está en pañales; pero que se «anuncia» como el Siglo de la «Revoluzzione».

En Semana Santa, cuando el tenebrario hace ennegrecer más la sombra enlutada en los intercolumnios de la nave profunda de la Iglesia en duelo, y los «cucuruchos» recorren el barrio y, en quejumbre, piden una limosna *«pal santo entierro de Cristo y soleá de la Virgen»,* don Vittorio echa en la alcancía de lata todo el sencillo que pilla a mano, y advierte:

-Cucurucho espanta bambinos... don Miguelito no me hace leso: eso es para la pobrería... ¡y por eso doy! Te voy a servir una copa...

-On Vittorio, más mejor será que no...

-¡Si anday pasao...!

Metido en la saya negra y con el enorme bonete en la cabeza, el hombre hace un feo espantajo fúnebre.

Bebe el cucurucho, y sale a la calle a trabajar su quejumbre:

-¡Pal santo entierro de Cristo y soleá de la Virgen...!

Y don Vittorio rezonga con el cliente que llega y habla de cosas que nadie entiende:

-¡Supersticiones, cadenas por todas partes! ¡Las mil patrañas que ha inventado el hombre para esclavizar al hombre...! ¡Desde la cuna hasta la muerte! ¡Pero ha de llegar el día que el Dolor presintiera! En alguna cercana primavera de los espíritus, el Pecado ha de huir en derrota, y el hombre ha de ser el agua y ha ser el trigo para el hombre... ¡Dueños todos los hombres de todos los trigales...! ¡TODO ha de ser universal y de TODOS...! ¡La revoluzzione será el triunfo de Cristo!...

Y todo esto lo grita en discurso, acalorándose, accionando los brazos en movimientos que empujan y recogen, como si el hombre intentara pelearse con el Tiempo, empujarlo en el presente, atraerlo en lo porvenir...

Mas, la «casera» respinga presurosa:

-Apure, casero.... no se «dilate». ¡El «pichín» de yerba, don Vittorio! ¡No sea cicatero y déjese de guaras...!

V

La Fábrica de Cartuchos y la Penitenciaría, son los dos grandes establecimientos fiscales de aquel barrio.

Los obreros de la Fábrica de Cartuchos se distinguen por su corrección disciplinada y hacen una especie de burguesía.

Ningún obrero de la Fábrica vive más allá del cequión que corta en dos y, al cortarla, da dos fisonomías distintas a nuestra calle, pomposamente llamada Avenida de la Penitenciaría.

Los trabajadores del Matadero viven al final de la calle, pasado el cequión, y están como arrinconados y acorralados en los conventillos míseros, mil veces más abandonados que el nuestro.

Desde el cequión hasta la Penitenciaría misma (ahí se abre el campo francamente, salta por sobre la línea férrea, y se pierde en la lejanía, allá por el Molino de "Juan Diablo"), la población, está formada por esta clase de obreros bien vestidos, reposados y discretos, y por la gendarmería del penal.

Las casitas fiscales, de un solo estilo, hechas a cartabón, blanquean humedecidas bajo la sombra de encinas frondosas y altas.

Un carrito eléctrico de miniatura, sujeta el compás abierto de sus ruedas en una línea de trocha ancha, apta para el ferrocarril del Estado, y une, en la movilización del personal superior, a la Fábrica de Cartuchos con los Arsenales de Guerra y el Cuartel de Artillería Tacna, a todo lo largo de la Avenida Viel.

El Parque Cousiño, limitado en su enorme cuadrilátero por altas murallas de cal y ladrillo, ábrese en majestad por numerosas puertas de reja forjada. Toda suerte de viandante se cuela por ellas.

En cuadrilla, haciendo de palomilla menuda, algunos descalzos, todos resueltos, asaltamos el Parque y, a pedrada limpia, abatimos los frutos mucres de árboles extranjeros.

Los guardias del Parque defienden sus dominios celosamente.

Son unos pobres guardias lamentables, embutidos en los desechos azules de la 4.ª Comisaría. Cabalgan jamelgos de policía de aseo. No pueden con los chiquillos, ni el "Colorado", que es el más pirata y el más joven: nos ha dado correteadas soberbias; pero ha recibido lindas pedradas. No pueden con los chiquillos: tras los enormes eucaliptus, saltando de un tronco a otro, los bravos muchachos burlan las bravatas y los juramentos de los "pacos":

-¡Paco asoliaoo... Catana mogosa... Bolsillo planchao...!-chivatea la palomilla.

Sin embargo, un paco viejo, de barba en punta, alto y seco, es un leal amigo de los muchachos: cuando está de servicio *El General,* la osadía de los

Librodot

chiquillos no tiene límites.

Llega el viejo paso a paso en su caballo pío, viejo tal que el caballero y, tal que el caballero, manso como un palo. Los chiquillos gritan: -¡General... General...! ¡Voy que le "achunto"!

Pero el General se pone serio y, desde lo alto, hace un solemne gesto de monumento ecuestre, y reprocha:

-¡No ven...! ¡Por eso no los dejan comer a gusto los "chupas"...!

-¡Chiquillos! -perora como si leyera una proclama heroica,- ¡ya les "hey" dicho que los árboles son de toos, hasta de los pajaritos...! y que "aemás" los árboles son "cosas" que están vivas y que les duele el aporreo, y que "endey" se "pueen" secar.

Perdido el consejo, por el momento: en los propios ojos del General, los muchachos apedrean de lo lindo y, ramas, hojas y frutos, caen en derrota...

-¡Eso nóo...!-atruena el General-y, moviendo con el esfuerzo de sus piernas la esquelética pasividad de su caballo pío, solemniza:

-¡Yo no lo aguanto...!

-¡Alto!-ordena autoritariamente y, de súbito, haciendo de su rostro una máscara horrible y encantadora, da la orden desconcertante:

-¡A ver... vos... ¡a vos te digo! -amenaza-. ¡¡Súbete al anca...!!

Y sin más ceremonia, un muchacho trata de subir al anca del pingo...

Pero no todos pueden subir al anca: El General exige que se haga por el lado izquierdo, apoyando el pie en el estribo que el viejo deja libre al mismo tiempo que se inclina recto a lo largo de la tusa del caballo de palo; el muchacho ha de subir en esta forma y de un solo "envión"... Estricto, el General no deja pasar falta:

-¡Otro gallo, que este es gallina!-falla sin apelación.

Hecho el ejercicio en forma correcta, de pie, abriendo los brazos, se equilibra el muchacho en el filo del anca del jamelgo y, de ahí, se pasa al árbol; trepa como un mono y, sin apuros, remece las ramas, y se hace buena cosecha: todo en santa paz.

El viejo come con nosotros del fruto mucre y, al hacerlo, echa fuera su simplicidad de hombre sano en una ancha sonrisa amiga:

-Oiga, General... ¿Mató muchos cholos...?

-¡Cómo! ¿Matar...? Eso no se llama matar... ¿Tengo yo cara de asesino...?

Lo rodeamos y nos afirmamos en el caballo pío, manso como un palo. Unos juegan con las riendas, otros con los estribos sueltos; y no falta quien acaricie el largo sable, colgante e inofensivo como una culebra muerta...

-Mira, Juan de Dios, -me dice- vos sos muy chico pa andar con estos... "anda a vete pa la casa".

-No hay cuidado,-se protesta a coro- ¡anda con el Perro!

-Bueno, permite el General, y agrega: *quéate...* Yo también tenía un perro, igualito a ese en lo entendío y en lo hermanable... ¡y me lo mataron en la guerra...! Me dió una pena... Bueno, me voy... y vayan "yéndose" ustedes también.

Pero los granujas se cuelgan de las riendas, y saltan y gritan:

-¡Nó, nó...! ¿Y usted no defendió a su perro, General...?

-¡Hombre...! ¿Cómo lo defendía?...

Después de todo, el mismo tuvo la culpa... No quería echarse nunca cuando había sonajera... ¡y la "tostaera" era grande!

Nosotros disparábamos tendidos y hasta un terrón nos servía pa esconder la cabeza. Pero mi perro, al lado mío, muy tieso en sus cuatro patas... no aprendió nunca el ejercicio... Así fué cómo lo mataron y así

mismo mataron a mi teniente Urzúa... ¡Diablo de chiquillo...! ¡Tampoco aprendió nunca el ejercicio...! En lo más negro de la tostaera, se paseaba por detrás de nosotros, "pitando" tranquilamente, y diciendo sin apurarse:

-¡Graneao... niños... graneao...!

Cuando nos dimos cuenta, aun humeaba su cigarro entre los dedos...

¡Mi teniente Urzúa y mi perro murieron juntos! No aprendieron nunca el ejercicio...

Mi teniente quedó "encogío" y como agarrándose el corazonazo... Y mi perro, con las patas tiesas pa arriba, quedó como si hubiera "quedao" "parao al revés..." No aprendió nunca el ejercicio...

-Pero, usted, General, ¿a cuántos cholos mató...?

Soberbios carruajes victorias, landós arrastrados velozmente por un par de caballos del mismo porte y color, hacen armonioso ruido en el camino que bordea la elipse. Damas y caballeros tienden su lujo y su indiferencia en los amplios asientos: se acurruca la molicie como avergonzada... Solamente el cochero (todos llevan pantalón blanco), es el dueño del mundo: un colero lustroso, una librea áurea; la vista clavada en un punto fijo, destacado en relieve por sobre la vida toda, no puede ser otra cosa nada más que un rey...

-Ustedes son unos mocosos tontos, -dice el viejo-. Hay que ir a la escuela pa saber estas cosas. Dicen que van a abrir una escuela por ahí por frente a tu casa, Juan de Dios. Ayer hablaron de esto unos caballeros que hicieron once en el Restaurán y que después pelearon por unas cosas de *laica...* pero se quedaron a comer y dicen que se arregló too: se fueron cantando tarde e la noche, en un coche con las luces apagás. Entonces, cuando vayan a la escuela, ahí sabrán lo que es la guerra. Yo no sé ná.

-Pero usted anduvo...

-¡Dale...! Mi caballo también va pallá y pacá...

Nos apartamos, y el viejo, haciendo el buen jinete, mueve su pingo por entre los árboles; lo para en seco y, de pronto, lo aviva en un taloneo joven, y el caballo hace por imitar un trote de picadero. Vuelve a nosotros el General y lo rodeamos nuevamente.

-¿Vén... no vén...? ¡Pregunten ahora a mi caballito por qué hizo estos culebreos...! Cuando vayan a la escuela, entonces sabrán... ¡Y no sean ignorantes...!

-Pero... ¿cuántos cholos mató, General...?

El viejo se empina en los estribos, mira el cielo por entre los altos copos de los eucaliptus que, despejado y azul, extiende una techumbre diáfana por sobre el verde obscuro de las hojas firmes y corvas... Después se inclina hasta posar las nervudas manos en las greñas de Enrique, el más crecido de la pandilla y el más silencioso y el más pálido: siempre tiene hambre.

-Enrique... ¿Qué estás pensando...? ¡Pa mí que debís correr y gritar... que vos sos niño, Enrique! Cómete todos los chupas que poday y verís qué gloria... ¡La alegría es cosa del vientre...! Y pa que vos no pongay esa cara de nuestro Señor... ¡mira! Te voy a contar.

Enrique, como si su mirada fuera un cáñamo, queda como colgando de los labios del viejo, y los dos sonríen con la misma sonrisa ancha y amiga...

El caballo cabecea en modorra de hombre viejo.

El Ñato se echa a mis píes y ronquea. -A éste no me lo matarían en la guerra-pienso gozosamente.

En el paseo, agudas voces incansables airean bochorno con el vivo anuncio de refrescos: sin verlos, se ven nítidos los mantelitos blancos de los pregoneros...

Y el imponente cochero del victoria, dominando a los soberbios troncos, con la vista clavada en un punto fijo, con su gran colero lustroso, con su librea relumbrante, no, es imposible, no puede ser otra cosa nada más que un rey...

-La pura verdad de la verdad -confiesa el General- yo no maté a "naide"... o los maté a toos...

-¡General...!

-La pura verdad de la verdad... uno no ve ná... ¡Disparen...! Bueno... ¡Uno dispara como un condenao...! Sube una humarea delante de uno y por todas partes... y uno carraspea... ¡Alto...!

Cuando se oye la voz de ¡alto!, se acaba la fiesta y eso es "toa" la verdad de la verdad... Son las balas las que matan; pero naide puede decir quién las dispara... ¡Qué si yo sé quién mató a mi perro...!

Al principio, el soldado tirita, y los dientes se muerden unos a otros con ruido de calaveras que chocaran, metidas y remecidas en un cajón... Es como cuando a uno le da miedo... Después viene la sonajera y la humarea y uno pierde el sentío... y cuando se pelea a la bayoneta es lo mismo: no se vé naíta...

-Es al otro día, cuando el Regimiento está formao y el General pasa revista, cuando viene a saber uno, porque así se lo leen en un papel de oficio, que uno es el soldao más valiente del mundo... Entonces, con la noticia, uno se entusiasma y grita con voz terrible:

-¡Viva Chileee...!

-Pero la guerra, Enrique... vos que sos tan callao... ¡has de saber que no es broma! "Afijate": Pa que un país se agarre con otro país, tiene que haber motivo muy grande, una causa muy regrande: el Presidente, afijate, tiene que pasar muchas noches desvelao, y los grandes caballeros tienen que hacer muchos trajines... Los países no pelean de puro gusto como los borrachos. Cuando ya no hay más remedio, entonces viene la guerra...

¡Y Chile tiene que ganarla! Y para eso estamos nosotros, Enrique, vos que sos tan callao... pa defender a la Patria, y si vos defendí a tu Patria, afijate, defendí a tu madre...

-General...

-Si ya sé... vos no tenis na madre. ¿Es fuerza que lo digay? A mí me pasó lo mismo. La vieja se había muerto hacía rato... Pero me pescaron y fuí pa defender a mi perro, y mi perro fué pa defenderme a mí... ¡Pero no aprendió nunca el ejercicio y me lo mataron! Quedó con las patas tiesas vueltas p'arriba, como si hubiera quedao parao al revés... Hay que ir a la escuela pa comprender... Sos ignorantes.

Verdaderamente, el cochero del victoria, con su librea relumbrante, imperando sobre los caballos soberbios, fugaz por los caminos de la elipse, con la vista clavada en un punto fijo, es el dueño, el único dueño del mundo...

* * *

Al caer la tarde, Enrique nos dice con voz mansa:

-Recojamos leña...

Y es una fiesta buscar y juntar los pequeños pedazos de ramas y hacer un atado de chamizas.

Cargo a mi Ñato a toda conciencia, y el perro me deja hacer sin protestar. Ya bien cargado, mi perro toma un continente grave y despacioso. No se deja seducir por tentación alguna. Otros perros pasan por su lado en tropel, mordisqueándose, agarrados por el pecado inmortal de la especie.

Mi perro, en ese momento, es un hombre de carácter. Sabe, yo sé que lo sabe, que esa leña que le hunde el lomo, no es para él, ni para mí, su hermano, sino para Enrique, sin hermano y sin perro... Yo sé que lo sabe y lo siente; pero si no lo siente ni lo sabe, da lo mismo.

Enrique está mucho más solo en el mundo que un abandonado: su padre, Ño Flojera, no quiere trabajar: dicen que está "apenao".

Al lado de mi casa, de cuadra a cuadra, se estira un conventillo como un reptil escamado de piedras, sucio y feo: Ño Flojera se sienta en el umbral de la ancha puerta y, sin moverse, corretea todo el día detrás de su pensamiento.

Ahí, sin meterse con nadie, como un portero somnoliento, el padre de Enrique recoge el sol. Busca y sigue los rayitos del sol, sin levantarse, moviendo el culo desganadamente hacia el ladito tibio. Y no es tonto Ño Flojera. Sabe leer. Cuanto papel impreso llega a sus manos, él se lo traga en una lectura atenta y cerrada.

Mi buena madre, la señora Rosario, le puya, escandalizada, desde la puerta de nuestra casa:

-Ño Flojera... así como se "lo" pasa echado... ¡Ud. es peor que un piojo pa la humaniá...! ¡No pica ni pa reventarlo, tan siquiera...! ¡Ni pa reventarlo...!

Sin moverse, pero con tono comedido, y con una voz agradable y clara, se digna contestar:

-¡Mucho peor que piojo, señora Rosario; pero mucho peor que piojo...! ¡Y ya estoy reventao! Y me "reventarán más y más", hasta el último término...

Mi Ñato se acerca a él sin temor: se echa al lado de Ño Flojera en un movimiento sosegado, de plena confianza, y yo me siento al lado de mi Ñato. Los tres: Ño Flojera, mi perro y yo, formamos un solo grupo y una sola persona: recogemos el sol con tal paciencia como si nuestro empeño fuera guardarlo en el bolsillo. Ño Flojera no se mueve, mi perro se está quieto y yo (¡qué ganas de encaramarme en el pensamiento de Ño Flojera!) no puedo hacer otra cosa que imitar a mi perro.

* * *

Cuando los domingos en la tarde, el conventillo es como una sola bofetada, y la gente sale a la calle chorreando sangre e injurias, Ño Flojera se arrincona en su umbral y mira lejos: es, acurrucado, como una cosa, y no como una cosa entera, sino como un pedazo de cosa, olvidado hasta de las bofetadas.

Entonces, Enrique entra a mi casa (¡puertas más abiertas!), busca en la cocina a mi buena madre y deja caer su angustia de todas las semanas:

-¡El mayordomo Manuel...!

Mi buena madre ni lo mira; pero ordena:

-¡Hijuna... a poner la mesa... vamos a comer alguna cosa!

Enrique corre a la llave del agua y se lava las manos y se salpica el rostro, y vuelve muy ufano: por la cara le corren unos surquitos de tierra remojada.

En el comedor, blanco de mantel de lonas de harina y blanco de rosas, mi buena madre da el ejemplo, engullendo y haciendo engullir de lo que hay.

Ella se ha "criado comiendo".

En la pobreza hay que tener un solo cuidado grande: "comer". Hay, por sobre todas las cosas, una virtud capital: "comer". "Comer", a pesar de todo.

Se trabaja para "eso"; se es noble y bueno para "eso". Se roba y también se mata para "eso". Mucha gente en el mundo "se echa a perder" para eso: "para comer..."

El estómago es lo principal. El doctor se lo ha dicho (¡el doctor Monroy!): "Si no tiene qué comer, beba agua, agua, hasta llenarse..."

El mayordomo Manuel se "cura" todos los domingos y, amparado en la amistad del dueño del conventil!o, un señor Castro mordido de viruelas (parece que les une no se sabe qué pasado común de perrerías), hace el dueño absoluto y cobra el arriendo arbitrariamente...

Viejo y flaco, con los pantalones raídos apenas sujetos a mitad de las nalgas, a cuero vivo de cintura arriba, bravuquea en un desafío a toda la tierra, menudeando brazadas al aire. Insulta a todo el mundo, a las mujeres y a los hombres, más las mujeres. Amenaza con hacer cerrar las puertas *A* las ocho y jura "que no quiere ser más cabrón de nadie..."

Las mujeres alarman unánimes:

-¡Viejo "descasaor"...!

Los hombres, en celo, gruñen:

-¡Yeguas...!

Entonces, el hijo, Manuel 2°, mocetón simpático, se apresura a intervenir violentamente, trenzándose a golpes con su propio padre.

-¡Está borracho...! ¡Viejo borracho...! ¡Es capaz de acarrear una desgracia...!

Y para que el viejo no acarree desgracia alguna, se pelea de hombre a hombre con él. El viejo es firme y gusta de creerse "bien hombre".

-¡Te doy permiso...!-alcanza a decir al recibir los primeros golpes.

Y el joven simpático, duro el puño, duro el corazón (¡quizás qué quiere ahogar en la boca de su padre!), le machaca el grito ahí mismo, antes que se eche a volar: ahí misino, en el yunque negro de los belfos borrachos...

Los hombres, libres ya del deber de matarse, ostentan la certidumbre "de que no ha pasao ná", de que son "muy hombres", y, muy inflados, engarfian a sus hembras, apretándolas por la cintura, y las hembras, aliviadas ya del pánico, terriblemente fieles en aquel momento, se restriegan en su hombre, haciendo las gatas...

Afuera, todo el mundo está borracho de conventillo.

En la mesa, Enrique se aisla un momento y monologa:

-¡Si le llega a pegar a mi padre...!

Mi buena madre, carcajea:

-¡Tu padre...!

Enrique, pálido y con un orgullo de toda su carne, ataja y corta el desdén de mi buena madre en un ademán decidido de irse:

-¡Es mi padre...! Y nadie sabe...

Se ennoblece el rostro de mi buena madre, y dice:

-¿Qué te pasa...? Come, niño...

Mi perro, correctamente sentado en el trasero, recibe en un tarascón de toda su boca lo que yo le tiro.

Vuelve mi buena madre a su tema:

-Hay que trabajar y sudar... ¡Y todo para comer...!

Enrique, un poco herido, defiende:

-Eso es lo malo... ¿Trabajar...? Yo sé que mi padre no es flojo... Lo que pasa (se pone triste), lo que pasa... ¡Es que no hay pa qué...!

En la calle, el escándalo.

Y pegado a las bisagras del portón del conventillo, Ño Flojera, ausente

del mundo, caballero de su pensamiento...
Arriba: la risa de Dios...

Librodot

VI

Ágil, en un trote liviano y rápido, en la penumbra del largo atardecer (en el barrio atardece desde que clarea el día), se agita la sombra amiga del cuidador de los faroles: una escala liviana sobre su hombro derecho hace, en la penumbra, el recuerdo de una gran cruz animada; ora, inclina su brazo hasta besar la tierra en un gesto de total abatimiento; ora, se endereza en la sombra, gatea en la pared y, en lo alto, revienta en estrella.

Los muchachos del otro lado del cequión corretean a su lado jubilosamente: nosotros corremos a "encontrarlo" al borde la zona neutral. Nos hacemos bromas, nos desafiamos "para mañana"; pero, en esos momentos, nadie es osado de apedrear a nadie.

Anselmo, el farolero, silencioso y ágil, dibuja con el blanco de sus alpargatas, en la tierra negra, un fugaz revoleteo de palomas…

¡Qué envidia, qué tristeza nos da el no poder sembrar estrellas de una manera tan fácil: una escala y un fósforo…!

¿Quién de nosotros, en la fantasía de ese destino, no se duerme y sueña correteando en un mundo de estrellas chiquititas…?

Seguimos la suave carrera de Anselmo: nuestras manos se anudan en la escala apoyada en la pared y hacemos a manera de sujetar la escala, "para que Anselmo no se caiga".

Y Anselmo trepa y, arriba, se vuelve: hecho el milagro de su magia, baja de frente a nosotros, una sola mano resbalando leve por el lado derecho de la escala, el cuerpo casi recto y, como si fueran las sabias puntas de los pies, los talones tabletean rápidos y seguros al bajar los peldaños flexibles.

Y nuevamente, incansablemente, felinamente, Anselmo trepa "escala arriba", enciende el fósforo y juguetea rápido sobre la mecha; sopla el tubo, y el gran chonchón a parafina, desde el alero de las casas, se adueña de la calle: las sombras negras galopan un momento, se diluyen y quedan haciendo musarañas en las puertas, en las brasas de los cigarrillos, en las voces y en los ladridos, y en la tierra toda.

Las sombras hacen musarañas; pero Anselmo sigue, ágil y sin ruido, y se esfuma en la calle profunda: una cruz en fuga que ora se abate en la tierra, ora se trepa por las murallas y, en un momento, se nimba de una radiación lejana…

El mundo, todo el mundo, sería a modo de un hoyo inmenso: los hombres, Lucía y mi buena madre, mi piadosa abuelita, mi perro, don Vittorio, don Miguelito, Ño Flojera, el General y su caballo de palo y hasta el mismo cochero del victoria, con su tarro de unto brillante y su librea con

Librodot

macizos botones de oro; y el Presidente, y el Rey y la Princesa; los gigantes y los enanos; todos, todos, en el hoyo inmenso y negro, serían unos ratones largos, feos, tontos, si Anselmo, con sus alpargatas blancas, no hiciera revoleteos de paloma en la tierra ciega; si Anselmo no gateara en las murallas y sembrara estrellas...

* * *

En los días de lluvia, la calle entera se mete en la cocina.

El viento guapea ronco y desafía al viento.

Invitado por mi buena madre, Anselmo, hecho un trapo mojado, presuroso, sin dejar de mover los pies convertidos en unas enormes pezuñas de barro, bebe a sorbos rápidos un gran jarro de café humeante.

-¡Quédate, Anselmo!, -suplico,- mientras, a pesar de lo feo que me dice mi buena madre, trepo y bajo, y vuelvo a trepar por la escala maravillosa del farolero.

-Hay que ir no más, explica Anselmo,-y recalca: "y ahora más que nunca..."

Patalea mi vocación en la cocina:

-¡Es bonito ser farolero... qué me gusta...!

-...¡¡HIJUNA...!!

-¡¡LINDO SER FAROLERO!!

-...¡¡HIJUNA...!!

Interviene Anselmo, conciliador:

-No le haga caso, misiá Rosarito... Oye, Juan de Dios, es un trabajo muy cansao... uno llega rendío... na más que a dormir como una piedra...

-¡Quién iba a dormir, Anselmo...!

Se bebe el café, dando brinquitos, y sale: un trapo mojado que chorrea...

La liviana escala al hombro, trotando las enormes pezuñas de barro... Y el aguacero hace cabriolas en las tejas, y la noche negra nos tapa los ojos...

En el luto de la noche, los faroles son como una camelia roja media helada.

* * *

Llueve...

En la cocina, mi buena madre reza y me hace rezar largamente «por las benditas ánimas del purgatorio», por los marinos que navegan en la mar», «por las mujeres perdidas» y por los presos que están encerraos»...

Mi buena madre reza con voz entera y da la impresión de hablar mano a mano con Dios, confiadamente...

Un lamento se arrastra en la noche:

-¡Alerta... centinela... alertaa...!

-¡Alertaa... estoy...!

-La mar es pura agua, -se interrumpe mi madre, explicando- y no tiene principio ni fin...

-¿Y los marinos... son del agua...?

-¡Hijuna...! «Padre nuestro que estás en los cielos»... Andan en buques, grandes como esta casa... «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»... Tienen una guata muy grande los buques, Hijuna, y los marinos van "aentro", sin mojarse... «Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra»... Las ánimas no hacen mal a nadie; pero cuando están en "penas", vienen a

penar... «Ahora y en la hora de nuestra muerte»... Las mujeres perdidas, es por la pura pobreza, Hijuna... «Alabado sea el Santísimo Sacramento... Los presos que están encerraos... es por la pura pobreza, Hijuna... «Dios te salve, Reina y Madre» Están encerraos en las cárceles, en la Penitenciaría, en calabozos, muchos, muchos...

-¡Alertaa... centinelaa... alertaa...! -¡Alertaa... estoy...!

-«De tu vientre, Jesús»... Para que no se salgan, hay gendarmes... también están presos los gendarmes... también son pobres... «Segundo Misterio Doloroso; los azotes que sufre nuestro Señor atado a la Columna»...

-¡Tontos...! ¡Yo me arrancaba con los presos!

-«Creo en Dios Padre»... ¿Y tus hijos, Hijuna...? Los gendarmes tienen hijos... les pagan... viven de eso... ¡Alertaa...!

-«¡Amén...! *Kirie eleison... Christe eleison*»...

Después del Rosario, mi buena madre me cuenta historias truculentas. -Hijuna... hace tiempo que no fusilan...

Me entretengo en mirar en la crucesita del rosario de hueso blanco que cuelga del brazo de mi buena madre, un vidriecito lindo, donde, en campo esmeralda, se ve la burrita con la Virgen Maria y el Niño Dios...

-Fusilar es matar a otro entre muchos, Hijuna, y por eso todos dicen que bueno... Al último, a Pancho Zúñiga, lo mataron "con todas las de la ley». Tú no sabes lo que es la Ley... ni nadie lo sabe, pero hay que creer y creer no cuesta nada. Los tontos no creen.

-¿Sabes tú por qué mataron a Pancho Zúñiga? Por esto: El viejo le estaba pegando a la vieja. Igual que las peleas que se ven en el conventillo... Pancho los quería a los dos: a la vieja y al viejo. Pero le dió mala rabia el demonio y Pancho agarró un hacha brava para cortar espinos, y largó un hachazo... y mató a la vieja... "sin querer"... Enfurecido, mató también al viejo pícaro y lo cortó en pedazos...

-¡Alerta...!

-Después que mataron a Pancho... ¡le sacaron versos y lo dejaron como angelito...! Porque Pancho Zúñiga... fijate: pidió que lo mataran arrebozado en la bandera chilena...! Pero la Ley, Hijuna, no permite eso por ser una honra en demasía; morir así... El pobre no pudo cumplir su último deseo...

-Hijuna: lo amarraron al banquillo y le taparon los ojos; pero Pancho Zúñiga rogó que lo dejaran mirar... "pa ver la cara de la vieja muerte"... Y como en esto la Ley no dice nada, le fué permitida la gracia: Pancho miró al oficial, a los gendarmes, al cura... con unos ojos muy abiertos... pero parece que no vió la cara de la vieja muerte... no dijo nada. Por eso le sacaron estos versos:

Pancho Zúñiga, en silencio,
murió como un hombre honrao.
Por defender a su madre
¡que Dios lo haya perdonao...!

(Mi buena madre levanta un poco la voz y recita):

Pidió la bandera e Chile
pa morir santificao...
La Ley le negó esa gracia...
¡que Dios lo haya perdonao...!

En el banquillo pedía

que le quitaran el trapo...

(Mi buena madre se pasa la mano por los ojos).

Cumplió con la Santa Iglesia...
¡que Dios lo haya perdonao...!
Con los ojos bien abiertos
contemplaba a los soldaos.

(Mi buena madre mira al techo negro de la cocina y entorna los ojos).

Quedó mirando pal cielo
¡que Dios lo haya perdonao...!

(Y ahora la voz se hace ronca y dura y, con los puños cerrados, mi madre abarca el mundo en un movimiento de apretar en sus brazos la maldad y el dolor de la tierra).

En todas partes el pobre
¡muere como el pobre Pancho...!

(Pero, de golpe, la voz se hace humilde y esperanzada).

Por defender a su madre
¡que Dios lo haya perdonao...!

-Y esto no es ná, -agrega ingenua y sentenciosa- lo grande es que Dios se enojó con los que no perdonaron a Pancho Zúñiga: La mujer del juez que condenó a Pancho... "se fué con otro"... y el juez se mató. Uno de los gendarmes se negó a tomar parte en el "pelotón" y lo "echaron"; pero después se encontró un entierro... El gendarme que se ofreció como voluntario, al poquito tiempo se volvió loco y comenzó a disparar su carabina: casi mata al Alcaide que, desde entonces, quedó con una pierna "recogía"...

Así es Dios, Hijuna... habla claro cuando habla... pero se demora... Y esto es tan cierto... ¡que hasta don Miguelito lo dice...!

* * *

Poco a poco las brasas encanecen: en la blanca ceniza del brasero familiar, a trechos y en el fondo, algunas brasitas bermejean como heridas frescas.

La noche larga se inmoviliza en el ron-ron de la lluvia tenaz.

Mi buena madre, recogida en el tibio bienestar de su vida sencilla, hace, a ratos, una figura venerable.

Su ancha mano sufrida se aliviana en mis cabellos, hundida mi cabeza en su falda ahuecada, en nido.

Mi Perro gime dolorosamente y hace movimientos torpes y angustiados, mientras duerme, echado en un rincón. Intento despertarlo; pero mi madre me advierte:

-No, Hijuna... que despierte solo... Es una pesadilla... y un caballero se murió de la impresión cuando lo despertaron, y al Nato le puede pasar lo mismo... El Ñato está muy gordo... y las personas gordas sufren del corazón... Es mejor no despertarlo... ¿Sabes, Hijuna...? Los perros que uno cría deben estar siempre gordos, más gordos que las personas, en todo caso...

Con las tenazas remueve las cenizas y refulgen por todas partes unos alegres ojitos rojos, como de diablitos traviesos y buenos...

-¿Ves...? No hay como el buen carbón: el espino se quema con corazón y

Librodot

todo y asimismo debía ser la gente: arder toda la vida hasta consumirse los huesos en bien de los demás.

Con movimientos tranquilos, mi buena madre prepara el mate: con la bombilla, maquinalmente, da cuatro toques en la boca del mate, en cruz. Lo hace sin fe, con un movimiento reflejo. La miro a los ojos, burlándola.

-No te rías, Hijuna...- dice con bondad-. De grande vas a ver muchas cosas tontas y si te vas a reír... ¡te embromas! Yo no digo que vayas a ser un «pasmao»; pero ¡mira! la gente inteligente no se ríe de los tontos. Los tontos tienen mucho poder...

Llevamos el brasero al comedor y, en el secador de mimbre, deshumedecemos las ropas de cama.

-La manta, Hijuna...

¡Mi manta...! De color crudo, hilada en el huso por alguna buena vieja insomne; yo sé que mi manta, deshilachada ya, es mía.

Para silenciarme, para que no importune, me han dicho cuando pequeño:

-De París venías envuelto en una manta... ¡Diablo de chiquillo! Podías haber venido sosegado; pero te caíste al cequión y si no es por la manta... Eras muy bonito y por eso te sacamos...

-¡Mentira... mentira...!

-Los niños nacen...- afirmo-"nacen en el conventillo..."

Sí... ¡En el conventillo es mucho nacer...!

Tantas veces que han corrido mujeres en mi casa:

-Señora Rosario... ¡La Fulana...!

-¿Pero hasta cuándo...?

Y mi buena madre dá lo que puede; pero bajo una condición:

-¡Qué nunca más...!

Los niños no pueden nacer en otra parte: tiene que ser en el conventillo.

Además, yo lo he sabido por Juanita, la hija del mayordomo: muy linda y muy niña.

Una tarde se la vé en la calle con un atadito en brazos; con un atadito que llora...

-¡Dámelo, Juanita...!

-No se puede, Juan de Dios, es hijo mío...

Miro el atadito y es una muñeca que mueve los ojos y las manos, y que llora con lágrimas...

-¡Dámelo, Juanita...!

Pero Juanita se aleja con su muñeca en brazos... Juanita va llorando de una manera rara: alta la cabeza, uno vé sus lágrimas; pero no vé su tristeza, porque Juanita sonríe gozosamente... Se aleja con su atadito, sola, sola con su atadito... sonriendo...

Librodot

VII

A eso de la oración, la gente se encamina hacía el Matadero.

Hombres descalzos, mujeres desgreñadas, chiquillos sucios; perros, y también hombres bien vestidos y señoras.

Vamos jugando con el piso de mi buena madre mi Perro y yo: un rato lo lleva él y otro rato yo... y nos lo peleamos...

-Hijuna... ¡bueno va a quedar el piso...!

Se marcha en tropel y hay quienes azotan el aire con el colorín de las alfombras, pero no consiguen librarse de la tierra hecha polvo que nos rodea en nubes.

Algunas personas llevan sillas de Viena al hombro, y las cuatro patas de palo negro parecen, en el vaivén del caminar, cuatro palos vivos que se entretuvieran en golpear tantas y tantas cabezas resignadas, tantas y tantas cabezas enclavadas, por la voluntad de Dios, en la picota de los hombros.

Se entra al Matadero por la ancha puerta roja, abierta como un ojo negro en la noche, como un ojo negro que mirara por el tubo obscuro de la calle Chiloé, por encima de las luces lejanas, hacia el confín del norte...

Las «misiones» movilizan a toda la gente y, en la noche, apiñada en el Matadero, la muchedumbre sudorosa y eructante es algo así como la fantasmagoría de la muchedumbre que, a pleno sol, regatea las piltrafas en las propias manos del jifero.

Al fondo del patio hay un recorte de barandillas y, dentro, un espacio entablado. También un altar radiante y también un púlpito sombrío.

(Pocos pueden entrar a la parte entablada que, más de ser muy cómoda es, a más, un hervidero de pulgas... Las mujeres se rascan con fruición...)

Los demás, nos arraigamos a las piedras del enorme patio.

Por sobre el run-run de las conversaciones ahogadas, un bramido pone una nota de pavor en las almas medrosas: alguna vez una vaca irrumpe como un animal poseído por entre la muchedumbre apiñada: gritos, herejías y desmayos... ¡Tiene que ver mucho el Diablo en eso...!

Los buenos padres misioneros (creación de don Miguelito) se ponen una cosa blanca en el pecho, colgante, en forma de cruz; se encaraman en el púlpito, y, extendiendo los brazos en un gesto fraterno, nos dicen a todos, a mi Perro también, indudablemente:

-¡Hermanos míos...!

-Hijuna... ¡El perro...!

El Ñato gruñe bronco: no se mira bien con el perro negro y está dominado por la censurable inclinación de iniciar las peloteras: iniciadas

éstas, cuando los hombres toman la parte que les corresponde y azuzan frenéticos, se aparta tranquilamente y -mala entraña la del Ñato- deja a los demás perros que se destripen tonta, heroica, patrióticamente...

Ahora, para domeñar sus ímpetus belicosos, yo me siento en mi Perro, cerca de la cola, y, sin preocupaciones ya, atiendo:

-¡Hermanos míos...!

Es una voz acariciante, pegajosa, a veces ceceada; pero muy agradable.

Con gestos amplios y con palabras macizas, el sacerdote nos dibuja el Cielo y la Corte Celestial.

El buen Dios, como un gran abuelo-¡qué blanca y crecida es la barba de Dios!-está sentado en su trono...

(Un trono es un piso bien grande y bien ancho, con cosas de oro... Siempre lo lindo tiene color de oro... Dios... ¿será de oro...? ¡Tiene que ser de oro...!)

-¡Hermanos míos...! El sacerdote predica, inspirado. Nos cuenta cosas del Cielo y del Infierno, de San Pedro y del Juicio Final... Y todo lo cuenta con tan asombrosa seguridad, que parece que el santo sacerdote viene llegando de todas esas partes...

En el Cielo, la vida es un suave cántico sostenido eternamente: con trompetas de oro, en notas de oro, en el Cielo todo plata y oro (¡todo es plata y oro por todas partes!), se alaba al Señor.

No todos pueden entrar al Cielo, tan fácilmente como a un circo... La «entrada» no se paga en dineros: se paga en obras de piedad a través de toda una efímera vida terrena... Una buena manera de realizar obras de piedad, es dar limosnas...

(¿Quiénes pueden dar limosnas, Juan de Dios...? Tú, pues, que tienes un diez en el bolsillo... Me tranquilizo y sonrío en la noche).

Peco, he aquí que el cielo tiene puertas invulnerables y grandes cerraduras... y las enormes llaves las tiene San Pedro, vigilante, omnímodo... ¿cómo burlarlo...?

¡Ay! Pierdo, desde luego, toda esperanza de entenderme con el hombre de las llaves: el mal hombre no dejaría pasar a mi Perro... Acaricio el diez entre mis dedos y rasco suavemente con él el lomo del Ñato...

-Será «pa helados», entonces-me digo con pena...

El Juicio Final entusiasma al misionero, y amplía los gestos en una descripción fastuosa: la Corte Celestial entera se asomará a la Fiesta.

Resonará la trompeta del Juicio y la tierra se maravillará florida de calaveras. Los esqueletos danzarán en busca de su ser primitivo. La vieja María encontrará la frutilla de su nariz... Doña Filomena sus nalgas exuberantes...

Y los que bien se amaron en el mundo, se buscarán en la multitud gozosa, y se reconocerán:

-¡Tramposo! ¡sacramento! -gritará al «Cristo» don Vittorio....-¡Revoluzzione...!

-Enrique... vos que sos tan callao... la alegría es cosa del vientre-volverá a decir el General...

-¡Hijuna... Hijuna...!-ha de clamar mi buena madre...

Y yo he de saltar, he de saltar gritando con un grito de todos mis huesos:

-¡Ñato... Ñato... Ñato...!

Bruscamente, cuando la muchedumbre absorta vaga en lo diáfano, el misionero acorta y acelera los gestos; saca, desde el fondo del púlpito, una

voz ronca y rencorosa, y nos estremece en pánico: yo veo saltar en chispas las piedras de los corralones del Matadero:

-¡Y los malos...! ¡réprobos...! ¡al Infierno, a penar para siempre...!

Llamas y diablos; azufre y plomo hirviente.

Arde todo: la pobre gente arde en largas llamas crepitantes y gesticulantes, tal que un árbol ardido al viento, fruslería del viento... Arriba, el cielo de hace un momento, de plata y de oro, arde de ahora en rojo de infierno.

Mi buena madre, una sola llama desesperada, silbante.

Todo mi Perro, y mis dedos, y mis ojos, y mis pantalones, una sola llama ardiente e inacabable, por los siglos de los siglos...

Y Lucía... ¡También Lucía es una sola llama...!

¡Su blanco delantal y sus grandes ojos verdes una sola llama enloquecida!

(Decididamente, Dios no lo sabe: Lucía es demasiado linda... Yo seré bueno: dejaré de comprar helados... y hace un sonido alegre en el plato limosnero mi diecesito de plata...)

Pero el sacerdote no perdona a nadie... Desde el púlpito, es un camisón blanco implacable: el rostro magro se hace cruel, como una máscara de mala bruja...

Y se extiende un gran ruido sordo y terrible: golpes y golpes en los pechos huecos, y la desesperación en una sola palabra:

-¡Misericordia... Misericordia...!

Agotado, el misionero se va apoyando en los gestos y en la voz, dificultosamente, apagándose, y la pesadilla terrible se apaga también: sombras, mugir de animales acostados ya con la muerte, y olor a bostas frescas.

Se esfuma el Cielo y se esfuma el Infierno...

El buen Dios se pierde en las nubes, y es como una nube chiquitita la luenga barba blanca; y el señor Diablo, rojo y coludo, se hunde en las entrañas de la tierra como un palito de fósforo que se extingue...

Concluye el rosario en un ruido apresurado de una sola nota incolora, como de cansancio. Y la gente sale a la calle en piño y se ahoga en la tierra suelta, removida en nubes.

Los hombres entran a las cantinas y, en las casas alegres, resuena el arpa, y las castañuelas traquetean una carcajada, alegremente, como si fueran pájaros.

Mi buena madre hace el regreso en compañía de la flaca señora Mercedes, la mujer de don Pedro.

Lucía lleva a Perucho de Ja mano y me toma de la mano; pero me enrabia un no se qué y me voy con mi Perro...

-¡Qué yo también sé andar, Lucía...-digo con énfasis, dándola un fuerte tirón...

Lucía me persigue con sus endiablados ojos verdes que alegran la noche, y canta en la sombra un presagio:

- ¡Mal genio... yo te limaré...!

La flaca señora Mercedes habla para todo el mundo:

-¡Qué sermón, señora Rosario...!

-Pero muy «pintao», si Ud. me cree; demasiado pintao, Mercedita...

-Yo me ví en el Cielo, a la diestra...

Librodot

-No se apure... La diestra es como esta calle... estira, estira, Mercedita... y puede llegar hasta la mar, y puede dar la vuelta... Lo que le digo: demasiado pintao... ¿Y los negocios?

-Así... así... bien cansada...

-¡Hijuna...! ¡El piso, Hijuna...! ¡Bueno va a quedar el piso...!

VIII

La apertura de la tal escuela dió mucho que hablar en nuestro barrio y la cosa se resolvió después de un proceso laborioso.

En el propio terreno de la escuela fueron hechas unas excavaciones anchas y profundas y de ahí se extrajo el material. Resultó una casona de frente de sal y ladrillo y de corredores bajos, en rectángulo, que defienden a las salas sombrías, de tabiques, de los manotazos de la lluvia; pero que, al mismo tiempo, no dejan pasar el sol.

Al fondo, el segundo patio finaliza en la fosa común de las excavaciones.

Las aguas lluvias han formado un remedo de laguna del Parque Cousiño.

En la laguna del Parque, los domingos, los caballeritos y las señoritas, haciéndose los asustados, gritan y se abrazan, mientras el bote se mece de lado a lado; pero nuestra laguna es mucho más estrecha y profunda. Una lama verdinegra cubre la superficie del agua pútrida...

Los sapos, unos sapos grandes, atigrados, con cuatro ojos fascinantes (dos de ellos en el lomo), solazan en el tibio lienzo de las piedras lisas, en los días de sol. En la noche, desde el atardecer, están de jarana y atruenan: hacen un solo ruido agudo en partes, y, en partes, como un jadeo.

Las piedras que lanzamos sin fuerza, con la propia gravedad de su peso, parecen detenerse, enredarse en la lama, y esta se abre en hilachas, Como en las norias hundidas en lo profundo de la tierra, desde las entrañas de la tierra sube a la superficie un ruido sordo, agorero...

Perucho nos mira en desafio y dice:

-Bah!... Yo soy capaz de atravesarlo; pero... ¡pa ensuciarme...!

El Cabro, rechoncho y cruel (siempre anda matando pajaritos con su honda larga; siempre persigue a las lindas lagartijitas en las viejas tapias), burla;

-La pana se vende en el Matadero...

Perucho se estremece al insulto, y de dos manotazos aparece desnudo y, de un salto rabioso, se lanza de cabeza al inmenso hoyo en gelatina.

No podemos gritar...

El Cabro, el niño cruel, se pone lacio y queda con la boca y con los ojos muy abiertos; pero, al instante, como si un resorte empujara su cuerpo rechoncho y firme, se tira a lo profundo, y rasga el aire y el agua con un alarido:

-¡Perucho... Perucho...!

Al otro extremo se levanta un monstruo: unas barbas verdes y largas

como *cochayuyo* penden de la cabeza triunfante de Perucho y, rápido, casi a flor de las lamas, el Cabro nada enérgicamente hacia él.

En nuestra alegría bullente gritamos, reímos, saltamos y apedreamos el pozo profundo, locamente, victoriosamente, hasta cortar las lamas y despejar el agua turbia.

Nadie confiesa que fué casi extrangulado por el miedo, por el terror de ver, por la primera vez, «una cosa a punto de morir».

Cesáreo, el Maucho, compañero de vivienda del Cabro (los hemos invitado a ver la escuela), comenta con su voz cantada:

-¡Si los pesca el «Cuero»!

El Cuero, hipócrita y terrible, se habría tragado a los dos…

-Una vez en San Carlos…

Sí. El Cuero es capaz de tragarse a un buey… Porque… el Cuero es un animal que no es un animal… no tiene forma y nadie sabe lo que es.

Está en todas partes, en los remansos, en los raudales, y por eso…

-Para librarse del peligro del Cuero -asegura Cesáreo,- antes de tirarse al agua… hay que hacerse una cruz en la *guata…*

* * *

Frente de cal y ladrillo y fondo de fosa común, esa fué la escuela que asesinó la alegría de nuestro barrio.

La población entera fué apiñada en el rectángulo del primer patio, y los hombres las mujeres y los chiquillos se fueron apartando por el color de los vestidos, hasta quedar divididos y señalados los del uno y del otro lado del cequión, en dos clases.

Unos caballeros gordos y unas damas vejanconas y severas, se atreven en el victoria tambaleante con los hoyos y las piedras, y las basuras de nuestra calle huraña. Y los tres o cuatro landós soberbios, hacen una fila barnizada en la que se destacan los cocheros omnipotentes e inmóviles, con fachenda de dioses.

La escuela es el galardón triunfal de un señor muy encopetado que, según pregón de quienes le admiran, es muy «gallo».

-«¡Su Señoría representa a los negreros del pueblo!»-dicen que ha gritado a otro señor más encopetado que él.

-¡Y Su Señoría es un analfabeto…!

-¡El H. colega es un ladrón…. señor Presidente…!

Se insultan aquellos encopetados señores de esta manera tan ferozmente cordial, y mi calle brama de entusiasmo… y se abofetea de lo lindo…

Sólo que, entre la placidez de un insulto y la delicada benevolencia de una afrenta, los encopetados señores amasan entre todos, con manos unánimes, la Ley…

A mi me parece un hombre grandote.

Ahí está.

Parado en unos cajones con alfombras, en una alta tarima, el mismo nos lo cuenta: la escuela es inspiración de él…

-¡Hijo soy del pueblo…!-retumba su voz.

(Verdaderamente, grita demasiado para ser tan poca cosa…)

-He luchado sin cansarme durante mucho tiempo para conseguir esta escuela… De ahora en adelante, esta escuela estará al servicio de los hijos del pueblo, como yo…-(Aplausos cerrados).

-De ahora en adelante, estas murallas… (feas las murallas, sin reboque)

Librodot

encerrarán la luz... ¡irradiarán la luz...! (Aplausos cerrados).

-Los niños, hijos del pueblo, ya no andarán «selváticos» por las calles...

(Eso es lo malo, me sopla Enrique. Yo recuerdo bien que el hombre grandote dijo «selváticos»).

Y sigue y sigue perorando el caballero grandote: a veces, casi nos amedrenta: parece tener poderosos motivos para gritar sumamente enojado... y nosotros no le hemos hecho nada... Cuando termina su perorata, el hombre lo hace en profeta:

-"¡Se acerca la redención del pueblo!"...

(Aplausos. Aclamaciones. Vivas. Los más que aplauden son los obreros aburguesadotes de nuestro lado).

Los cuadrinos, estupefactos, abren la boca devotamente...

Los fabricanos, se confían unos a otros:

-¡No hay quién pegue con el gallo!...

Las señoras vejanconas y severas nos miran con cierto interés bondadoso y, al sonreír, nos pelan los dientes, en rictus... (Mi Ñato, naturalmente, lo hace mucho mejor: se ríe francamente, con toda la boca).

Después, sube a los cajones un viejito muy mono, chiquitito (ni lo habíamos visto), vestido de negro y con una gruesa cadena amarilla atravesada en el chaleco. Antes de hablar, saca el reloj (un reloj amarillo, grande), lo mira como para ver la hora y nos lo muestra, y lo guarda...

En voz baja, y como avergonzado de ser una cosa tan grande, nos cuenta:

-Soy el Visitador... y estoy muy contento, muy contento... Un aforismo (dijo aforismo, estoy seguro), dice que abrir una escuela es como cerrar una cárcel...

Después, su mirada atenta tirabuzona en la muchedumbre y dice en tono de conversación:

-Veo dos grupos distintos... ¿Por qué...? Los niños descalzos a un lado, junto a estos hombres vestidos de azul, y ustedes, señoras y señores, junto a estos niños que parecen apartarse de los otros... y todos parecen desconocerse... ¿Por qué...? ¿Os divide alguna diferencia... algún alto muro...?

El viejito tan mono mira atentamente el techo, las blancas vigas de álamo, descubiertas y mal aserradas, y dice con unción:

-Buenamente, mis amigos, todo puede y debe tener remedio... La diferencia no será tan grande -pienso en Jericó, mis amigos-como las fortificadas murallas de aquella ciudad bíblica. Enormes murallas almenadas las de aquella ciudad soberbia, "la cual no se podía derribar ni asediar fácilmente..." y, sin embargo, cayeron derribadas fácil y milagrosamente... ¿Os acordáis?

Fué así: Josué ordenó que alrededor de sus muros fuera paseada el Arca de la Alianza, y que la precedieran los sacerdotes tocando las trompetas, y, a los siete días y a las siete noches de glorificada el Arca al son de las trompetas, los muros se desplomaron de súbito y la ciudad fué tomada: así cayó Jericó... y así han de ser abatidas las fortalezas del orgullo entre los hombres: las Trompetas de Jericó... ¡son los maestros...!

(Miren lo que es la escuela... ¿no?, piensan nuestras almas libres de palomilla libre, nuestras almas de muchachos desharrapados; pero bien comidos: los maestros son las trompetas de Jericó y las trompetas son unas flautas largas que al sonar echan abajo las más gruesas murallas, aunque estén defendidas por soldados valientes... Además, las cárceles serán

cerradas, a pesar de lo grande que son, y serán cerradas por la obra de estas escuelitas feas... Esta escuelita fea ha de hacer caer esa mole cochina de la Penitenciaría, y ya no han de fusilar a ningún pobre Pancho Zúñiga más... y yo me he de ver libre de rezar todas las noches «por los presos que están encerraos...» No está malo, me digo, a pesar de lo que ha dicho Enrique).

El viejito sigue insinuando con su voz amable unas cosas de la civilización, del jabón y del agua...

Después, se vuelve un poco, pone el dedo en la estrella de la bandera que, a su espalda, hace como de, telón de fondo, toma alientos y perora:

-¡La Estrella de Chile es nuestro Norte...!

La última frase del viejito tan mono, vestidito de negro, con una gran cadena amarilla en el chaleco, es de un efecto colosal.

Los obreros aburguesadotes, y los cuadrinos metidos en su mezclilla azul, desteñida a trechos, y los chiquillos y las señoras y los señores, palmotean entusiastas, puestos todos de pie.

El viejito se desconcierta y, en su sonrisa afectuosa y tímida, parece querer significarnos que él no tiene la culpa de aquel alboroto.

Por último, confundido, nos hace una venia muy cortés, saca el hermoso reloj amarillo como para mostrarlo, y baja de los cajones alfombrados.

El caballero formidable que habló primero, abraza con un abrazo forzudo al lindo viejito, y el pobre desaparece entre aquellas aspas enormes.

Sofocada, entrega sus manos a todo el mundo, y todo el mundo se las estruja.

-Es raro, Hijuna-murmura mi buena madre... -no ha llegado don Miguelito...

Pero en ese momento aparece don Miguelito, alto, como en relieve su rostro afable por sobre la tristeza de su manteo negro.

-Al fin ha muerto la pobre vieja "Márgara" -predice a sus vecinos la flaca señora Mercedes-. Don Miguelito -explica-ha estado dos días "ayudándola" a bien morir. ¡Tan abandonada la pobre!

(La Márgara era una vieja loca. Recogía huesos en los basurales. Y en las calles recogía caca blanca de perro para las curtiembres. No vivía en ninguna parte. ¿En qué rincón habrá muerto...?)

Don Miguelito, alzada la diestra, parece bendecirnos.

Se hace un grave silencio mientras don Miguelito avanza hacia los personajes que, de pie, rinden homenaje al sacerdote.

(Pienso pedirle una medallita...) Después, un futrecito pálido, con una ropa negra muy escobillada, con los zapatos muy lustrados (los pantalones le quedan un poco cortos), hace "hablar" el violín. Toca una y otra vez. Música de violín quiere la gente, y música tocada, arrancada a sollozos, en trinos, en carcajadas, desde el fondo de ese aparatito insignificante, rojo, de largo cuello y de cabecita pequeñita; pálida la mano ligera en las cuerdas; pálida y mórbida la mano segura en el arco y, mucho más pálido y sosegado el rostro del futrecito metido en su ropita negra, los pantalones un poco cortos, los zapatos muy lustrados.

-Es un artista-musita Lucía.

(Tan blanca ella y "tan lejos" que la vemos al lado nuestro...)

Las damas nos reparten golosinas, nos preguntan nuestros nombres y la edad, y nos aconsejan que nos limpiemos "eso"... (los mocos).

-¿Pero con las mangas nó, nó...?

Todo lo hacen con una sonrisa fruncida, como haciendo fuerzas...

* * *

Salimos a la calle: a la tierra, a las piedras, a la basura. Nos deslumbra el sol.

El sol y el cielo dilatan el mundo en una claridad abierta hasta lo más lejano: se vé el verdor de los altos álamos al fondo, por sobre la Penitenciaría, muy lejos... y, desde allá, se extiende hacia nosotros, como llamándonos, como diciéndonos cosas de aventuras de viajes, de correr y correr por el mundo, el humito blanco de una locomotora.

Parten los victorias, silenciosos en sus ruedas de goma, tambaleantes en los hoyos, y mientras las mujeres agitan sus grandes pañuelos a cuadros , y las damas unos pañuelitos pequeñitos y albos, en una despedida cordial, la palomilla se encarama a la parte trasera de los victorias: las piernas desnudas juguetean entre la barra negra y la tierra suelta; al volver la esquina, por San Ignacio hacia el norte, hacia el centro, el cochero -¡tan elegante en su librea de dueño del mundo!- hace restallar la huasca en un largo azote hacia atrás, a las piernas y los brazos y los ojos de los muchachos felices.

-¡Huasca "atrás"!-gritamos en advertencia fraterna.

Ante la amenaza, ágiles, los chiquillos se van dejando caer de uno en uno, como grandes hojas aventadas.

Saltamos en la tierra caliente y, en un solo rito, insultamos al cochero impasible y grande: -¡Saliste feo...!

Tambalea en vaivén de volcamiento el suave coche de ruedas de goma: se hunde en los hoyos, se levanta en las piedras, sin ruido, "como navegando".

Perdidas en los cojines, las damas severas y vejanconas, han desaparecido; sedas y puntas de zapatos relumbrosos es lo que vemos en el fondo del coche, al pasar en carrera, dando al aire los harapos de la chaqueta y de la camisa flamantes, tal que banderas cosidas a nuestros cuerpos flacuchos...

-¡Hijo soy del pueblo...!-ronquea en el interior el vozarrón del caballerazo que trajinó eso de la escuela.

Pero estamos en guerra. Ofendidos y belicosos, arreciamos, provocando, tocando los caballos casi, mostrando la lengua al cochero en un gesto de burla; echándonos a tierra en movimientos felinos, esquivando el largo azote que, de vez en vez, el cochero -¡tan elegante en su librea de rey!- nos larga hacia los lados, con rabia, ahora, perdido ya, todo su prestigio.

-¡Saliste feoo... saliste feoo...!

Vuelve a restallar la huasca, brava y silbante como un insulto. Salta la tierra y un papel mugriento, partido en dos, sube en el aire, aletea indeciso, y se posa en la punta de un zapato lustroso, que lo rechaza, y cae entre las ruedas el papelito sucio, aleteando.

Como un insulto, la huasca se estira hacia nosotros, y nuestro insulto, silbante y bravo como una huasca, desde la tierra caliente, se agarra a las ruedas, trepa por las botas del cochero magnífico, patalea en sus botones de oro, se encarama en su colero, y lo envuelve, y lo veja y lo desprecia:

-¡Saliste feoo... saliste feoo...! ¡¡Babosoo...!!

Tierra quiltros y palomilla: el barrio entero persigue a los coches flamantes.

En la calle Victoria frente a la puerta principal del Parque, abandonamos la persecución, despidiendo a los cocheros con «tamañas», coreando:

¡Sa-lis-te fe-oo! ¡Sa-lis-te fe-oo!

Curioseamos frente a la puerta del palacio Mac-Clure y, al fondo, en una alta escalinata, se nos aparece, decorativa como una figura de mármol, una empleada joven restregando el mármol blanco.

Hacemos el regreso por el interior del Parque. Nos ponemos de acuerdo para dar una vuelta a la elipse. El Tonto de la Hallulla, orgullo de los corredores de fondo, está entrenándose, y se le divisa, en nuestra dirección, a dos cuadras, enfrentando los jardines. Nos ponemos al trote, las manos al pecho, los puños cerrados, livianos en la punta de los pies. «Si quiere pasarnos, lo atajamos», grita uno y, en grupos, los chicos delante, corremos, sujetando el aliento y cuidando de no cansarnos hasta la fatiga, para «no cortarnos». Al oblicuar, enfrentando la puerta que da al Club Hípico, el Tonto de la Hallulla nos alcanza y lleva trazas de querer irse sin nosotros; pero lo rodeamos, obstaculizándolo.

El corredor sonríe con todos sus músculos morenos y acorta su trote elástico; entonces, seguros de que no se nos irá, alargamos el trote lo más que podemos y, así, damos la vuelta, orgullosos. Frente a los jardines, dejamos libre el paso al campeón, y éste, haciéndonos señas con su pañuelo, se aleja con redoblado brío.

* * *

Paso a paso, esquinamos hacia la puerta de la Avenida Viel con Tupper. Descansados, salimos al solar de la calle Concepción con San Ignacio. El Cabro comenta:

-¡Nos pasamos de gente... pudimos haberle volado el tarro...!

Vivamente arde la epidermis y siente el escozor de los huascazos como si fuera flagelada en ese mismo instante. Llamea el odio, amarillea la vergüenza.

-¡Nos pasamos de gente...!-reconocemos con pesar.

(Todos los cocheros del mundo son en estos momentos para nosotros un solo cochero de mugre).

Nerviosamente inventamos el hacernos justicia, y buscamos en el solar un tarro parafinero comido por el moho y, con un palo, hacemos un espantajo que nos ha de servir de blanco.

Colocamos la personificación del cochero a cincuenta pasos, bien asegurado el palo que hace de cuerpo y, a piedras, rencorosamente, hacemos una carnicería espantosa en el cochero de mugre.

Suena hueco el tarro a cada pedrada, y queda estremeciéndose, implorante...

-¡Graneao, niños!-imita Perucho al General.

Nos acercamos, y con saña hundimos el tarro inerte y ronco: una y mil pedradas descargamos en la lata, mohosa.

-¡Pa que aprenda!,-gritamos implacables. Y, ya cansados, ahí dejamos al cochero-¡tan elegante! - hundido en la boñiga, aplastado y muerto para siempre.

*** * ***

El ajusticiamiento hecho en el solar, con el beneplácito y la complicidad de todos, selló la paz entre la palomilla.

Perucho y Cesáreo, capitanes de tropas irreductibles, dan la voz de orden:

-¡Son leseras pelear por puro gusto!

Y todos decimos:

-¡Son leseras!

Ya se podría ir y venir por toda la calle. Ya no tendríamos que esperar a Anselmo en la orilla de acá del cequión. Y ya el cuadrinaje no tendría para qué quedarse con la boca abierta, envidiándonos, cuando, en triunfo, siguiéramos en la penumbra los revoleteos de paloma de las blancas alpargatas del farolero. Iríamos por la calle profunda en alegre trote, sembrando, viendo sembrar, glorificando la siembra: luces, y luces, y luces…

Corre la buena nueva por el barrio, y es el Cristo, el temido, el que encabeza el grupo de cuadrinos: vienen un poco alegres ya (el anochecer los pone alegres en la cantina), y cantan y dan grandes voces amistosas.

El conventillo echa a la calle todo lo que tiene dentro y se forman grupos.

Mi buena madre, sin saber lo que pasa, corajuda, atropella:

-Hijuna… ¡Habrase visto! ¡Ca uno pa su casa!

Frente a ella, el Cristo, que se vé incomprendido, saca su cuchilla y el fierro afilado hace un relampagueo: toma el ancho cuchillo de la punta e intenta pasarlo; pero el grupo retrocede, pisándose.

Mi buena madre se abre paso e insulta:

-¡Cobarde…!

De la mano robusta del temido cuadrino, florece un hilo plateado que, en curva, pasa sobre las cabezas: salta la cuchilla de teja en teja y queda; detenida bruscamente, tendida hacia la calle, mostrando su filo, amarrada a las tejas, en son de advertencia y de juramento.

Un milagro: Ño Flojera sale disparado de su umbral y, como si fuera un enorme murciélago, con los brazos abiertos «de par en par», avanza prepotente, arrastrando y confundiendo a los grupos, y los encierra, y los junta, y los apelotona.

-¡Ganaron los chiquillos! - clama - ¡y viva la unión de los pobres!, y vos… (se dirige al Cristo) ¡no te conocía…!

Los grupos inician una conversación animada, fraternal, de primera vez.

El Cristo y Ño Flojera, ayuntados por los brazos, confianzudos y alegres, se encaminan por el medio de la calle hacia el otro lado del cequión, a echar un trago.

(Después he leído, en la épica, rendidos gestos de guerreros románticos: vencida la terrible espada ante la magia de unos ojos límpidos, ante la inexpugnable inocencia de una niña, el guerrero se inclina en cortesía y ofrece su tremendo corazón en el regio presente de un alfiler precioso: su espada).

Y ahora somos nosotros, desharrapados y libres, quienes, como en la épica, hacemos el romance, y es el Cristo, el temido, quien hace el gesto inesperado y conmovido: rendir su cuchilla… Y es Ño Flojera, amargo como el ñatre, quien borra las diferencias de familia, y nivela en una clase sola a toda la pobrería…

Cuando el General vio aumentada la pandilla y vió a Enrique brincar y echar colores, se bajó del caballo manso como un palo, estiró las piernas tiesas, y con un gozo nacido de las entrañas aseguró:

-Tenía que ser así… ¡La escuela tenía que hacerlo…!

¿Qué sabía el General…? ¿Qué tenía que ver la escuela con nosotros…? Nos unimos libremente, libres de todo embrujamiento…

(Fué el tonto del cochero el que nos enlazó con su huasca en un fuerte

despertar de nosotros mismos, a golpes de látigo, desde su alta injusticia de dueño del mundo...)

¿O serían las palabras del viejito tan mono, del Visitador que habló de las trompetas...?

¿Quizás si fué el violín del futrecito pálido?

-Fué el cochero -explica Perucho,- «nos tiró a matar por parejo...»

El pobre viejo bondadoso, enfundado en el raído uniforme azul de deshecho, refresca el tosco zapato en el baño verde del pastito nuevo, y sonríe largamente...

-Es la Escuela, chiquillos...

Librodot

IX

Aprovechamos los últimos días de libertad. Con fácil maestría hacemos vertiginosas carreras guiando unos aros de zunchos sonajeros: el «garfio», un alambre rígido terminado en U, donde rueda el aro inteligente, es en nuestras manos un «volante» de sensibilidad asombrosa: donde ponemos el ojo, por ahí debe y tiene que pasar la rueda.

Uno tras otro, a distancia de un metro, disciplinados en un control unánime y honrado, formamos «un tren de a cuadra».

La «máquina», elegida a la suerte, ensaya un pitazo estridente y, despacito, y haciendo *chaca-chaca-chaca,* parte el tren «pal sur»…

Señales convenidas de antemano regularizan la marcha. Las estaciones, el alto puente del Zanjón de la Aguada por San Ignacio, mirando al cuadro Viejo; dando frente al Hipódromo (los caballos tienen las patas muy largas y ostentan capas muy bonitas); el canal San Joaquín; las «puertas de trancas», «el cruce», la banderita; hasta Lo Ovalle, son respetadas en su calidad de primera clase: San Bernardo, Rancagua, Curicó, Talca, Chillán…

La máquina no puede «perder», porque, si pierde, automáticamente y sin réplica pasa «pa la cola».

En el pesado camino rural, para nosotros maravilloso índice dirigido «más pallá de todo: de la lucecita en que se juntan los álamos y se ven chiquititos, «más pallá» de los cerros; lejos, lejos… corremos… ¡libres…! haciendo «un tren de a cuadra».

Los bueyes nos miran desde los potreros, se vuelven a mirarnos, y nos siguen con sus ojos buenos e inmóviles, como si fueran los grandes bueyes ganosos de correr, unos niñitos tristes y pensativos, condenados a no correr y a estar sentaditos en un piso…

De regreso, después de haber hecho cabriolas en el agua chocolate de los canales en el remanso de un potrero, desnudos bajo el cielo y frente, como gusanillos blanquiscos y morenuchos, a la naturaleza inconmensurable; después de «amarrarnos bien los pantalones», nos entregamos en cuerpo y alma a otra fantasía de movimiento, creándonos una locomoción imposible para nosotros:

Ahora somos como esos jóvenes rubios del Montepío de Piedad de San Miguel Arcángel que, en compañía de otros jóvenes, dependientes de otros Montepíos tal vez, encamisetados en *yersis* blancos, con boinas azules, corto pantalón y medias gruesas, pedalean en sus bicicletas aceitadas y limpias por los suaves caminos del Parque, ora en competencia veloz, ora en tranquila marcha, agrupados de a tres, en una línea armoniosa,

plácidamente, gloriosamente.

Nuestros aros sonajeros, inteligentes y dóciles en el garfio sensible al impulso de nuestra mano experta, ruedan ceñidos a las huellas anchas y parejas dejadas por las carretas en la tierra fofa; y, en grupos de a tres, en una línea, despaciosos, regularizando la marcha los más pequeños y los de menos «aguante», regresamos transformados en ciclistas apachorrados...

* * *

En el cruce, inmediatamente de bajar el puente en repecho del Zanjón de la Aguada, nos apelotonamos hasta juntarnos todos.

Platicamos con el banderista gordo que tiene una pata de palo.

En la muralla de los polvorines, a la sombra de los cardos y del hinojo de fuerte olor a anís, vamos afirmando cuidadosamente nuestros aros infatigables y relucientes por el enérgico roce de los largos caminos.

Nos aentramos por la línea, hacia abajo, segando y pelando «pencas» con el filo de los roncos runrunes de lata, agujereados en cruz.

Pasamos más allá de los muros posteriores de la Penitenciaría. Fríos los muros húmedos y foscos fría y gruesa la sombra que proyectan.

A esa altura ganamos la línea, y al trasponer la curva, la tierra se hace amplia nuevamente, y vuelve a brillar el sol, y vuelve a ser fascinante la lejanía, abierta para todos los lados del mundo...

Ennegrecidos los labios, áspera la lengua, rasguñadas las piernas y las manos por las espinas rojo-amarillo que se meten en la carne y que hay que arrancar con un movimiento rápido y seco, hartados de pencas, nos volvemos trayendo cada uno un atadito «pa llevar pa la casa».

Con ruido espeso, y en un trote pausado de animal muy gordo que resoplara en asfixia, entrechocando su esqueleto de fierro redondo, asoma el «Abastero», tren de carga que hiede en acre olor de vacunos que, en la proximidad de la última estación, Matadero, presienten el despiadado fin que les espera «mañana por la mañana», y mugen en la prisión estrecha y crujiente con un mugido que se prolonga, igual en la misma nota opaca de agonía, hasta el último carro que, en la curva, simula esconderse, en una esperanza desesperada de no llegar a término.

Allá, en el cruce, la banderita blanca hace un movimiento de alas en las manos del banderista gordo, con una pata de palo.

Los palanqueros saltan de carro en carro, livianos, y «aprietan» las palancas en un movimiento circular, rápido y rechinante...

Se extiende un olor a asfalto bullente y el humo pone manchas de yodo en la transparencia de la tarde inmóvil. Los palanqueros, ahora enhiestos, las piernas entreabiertas, parecen ser ellos los que echan el humo, quemándose sin arder, como si fueran grandes cigarros de alquitrán, humeantes.

Agitamos las pencas cenicientas por sobre las cabezas enmarañadas, en gestos de buenaventura.

Rojos pañuelos llamean pegados al cuello de los palanqueros que, engreídos de su oficio y de sus grandes pañuelos rojos, hacen equilibrios inverosímiles, remachándose al borde mismo de la techumbre de los carros galopantes y, temerarios, nos hacen saludos grotescos y regocijados.

Un poco antes de enfrentar la banderita blanca, el fogonero se trepa a la carbonera, y saltando en el liso carbón reluciente, va tirando a la orilla de la línea gruesos adoquines de carbón de piedra. Metros más allá, la locomotora hipea ronca, y una nubecita de verano se diluye en hilachas de seda.

Librodot

Atrás, en el techo de la «casita», en una cosa como sillón de palo, seguro en la altura, sentado, una pierna sobre la otra, el «conductor», el dueño de todo el tren y de toda la línea, pasa ante nosotros y da la impresión de un señor que diera vueltas en un caballito de carrusel: no hay peligro.

Recogemos nuestros aros sonajeros de zunchos flexibles, nos los colgarnos del hombro, y en una mano el atadito de pencas y en la otra un macizo carbón de piedra, llegamos alborotando al patio del ranchito del banderista que sentado en una banca, al lado de las banderas de señales, roja una, verde la otra, *y* blanca «la que más se usa», tacta, con el tacto de su mirada, la gruesa pierna de palo terminada en un anillo de cobre.

Rezonga el agua espesa del Zanjón al cabecear en las pilastras del puente: un ternero nonato, patas arriba, gesticula acusando al cielo; un tripal culebrea anudándose, entre dos aguas.

El banderista, siempre tactando con el tacto de su mirada la extremidad terminada en un anillo de cobre, nos cuenta la historia de su pata de palo:

-Igual que el 58, su gran amigo, el maquinista que ahora le tira carbón y nunca deja de saludarlo con su manaza negra, él principió de carrilano, desde abajo...

Ya de palanquero, le gustaba hacer de «loro» y conocía, en la noche, cuan do no se vé otra cosa que el volar de las chispas rojas de la máquina, por donde iban. Lo conocía por el «meneo» del carro y «hasta en el olor». Entre Guindo y Buin, al entrar en la curva, refresca el aire, y es como una mano helada y húmeda que nos tratara de limpiar la cara; las chispas de la máquina hacen una lengua larga, desde la misma chimenea hacia el lado de abajo: es el Puente del Maipo, cuyo profundo lecho está, desde arriba, emparedado en cerros, y por eso ahí el viento es como un soplete...

Hay puentes traicioneros, de arcos muy bajos y que «han partío» a muchos hombres: él, en la noche, «los sentía» y nunca le pasó nada malo.

Lo de su pierna... fué la pura «fataliá», una pudrición... En vano hizo emplastos con aceite «quemao» de las «rueas»... Y le cortaron la pata, eso es «too»... «En la de no»... ¡qué tiempo que sería maquinista, igual que su gran amigo el 58...!

Y ahora está ahí, remachado a las cadenas del cruce... Ni siquiera un accidente: entre los durmientes, su quiltro regalón, un ratonero, a pura uña ha hecho un hueco y de ahí no se mueve, ni se movería aunque pasara por ahí el tren expreso... ¡Es más carrilano el diablo...!

Los domingos se alegra, porque viene tanta gente por esta parte: en parejas, en familia: vino y guitarra. Todo el mundo viene a las pencas... y «pasan muchas cosas...»

Puntean las guitarras y canta todo el mundo... Las mujeres hacen un jardín con sus «percalas» de todos colores y el colorido es una borrachera, y todo también es una borrachera de vino... Las niñas vienen muy almidonadas... pero cuando se van... al oscurecer... *lalá... lalá...*

Librodot

X

No fué cosa fácil para nuestros mayores el conseguir domeñarnos: que a unos un pantalón y a otros un par de zapatos, ofertas fueron que no lograron reducirnos.

Y así fué como, chicote en mano la gente crecida fué metiendo a sus críos en la escuela, hasta desbordarla.

Balamos metidos en el corral, acorralados en la estrecha escuela: nos ahogamos en sollozos y moqueamos de lo lindo. Pero, después de todo,
nos salvamos por algún tiempo más.

Un hombre negro, grueso, mugriento, con una cabeza que es una bola negra, nos mira con ojos feos:

-¿Tu nombre...?

El chiquillo friolero (¡sin correr en toda la santa mañana!), contesta:

-Perucho...

El hombre feo respinga:

-¡Tu nombre!

-¡Perucho... no le digo...!

Interviene el padre, el gordo don Pedro, y con su amabilidad acostumbrada a ofrecer chancho a la chilena, explica embrolladamente:

-Se llama Pedro como yo...; y sonríe satisfecho,

Su nombre de pila es Pedro 2° Miguel...

Mire usted: lo bautizó don Miguelito. Y usted no creerá: yo estaba agonizando... Todos los años me da el mal, en Cuasimodo...

El no sabe decir las cosas y cree que se llama Perucho a secas. La buena de mi mujer le dice Perucho desde que estaba en pañales, y todos le decimos Perucho en la casa y Perucho le dicen en la calle... y en la calle ha crecido tan lozano como usted lo vé...

¡Qué quiere usted!... Aquí se vive en la calle... Por eso dice que se llama Perucho... En verdad se llama Pedro 2° Miguel Cuasimodo... Y no crea usted que el chiquillo es tonto...

Apoyado en el libro abierto de grandes hojas amarillas, rayadas verticalmente en rojo y a lo largo en azul, el hombre feo impacienta:

-El apellido...

-Mi buen señor... ¿Usted es el Director...?

-Sí, el Director...

-Señor Director... Por lo que toca a la madre, es un apellidazo: Valdivieso...

Librodot

¿Conoce usted a los Valdivieso, a los ricos...? ¡La mejor chicha que se ha visto nunca...!

Unos grandes carretones de cuatro ruedas la reparten. A los lados, en el hule, hay pintados dos chanchos blancos, conversando trompa con trompa... Es un aviso mal hecho, señor Director... ¡Lo mismo que si yo anunciara mi chancho a la chilena haciendo pintar dos barriles tamaños...!

El señor Director ya no puede más y pretende sonreír, y lo hace feamente, en una mueca.

-Pero... dígame su nombre... para «colegir...»

-¡Qué va a colegir usted, mi buen señor Director...! No hay necesidad de tanto trabajo... y yo no quiero molestarlo. Pero la gente debe conocerse... ¿Y cómo se llama usted?

-Amador Lizama Pizarro, para servirle... Y estira la manaza que relumbra en negro, igual que una bota de «milico» bien lustrada.

Don Pedro la estrecha enérgicamente y dice convencido:

-Bien lo sacaba yo por la cara... Este caballero no puede ser más que de Talca... ¿Usted es de los Lizama de Talca...?

-No, señor... Soy oriundo...

-¡Hombre! ¡Qué va a ser usted *oriundo*...! ¡Usted es de Talca... a mí no me la pega...!

-Nací en un pueblecito de Cautín y no sé nada de esa gente de Talca...

-¿Quiere decirme su nombre?

-Pedro, pues... Espinosa Guajardo...

El hombre feo ha colegido ya, y escribe, hablando...

Después hacen un enredo con la edad, el domicilio, la profesión, hasta que don Pedro, amable y locuaz, deja enterado de todo al hombre feo; pero, en tanto, el chiquillo se ha ido a la calle, en compañía de otros que se aburren.

Flojera, que ya es un hombre de pro, en el zaguán del conventillo hace cantar la garlopa, matricula a Enrique y reprocha:

-Yo le ruego considerar que estos chiquillos son un poco salvajes... es lo mejor que tienen... ¡Y si la escuela no los atrae...! Señor... los muchachos lloran... ¡Y esto parece un velorio...!

-Cuando lleguen los profesores -se disculpa-cambiarán las cosas...

Parece reconocer una falta y se esfuerza por hacerse comprender. Y explica:

-El Supremo Gobierno, gracias al celo del diputado Tal, un hijo del pueblo como nosotros, creó esta escuela; pero el Presupuesto, desgraciadamente, no ha consultado más plaza que el puesto de Director...

Mientras, él hará lo que pueda... A eso ha venido... a cumplir su deber...

-Pues, señor... ¡Hasta cuando lleguen los profesores...! Y sale con Enrique de la mano...

Y todos, nuestros mayores y nosotros, y antes que nosotros nuestros perros, salimos a la calle alborozados, ¡A la calle nuestra...!

* * *

Y transcurren los meses: el invierno acarrea agua desde las nubes y la deja caer en la calle; y, como un gañán empeñoso, pisotea fuerte, hasta hacer de toda ella y de todo el barrio, un solo adobe blando y pegajoso,

Todas las mañanas, a las ocho y treinta llega el Director, aunque truene, y abre la escuela. Cierra a las once y media. Vuelve a abrir a la 1 y se va a las 4. Todo con mucha puntualidad.

Mi buena madre atraviesa la calle y entra a la escuela. El señor Director está en su oficina.

-¿Quisiera usted ir a mi casa? Un buen fuego de carbón de espino y algo caliente...

-Mil gracias... Pero son horas de trabajo... asegura, convencido, el buen hombre.

-¡Válgame Dios... Pero si está solito corno alma en pena...!

Y aquel hombre taimado, con esa tenacidad inútil, logra ser creído, y se tiene más fe en él que en el pito de la Fábrica.

La hora exacta es la que da él, al abrir o cerrar el caserón vacío...

Sin apresuramientos, llega afirmando sus grandes zapatos en las piedras de la vereda enjabonada en barro, saluda en forma correcta e igual a todos; se detiene en la puerta, consulta su reloj, y ahí se está como un tronco quemado, todo negro... Cuando saca del bolsillo de atrás un manojo de llaves, y rechina la puerta, y el señor Director se pierde en el hoyo sombrío de la escuela, es como si un cronómetro diera la hora:

-¡Las ocho y media! - dice la gente convencida.

Un poco antes, o un poco después, el pito de la Fábrica da la hora de desayuno: las ocho y media es la hora que da el señor Lizama.

Los fabricanos llenan la calle y saltan como gatos para embarrarse menos. El desayuno les espera humeante. Tragan apresurados. En la calle, a los pocos minutos, aun mordisquean pedazos de pan, apresurados, hombres y niñas, atropellándose.

Ño Flojera hace cantar la garlopa en el zaguán del conventillo. Trabaja con ímpetus, como si quisiera resarcirse del tiempo perdido, atornillado él, en cuerpo y alma, al umbral del conventillo. El trabajo parece haber rejuvenecido a Ño Flojera, como si sudando hubiera ido echando fuera, gota a gota, la mala bestia fatalista que se le había metido en la entraña.

Enrique, en el comentario nuestro, nos explica:

-Era pura pena... desde que nos quedamos solos... Estábamos como «contagiaos».

La chiquillería rodea el banco del maestro, y con las serpentinas de las virutas, se fantasea: blancas diademas en las frentes de unos; una linda cuerda de reloj de campana en las manos de otros; una cuerda que «se encoge y se estira»; un bonete, un cucurucho... Sólo las mujeres, más prácticas, recogen del suelo las virutas cortas que no nos sirven y, en la pollera pintada, hacen un globo de color, desbordado de virutas esponjosas «pa encandilar el fuego».

Flojera se comporta como si fuera un niño mayor y, a veces, ni sabe lo que dice...

-Saber leer es como ver, es como tener mejor vista. Es mejor ver poco, hasta la muralla de enfrente, nada más...

La vida de uno es pura cosa que a uno le parece y no es ninguna cosa. Uno se enferma y se pone triste y es porque piensa... El pensamiento «duele» como si fuera una aguja enterrada en las carnes... Hay que trabajar para no pensar «en lo de adentro»...

Librodot

Y los hombres son malos, porque son tontos: pelean por el pan... Los más vivos, que son los menos, le roban el pan a los otros, y, con robarles el pan, se encaraman en sus espaldas y los apalea , y los aturden... en esta tierra tan grande «ques de toos...»

Y después se aclara un poco:

-Ahí tienen al Director, abriendo y cerrando las puertas de la escuela vacía. Ahora veo que somos malos. Pero el hombre está «emparedao»...

¿Qué diablos hace solo en esa ratonera...? Espera que la gente vaya por su gusto a la escuela; pero no «sueña»... ¡Hay que hacer repiques...!

Ese hombre sufre: lo hemos mordido demasiado con nuestra indiferencia, y él también nos ha mordido; pero sin darse cuenta: el hombre cree que su deber es hacer de portero...

Aquella mañana, el hombre negro y feo, contra su costumbre, se queda en la puerta después e abrirla.

Saltamos en la escarcha dura como un vidrio grueso, y, al ver al Director jugando con el llavero en la puerta, nos acercamos un poco encogidos.

El tronco negro nos mira sonriendo y nos dice:

-Mañana hay clases...

Pasan los fabricanos presurosos y dejan en el aire el vaho de sus respiraciones en nubecillas tenues y repetidas.

El Director saluda y agita un papel, en triunfo:

- Buenos días... ¡Hay profesores...! ¡Tres profesores...!

Nos alejamos cariacontecidos...

Ya no había remedio...

Los terrenos escarchados crujen al paso de la carretela pintada de azul y, de lo alto, domina la calle el claro pregón del verdulero. Se vacía el conventillo en la calle, y las señoras salen de sus casas...

-¡Espere...! ¡Espere...!

El verdulero, entre dicharachos, prestigia ampulosamente sus repollos: como si fueran livianas bolas de lana, intenta malabarismos, mientras pregona marrullero, haciendo el charlatán:

-¡Con estos «mercaos» me amuelan!

Los repollos ruedan desde la alta pila y rebotan en las ágiles manos del malabarista que los aprieta, y los lanza a lo alto, y los recibe, jugando, como si fueran livianas bolas de lana...

-¡Con estos mercaos me amuelan...!

Una mujer se aparta de la carretela y atraviesa hacia el conventillo, hecha una flor en su percal. La calle y la niebla y la cordillera sinfonizan en gris, y la mujer, afirmando un repollo en la cadera redonda, y llevando una mano en alto, y en la mano una media luna de zapallo barnizado en ocre, hace estallar la tarjeta postal de una oleografía barata....

XI

Tres profesores: un relojero, un matón y un futrecito...

El señor Mallea, relojero, ojos saltados bigote caído y canoso, pies llenos de juanetes que le martirizan y que se dibujan en la cabritilla resquebrajada; el señor Montero, un gigante joven, recias manazas, la izquierda, en el dorso, cortada en diagonal por un ancho tajo blanco y liso que se estira reptando en la oquedad del puño almidonado; el señor Arriaza, pálido, con una caja larga y negra como pegada a modo de prolongación de su mano izquierda (nunca la lleva en la derecha), es el mismo futrecito lindo que hizo hablar el violín en la fiesta de inauguración de la escuela.

En un par de días aquella gente intima con el barrio y la escuela se repleta.

Quien más se contenta por el acontecimiento, es Lucía, la hermana de Perucho.

-Es un artista-dice por el señor Arriata.

(Lucía... Lucía...)

* * *

La «señorita» es ya toda entera una mujercita, orgullo del barrio. Está muy adelantada en la Escuela Italia. La señorita Rosa, la Directora, dicen que habla de que Lucía es una «excepción»...

-¡Qué va a ser excepción!- dicen que contesta don Pedro.

Pero no es nada más que una niña, un poco mayor que nosotros... Lo que tiene es que es muy bonita y por ser tan bonita... se va tan lejana...

Limpiecita y brillante como una cuchara de plaqué, Lucía atiende, en las tardes, a la clientela. Ahora, después de estar algún tiempo la escuela en funciones, lo que fué en un principio un ocio de chanchería, se agranda y se adecenta. Ahora, pretende ser almacén. La esquina ha sido pintada de un lindo color crema (elección de Lucía), y en grandes letras verdes ostenta un llamado:

ALMACEN Y CHANCHERIA «EL PORVENIR»

También fué Lucía quien impuso el nombre.

Por las mañanas abre las ventanas del dormitorio, y mientras sacude hacendosa, trina como un pájaro las canciones que, en los organillos, nos llegan como un mensaje de mares azules, de palmeras cimbreantes, de arrullos y de ausencias, de tumbas olvidadas y de madreselvas floridas.

Algo como una historia de amor bajo el verde dosel de los plátanos, en un edén que se adivina: selva poderosa, enormes reptiles luminosos, pájaros de colores llameantes, y el sol eterno, dado totalmente a la tierra, y la tierra que se entrega totalmente al sol... Y la pareja humana que obedece, y goza, y agoniza...

La voz emocionada, ajena al artificio, extiende su laxitud tremulante:

Al pie de una verde palma
yo desperté...
.....
Mi amor... me dejó... dormida...
¡Que ingrato fue!...
.....
...Y al canto de una calandria
me desperté...
.....
Quiero reír...
quiero llorar...
y no sé qué hacer...

Y, acaso en otro mundo, seguramente que en otra parte que en la selva, el Amor amarga y endulza el recuerdo:

Las madreselvas fueron
lazos de amores... lazos de amores...

Lo inevitable se deja caer: uno ha de morir y ha de ser olvidado...

¡Fatal y piadosa ley de Dios...!

Ha de ser olvidado completamente, definitivamente: el sol, el cielo, el aire y el agua, todo lo que es hermoso y vivo, nos borrará de la memoria de lo que más amamos, y que nos amó por eso, porque éramos un milagro del sol, del cielo, del aire y del agua... Y la desolada angustia de aquella certeza atroz, se defiende en la seda tenue de lo que no podrá ser...

Y nuestro ser total, el alma y los sentidos, en un desesperado afán de ennoblecernos en generosidad, se hunde en el seno pavoroso de la Nada y del Todo, y musita el consuelo egoísta y trivial:

Mas, como yo te quise, desengáñate
así no te querrán...

Y la voz sin artificios de Lucía solloza el presentimiento:

Cuando la muerte ponga fin a mis dolores
y yo contigo en mi tumba helada sueñe...

Aquietados, apelotonados en el ladito del sol, escuchamos...

Es inútil soñar...
Es inútil soñar...
Lo que brilla entre nubes lejanas...
Eso yo no lo puedo alcanzar...

Todo es barro en la calle: el barro, la escarcha, la niebla, las puertas, las casas y todos los árboles flacos y secos, y todas las mujerotas sucias, y todos los perros, y nosotros todos, chiquillos sucios y mocosos... Sólo es

Librodot

linda Lucía, nívea en su delantal, linda y triste...

Envejecemos rápidamente.

No fue la Escuela, no... no...

¡Fue Lucía, tan cerca de nuestro corazón y tan lejana...!

«Es inútil soñar...»

Nuestros harapos quedan a la vista de nuestros ojos... «y es triste verse uno mismo...»

Cuando Lucía estremece los cascabeles de su risa y destellan sus enormes ojos verdes, riendo el halago de algún cliente asiduo, Perucho, ajeno al martirio de nuestro embeleso, caballero y señor de la oportunidad, conquista para él la victoria del juego que jugamos.

Nadie lo dijo (¿quién podría decirlo?), nadie, ni nosotros mismos, extranjeros en nuestro propio mundo. Todas nuestras audacias y bizarrías: domeñar el cabello hirsuto, ansiar saber «leer y escribir», ¡qué rápidos progresos hicimos!, y dar vueltas a la manzana en carreras de resistencia (el premio lo entrega Lucía), corajudos, en dura voluntad de llegar, de hacer todo el recorrido, aunque se llegue el último; luchar en las competencias que premia Ossa, el talabartero, maestro mayor de la Fábrica; luchar, y ganar, o perder; pero nunca, vencidos o vencedores, sino al final del esfuerzo último, íntegro; y dar la mano al caído en todo caso, y abrazarnos en el abrazo leal de la plebe robusta, incontaminada... todo es una sólida y cálida pleitesía rendida en un solo altar: Lucía... tan cerca de nuestro corazón y tan lejana...!

«Es inútil soñar...»

Pero ella nos habla del señor Arriaza y nos pregunta por el señor Arriaza.

-Me dice que ustedes son muy buenos, muy inteligentes, Juan de Dios... ¿Y ustedes «cómo lo encuentran»?

Nos duele el interés de Lucía; pero decimos:

-Como el pan. Hoy mismo el señor Arriaza nos ha hecho una clase muy hermosa, en un cuento muy lindo: En una gran ciudad muy rica, un barrio muy pobre, unos niños muy pobres.

Un señor todopoderoso ordena traer a su presencia la niña más pura de sus dominios La buscan por todas partes (lo mismo que en los cuentos de reyes y de princesas). Los servidores llevan a su presencia a muchas vestidas de seda, lindas, y el señor todopoderoso dice:

-¡No...!

Hasta que los señores buscan en el barrio ignorado de la ciudad esplendorosa (lo mismo que en los cuentos de pastoras), y encuentran una niña muy linda, muy blanca en su delantal de pobre y de pureza. El señor todopoderoso la mira y dice:

-¡Sí...! (lo mismo que en los cuentos de milagros).

-¿Y qué más...?

-Lo de más en violín, Lucía...

La miro largamente.

-En violín lo demás... porque tú cantas, Lucia, en ese mismo momento, y tu voz llega apagadita y gime en la sala... Eso:

Yo he visto en invierno llorar la avecilla,
pidiéndole al cielo un rayo de luz...

-Sí, despacito, siguiéndote, el señor Arriaza hace llorar el violín...

-¿Y qué más...?

-Nada más, Lucía... ¡Sino que todavía lo estamos oyendo...!

* * *

El señor Director es un trabajador infatigable y un gritón portentoso. Desde la mañana a la tarde ladra su voz aguda y apaga todo ruido. Su ancha, su redonda cara negra se hace relumbrosa y el hombre suda de tanto gritar, suda igual que los carrilanos que ripian la línea férrea. Con un pañuelo grande y con un movimiento que lo abraza hasta el cuello corto y embetunado, se limpia el sudor, y sigue incansable, obstinado, ladrando su ladrido agudo.

Los chiquillos, cruzaditas las manos y los ojos fijos en el profesor ¡cómo si fuera tan lindo!, piensan en el señor Montero que, al recreo, «los echará a peliar» en grupos, «para que salgan hombres».

El señor Mallea había muy poco; pero sus niños adelantan y ya saben muchas cosas.

Cuando los niños hacen sus garabatos, el señor Mallea se sienta.

Tranquilamente pasea sus ojos miopes por las cabecitas inclinadas.

Después, grave y ceremoniosamente, se coloca, en un ojo, en el ojo derecho, una cosa como un dedal, con un vidrio al extremo angosto y, con toda gravedad, limpiamente, juega al prestidigitador: va sacando un reloj de cada bolsillo, de todos los bolsillos...

Abre los relojes y los mira en las entrañas vivas, reconcentrado, ausente... Después, cierra los relojes, se saca el dedal del ojo, se restriega el ojo con el pañuelo, y hace guiños muy para la risa...

Los muchachos ríen con alegría confiada.

Y el señor Mallea, muy seriamente, hace su confidencia:

-Es casi nada... los arreglaré a la noche...

Hoy ha traído un reloj de oro, de dos tapas, grande y pesado como un tejo de bronce, como esos tejos amarillos que hacen los fabricanos para jugar a la rayuela.

Los chicos rodean su mesa poco a poco y él, el señor Mallea, con un ojo aprisionado en ese dedal, examina de soslayo atentamente.

Los muchachos se agrupan y, cabeza con cabeza, forman un solo mechón revuelto... En medio, brilla, rosada y limpia, la calva en ángulo del maestro.

Despacito, las cabezas van bajando hasta casi tocar la cubierta. El vaho de la respiración empaña el barniz, y las narices, jugosas, se trompetean con suavidad, como en una caricia.

El maestro, con un movimiento seco de persona que sale del agua después de una zambullida larga, levanta, buscando aire, el rostro congestionado: el dedal sobresale del ojo derecho, pegado a las cuencas, y un niño, sin temor y sin audacia, en movimiento de amigo, avanza sus dedos y arranca aquel objeto frío y luminoso, y parece que al señor Mallea se le arranca algo suyo, pegado a su rostro, como si a uno le arrancaran la nariz. Pero al señor Mallea no le duele. Se restriega el ojo y hace visajes...

-No sirve... ¡Es pura tapa...!

-Tan bonito... lamentan los niños.

-Tontos... les digo que no sirve... Pero ¿Qué no vén...? No sirve: el pelo, el volante...

-Pero... ¡tan bonito...!

-A sentarse... No hay como el reloj de níquel... El mío es de puro níquel

Librodot

«y no ha variado nunca».

La verdad es que el señor Mallea tiene cierta inquina contra el oro: el oro tiene la culpa de todo lo que pasa: es flojo: gusta de amontonarse en pocas manos avaras que lo guardan bajo siete llaves, y solo sirve para endiosar los odios y fomentar las vanidades. Y, después de todo, bien mirado, el oro es un puro fierro inútil: el noble fierro verdadero, los caminos de hierro, las letras de imprenta vaciadas en fierro vulgar, eso es lo que vale: reloj de oro, medallas de oro, joyas de oro, crucifijos de oro... (¡El Hijo de Dios, una fruslería de oro...!)... tonterías... ¡Puras tonterías...!

* * *

Nuestro futrecito, nuestro pijecito, el señor Riaza, es nuestro. Juega y estudia con nosotros. Porque no sabe nada. Todo nos lo pregunta. No sabe el nombre de las calles. Ni siquiera sabe que la altísima cordillera que blanquea como una sábana enorme tendida al sol, es un cerro muy largo y muy alto, tan largo que no sabemos dónde se «pierde», tan alto que no sabemos quién pudiera ser capaz de «subirlo».

Mucho nos reímos cuando alguno de nosotros dijo una palabra corriente: nieve. No dijo cosa alguna más. Dijo «nieve»: nada más.

Inmediatamente, nuestro futrecito acalla el violín que acaricia terciado al estomago:

-¿Nieve... nieve...?

Reímos y gritamos

-¡Nieve...! ¡La escarcha...!

-¿Escarcha...?

Vicente el volantinero nuestro sale al patio y regresa triunfante saltando en las manos ateridas el pedazo de vidrio helado:

-¡Eso es la escarcha y es la nieve de la cordillera...!-pontificamos ante el futrecito que no sabe nada.

Pero el maestro no cree sonríe y no cree y para silenciamos toca con los dedos apagado el violín, una cosita linda...

La duda nos agarra y nos preguntamos muy adentro de nosotros:

-¿Nieve... escarcha...?

Pasa el tiempo y el maestro no cambia de terno.

Un año, en clase de aritmética, nos reímos cruelmente del señor Arriaza, y el maestro se ríe con muchas ganas... Nosotros y él, él y nosotros nos reímos de él.

La sala tiene cuatro filas de bancos, y cada fila siete bancos de dos asientos: estamos como sardinas; pero en otras salas la cosa es peor: los chiquillos están en cuclillas... y hasta pedazos de ladrillos sirven de asiento.

El maestro se inclina ante el cuaderno del Cabro.

El muchacho ha andado a caza de zorzales con su honda larga y no ha traído la tarea. El maestro se inclina más y explica cariñosamente, sin darse por entendido de la perrería que ha hecho el Cabro...

Pera, entonces... queda a la vista de nosotros un parche vergonzoso, en el trasero del maestro...

Alborotamos en forma estrepitosa y descomedida; pero, de golpe, sudoroso y desencajado, irrumpe en la sala el señor Director, y ladra...

-¿Pero qué es esto, Santo Dios...? ¿Es un corral...?

Nuestro futrecito se endereza, pálido: más pálido que la leche.

-Son niños...-dice, y pregunta: ¿Por qué han hecho tanto ruido...?

El Director revienta de coraje.

Hacemos un silencio pesado, aplastados por nuestra culpa, acobardados ante el hombre feo.

-¿Por qué reían...?-insiste el profesor.

-Señor... ¡Qué no lo dirán...! El maestro no tiene por qué preguntar... ¡Debe saberlo!

Arriaza empalidece más, dominándose, y, reprimido, insinúa con la voz suave que nos hace bien:

-¿Quién dirá la verdad...?

El señor Director es una tarasca en su mala risa negra, negra...

En un arranque de todos mis nervios me precipito adelante v confieso en sollozos:

-Del parche en el poto... ¡Del parche...!

Ante la estupefacción de la clase entera y ante el escándalo del Director, el nuestro me alza en brazos, riendo, riendo, y grita más que dice:

-¡La verdad... esa es la verdad...!

El profesor y nosotros nos reímos largamente... y el profesor se ríe mucho más que nosotros.

-¡El parche en el poto...!

Para la risa, indudablemente.

* * *

El señor Director, en ciertas épocas, gusta de imponerse de la sabiduría de los distintos cursos Y, como quien cambia una bolita por otra bolita, el señor Director anda de curso en curso, «estirando» su fealdad, mientras su clase es atendida por el profesor que él suplanta.

Toda una mañana larga ¡que larga! se pasa con nosotros.

Grita y suda.

Nos moteja de flojos.

Nos tira las orejas... y, como si a él le doliera el dolor de nuestras pobres orejas heladas, se desespera, grita, ladra, suda.

En la tarde, el señor Arriaza entra a la sala, tranquilo y cordial:

-Buenas tardes...

Nos quedamos tiesos al lado del banco, tristes: es la orden del señor Director...

El profesor nos torna de los hombros y nos obliga a sentarnos, sin decir nada: callamos, cruzamos las manos en el banco, correcta, pasivamente.

De pronto, en una resolución enérgica, Arriaza, el maestro, el futrecito nuestro, ordena:

-¡Al patio... Al patio...!

Y nos pasamos toda la tarde jugando juntos, haciendo patitos. Hincándose casi, el profesor ensaya hacer cabrillas en el agua sucia, tejida de lama verde, del gran hoyo que hace de laguna en el fondo de la escuela.

Resbala la piedra lisa y salta, y salta, livianita, levantando apenas unas chispas de agua, cinco, siete y diez veces, hasta rebotar en las grandes piedras que limitan, a treinta metros, el hoyo profundo.

Somos cincuenta risas, cincuenta brincos, cincuenta almitas olvidadas del hombre negro y feo que nos tirara las orejas y nos motejara de flojos; que nos enseñara a pararnos tiesos, con la boca hermética, en señal de saludo atento y respetuoso.

Y, en la tarde arrebujada en su gran capote gris, la escuela se ensombrece en los corredores y, por las puertas y ventanas obscuras, igual que ojos vacíos, la voz aguda del hombre incansable, ladra: «La tierra es

redonda y achatada en los polos como una naranja, y está atravesada por un eje imaginario».

De la clase del señor Montero se arrastra penosamente un murmullo monocorde, en un deletreo fatigado, desarrollado a tirones como un cable húmedo.

Seguimos haciendo patitos en el agua espesa, y la seda de la verdusca lana, en la rueca de las piedras que saltan livianitas una y diez veces en besos breves, se hila en hilos finísimos que envuelven la piedrecita lisa, y ahí, entre las piedras grandes que limitan el pozo, acurrucadas, semejan orugas pequeñitas a la espera de la metamorfosis de milagro: y se vé clarear el día, y se siente llamear el sol, y se corre en juego ágil tras las lindas mariposas que han reventado en floración en este mismo momento desde el alma nuestra, y las mariposas incendiadas «empapelan» toda la tierra redonda achatada en los polos, nos hacen «quites» y, de pronto, se entregan y extienden en nuestra mano amiga ,el colorido ardiente de sus alitas diáfanas…

Ahora, y de golpe, son nuestras propias risas las que hacen eco en la casona vacía.

A las cuatro justas, el hombre incansable ha guillotinado su ladrido agudo, y se ha ido, en silencio obscuro.

Salimos a la calle rodeando a nuestro futrecito.

En la calle se nos juntan nuestros perros. Los pobres se lo pasan echados en las veredas, con la cabeza entre las manos; esperándonos. El Ñato se ha adueñado de un hoyo frente a frente de la ventana nuestra y yo lo miro cada vez que puedo levantarme del banco. El pobre dormita, resignado, amodorrado (se está haciendo viejo) y, de verlo, hace recordar a los escolares que se aburren y bostezan, y cabecean…

Todos juntos -¡qué alegría la de nuestros perros!- acompañamos al profesor.

Allá, blanca en su delantal limpiecito (haciendo la niña del cuento que nos contara Arriaza), de pie en la puerta de la esquina, tejiendo lanas de colores, está Lucía…

Perucho se adelanta y la toma de las manos, y la hace dar vueltas como un molinito de luz mientras grita:

-¡Hemos jugado toda la tarde…!

Al saludar, Arriaza retiene un poco en su mano pálida la mano blanca de Lucía…

Miro a Lucía descaradamente y me atenaza un ansia penosa, un cosquilleo doloroso… Lucía me vé, claro que me vé…

Al apartarme en silencio del grupo vocinglero, canta tras de mí la voz de Lucía:

-Juan de Dios… ¡Chiquillo…!

XII

Arriaza encarna en nuestro barrio y es el bien querido de todos.

Para estar más cerca de la Escuela, consigue la pensión en casa de don Pedro.

Las viejas y las jóvenes hilvanan el comentario y celebran la posibilidad:

-¡Casorio... casorio... se merecen!

Sólo mi buena madre, la señora Rosario, no dice palabra alguna. Mi hermano, el Ñato, tampoco dice nada. Yo tampoco.

A los chiquillos, a pesar de querer tanto a nuestro futrecito, nos duele lo que se anuncia, nos duele sin que sepamos por qué, y sin que nos lo digamos, nos escondemos, por primera vez, en nosotros mismos.

Al poco tiempo se da como un hecho la noticia doliente: "han quedado de novios".

Pero Arriaza parece no tener apuros: insiste ante don Pedro y consigue la venia paterna para que Lucía estudie y siga «una carrera».

-Yo quería que saliera una mujer de su casa -dice entristecido don Pedro-; pero si así es mejor «pa toos», no me opongo... ¡Con tal que no nos pese...!

Ahora Lucía sale a la calle metida en un traje de uniforme azul, y esconde su carita de imagen debajo de un sombrero también azul, de alas caídas en redondo.

Lucía se nos va... *

Medias negras de hilo ciñen la pierna, y la carne blanca y firme trasluce en el tejido e incita el instinto...

Un «bolsón» de hule lustroso en la mano izquierda y un ramo de juncos en la derecha, completan el disfraz de Lucía que, ante nosotros, aparece diferente, absolutamente extraña a la niña blanca que tanto queremos.

Porque -¡qué profundamente siento yo la herida!- la Lucía de ahora es otra, y bien a las claras vemos que nos abandona y que se eleva por sobre nuestra miseria más alto que un volantín.

Nos saluda, es cierto; pero de pasada, y, a veces, hasta sin sonreír.

Cuando la veo doblar la esquina, después de estar esperándola hervido en ansiedad, me alejo delante de ella, mirando distraídamente a los lados o hacia el cielo, sin mirarla...

Una tarde lluviosa (no había nadie en la calle) repito el juego... Pero Lucia me llama...

Me llama Lucía y vuelvo arisco.

Me cubre con su paraguas, me toma del brazo: siento en el aire su

tibieza suave y olorosa y me atormenta un cosquilleo que me hace mal; pero me retiro brusco:

-¡Qué te importa de mí...! -la increpo...- ¡No quiero verte... «para que lo sepas»!

Me mira con sus endiablados ojos verdes.

-Me esperabas, Juan de Dios...

-¡Esperarte...! ¡Qué te espere tu novio...!

Corro, huyendo de mí, a encerrarme en mi casa.

Porque es verdad: Lucía es otra, diferente, ausente de nosotros.

Ya no asoma al mostrador ni siquiera los domingos. Hago compras inútiles; pero no logro verla.

La flaca señora Mercedes es la de los trajines, mientras don Pedro, que también parece haber variado de costumbres, hace el palique con los hombres, en la puerta, sin vernos.

La verdad me afiebra: Lucía será una maestra igual que el señor Arriaza. No igual, la denigro en mi pensamiento: el señor Arriaza es un chiquillo como nosotros; un chiquillo que todo lo ignora; que todo nos lo pregunta; pero Lucía será demasiado sabia, tanto -monologo con rencor- que a fuerza de sabia no conseguirá hacer feliz a nadie.

Nunca más hemos oído la voz de Lucía, esa voz sin artificios y sollozante, tomada por la tristeza de las canciones de los organillos, por la vieja tristeza de los barrios pobres.

Y es el violín de Arriaza el que sigue pescando el alma nuestra, y es Arriaza el bien querido, en tanto Lucía se nos hace extranjera.

Me asusta sorprenderme pensando:

-Si se muriera no lo sentiría...

Librodot

XIII

Hacemos un montón de nosotros a la orilla de la pared y nos contamos cuentos populares de ladrones bien intencionados y graciosos; pero la noche se nos echa encima, y nos rellena, hasta salírsenos por la boca:

-Lucía tiene razón -revienta Enrique en exabrupto que nos deja perplejos...- ¡Somos demasiado roñosos...!

Bajamos la cabeza, y nuestros dedos se entierran, hurgando en los adobes reblandecidos de la pared, nerviosamente. Perucho mira a Enrique en los ojos, pero no dice nada: da la sensación de que él también está en nuestro caso y de que, tal que nosotros, igual que yo, siente la herida en lo hondo.

-Somos demasiado roñosos - tarasquea Enrique -Lucía es una señorita de verdad...

-¿Qué...?-recela Perucho-. ¿Qué...?

-¡Sí!-afirma y sostiene en redondo... -¡Sí!- grita Enrique exasperado... -¡El barrio ahoga a tu hermana... y eso es lo malo...!

Perucho le pasea los puños por los ojos, amenazante:

-¡Ya no somos chiquillos... Yo no defiendo a mi hermana... Pero me gustaría saberlo...!

-¿Te gustaría saberlo...? -desafía Enrique-. Acuérdate, mira: ¡Los pantalones parchados en el poto son para la risa en todas partes... Arriaza es bueno... (parece arrepentirse) ¡pero los parches de Arriaza no son para Lucía...!

Perucho grita:

-Por mi madre...

Nos levantamos lentamente y nos interponemos, desganados.

Aquietados, volvemos a nuestra posición a la orilla de la pared y, en cuclillas, en la noche, formamos un solo montón de sombras y de pena...

-Perucho -habla Enrique con voz ahogada y gesto cordial- ya no somos chiquillos, tú lo has dicho, y es hora ya de que hablemos de algo que valga la pena... Desde anoche que sé cómo hablan los hombres...

Mientras nosotros nos contamos tonterías de ladrones, la ciudad está ardiendo... la rebelión de los hombres está en furia... y los ricos hacen matar a los pobres sin compasión.

-¿Y dónde pasa el cuento, Enrique?

-¡Ojalá fuera cuento! Pero es la pura verdad. ¿No lo saben, entonces? Fíjense que anoche llegaron al conventillo unos delegados de la Universidad: dos jóvenes muy simpáticos, disfrazados de pililos.

En la pieza del mayordomo reunieron a toda la gente y hablaron de una manera tan linda y de cosas tan tristes... que yo ya no quiero ser más chiquillo... La vida es algo muy triste y por eso es linda...

Nadie lo sabía, pero en el Norte están matando a los pampinos por carretadas. El Norte es como si dentro de Chile existiera otro país: los gringos son los que mandan, y los chilenos echan los bofes en las calicheras y la platita que gana va quedando toda en la pulpería...

¿Y Uds. saben? Anoche lo dijeron: Chile arrebató esos terrenos a otros países, después de triunfar en una guerra donde se asesinó mucha gente pobre. Y los veteranos ahora van a trabajar a las pampas, y allá, en la tierra conquistada por ellos, ahora son apaleados por las tropas chilenas, mientras los gringos millonarios del mundo entero engordan a reventar. Eso entendí...

-Sigue con el cuento, Enrique...

-¡Linda laya de cuento...! Es la purita verdad... ¡Lo juro por esta cruz!-y sacude en el aire su mano en signo e incrusta un largo beso devoto en los dedos en cruz, negros de sombra...-En Antofagasta, creo, y en otras partes, los obreros en huelga, con mujeres, chiquillos y perros, han sido barridos de las calles a punta de bala.

Uno de los jóvenes que estuvieron anoche estudia para médico, y acaba de perder a su padre en el Norte: lo mataron de un lanzazo *y* lo ensartaron «como picarón de a cobre». El pobre viejo iba a dejar sus últimos restos de pulmones en las pampas, y a trocar su agonía por algunos pesos para ayudar a su hijo. Ahora éste no quiere nada. Grita que lo único que desea es que lo maten en las calles: quiere morir por la Libertad... ¿Saben Uds. lo que es la Libertad?

-¡Bah! -me entrometo- ¡La Libertad es ser libre...!

-Eso es lo malo... ¡Nadie es libre... es una mentira todo eso de la libertad! Hay una sola libertad: MORIR DE HAMBRE...

Enrique pontifica acaloradamente; pero, al comprender que está demasiado ridículo en esa elocuencia «sin haber para qué», se disculpa:

-Así hablaron anoche los estudiantes...

-Libertad -musita alguien en la sombra: -el viento, las estrellas...

Y otra voz monologa en susurro:

-Dios es libre... ¡El que todo lo manda...!

-Además -continúa Enrique- que yo no lo comprendo bien... Por lo que esos jóvenes explicaron... A mi, no sé cómo decirlo, la Libertad se me representa como un pedazo de carne de buey...

-¡Un estandarte...! -decimos en mofa-. ¡Un pedazo de carne de buey colgando como un estandarte...!

-¡Sí, un pedazo de carne! -afirma Enrique- y agrega con rabia: ¡Un pedazo de carne dice mucho más que un trapo cualquiera...!

La pelea de ahora es por eso: por la carne de buey: los pobres piden al Presidente que deje pasar los bueyes argentinos que detrás de la cordillera están que ya no caben en las pampas; que se deje pasar el ganado argentino sin que se cobre nada a los hermanos cuyanos... entonces la carne andaría botada en Chile... Pero los ricos no quieren que baje el precio de la carne... y es por eso que están matando la gente en el Norte, y no se sabe si mañana mismo comenzarán a matarnos a nosotros...

Nos reímos francamente, alegremente, sin comprender.

Enrique se molesta. Perucho se ríe más alto que todos y, aliviado ya, comenta:

-¡Pero que bandidos son los ricos que nos cuenta Enrique... parece

mentira...!

Enrique bravea:

-¡Verdugos!

-¡Pero tú hablas mal de mi hermana, Enrique!

-¡Nadie puede hablar mal de Lucía! - grito engallado.

-Terroncito de azúcar... - moteja Enrique. ¡Qué me importa a mí tu Lucía! ¡Yo la quiero más que todos Uds! -grita desaforado-. La quiero (lo dice «con religión») porque «es de nosotros», la quiero como los quiero a Uds... y a la vieja María y a la gorda Filomena, y a los perros de esta calle, y a las piedras... ¡No la quiero por bonita...!

Nos callamos, intimidados por su fervor. Prosigue:

-Temo que Lucía se aleje de nosotros... y me da en el corazón que va a dejar plantado a nuestro pobre diablo de maestro... Con su violín y sus parches, Arriaza fué un encanto para nosotros, y es la alegría de los niños; pero no sabe nada de lo demás...

¿Qué pretende decir este diablo de chiquillo triste...?

Arriaza, es verdad, está cada vez más pálido, y en la calle parece echar llave a sus sentimientos: en la Escuela sí que revive, y es alegre, y es lindo...

Lucía se nos va por esto -continua Enrique, accionando los largos brazos-: en primer lugar no está enamorada...

-¡Enrique!- protesta Perucho.

-¡Hombre! ¡Cómo si tú no lo supieras! Pero no hablemos más... Sin embargo -agrega- es bien posible que se enamore de alguno de nosotros...

La salida de Enrique nos alborota la risa (¡tan lejana que está Lucía de nosotros!) y le damos unas cuantas palmadas en el lomo.

-¡Tonto... tonto...!

-¡Enamorada de ti! - burlo a Enrique.

-O de tí...-musita Enrique. ¡De quien la sepa amar en cuanto a mujer! El amor que yo la tengo es grande, pero es sólo un amor de hermano.

¿De dónde saca esas palabras? ¿Quién le enseñó a sentir así?

Continúa exaltado:

-Me gustaría ser como Arriaza... y lo seré: el corazón tan grande que todo el mundo quepa en él y que no lo llene nadie exclusivamente: ni la madre, ni el padre, ni la mujer, ni el hijo...

Habla demasiado en hombre Enrique en aquel momento y nos desconcierta, y nos mete cabeza abajo en el pozo sin fin del alma de cada uno...

¿Por qué nos hace vivir tan aceleradamente?

-Lucía se puede ir de nosotros, si nadie de nosotros la sujeta... ¡Pero somos tan plastas de vaca! -declama-. Todo el barrio es una sola y grande plasta de vaca, con Escuela y todo...

Lo único grande y forzudo es San Miguel, con su torre tan alta, con sus campanas tan sonoras... y también la agencia y las bodegas... Cuasimodo, procesiones, comunión por todas partes, y la muchedumbre en largos piños negros, bramando... Y Judas de trapos viejos, rellenos de pólvora, pataleando, reventando el aire... y cucuruchos... y castañuelas en los tambos... ¡Impera San Miguel en todas partes!, así lo dijeron anoche esos dos pililos que son estudiantes de la Universidad... se disculpa Enrique, apagando la voz.

Un vacío se abre ante nosotros tal que en los sueños, cuando uno sueña que de una escalera muy alta uno se deja caer y no topa nunca el suelo...

-Porque, ¿qué seremos nosotros? -interroga Enrique-. ¿Qué serás tú, Perucho, y qué seré yo, y qué seremos todos...? ¡Plastas...!

* * *

Y a esa hora, en la noche ya, suena estridente el pito de la Fábrica. Es una alarma repetida y nerviosa.

Más que se divisa, se siente una muchedumbre oscura que, con un rumor de enjambre, avanza hacia la Fábrica desde San Ignacio.

De pronto llenan la calle los gritos agudos de las mujeres e incendian la noche unos fogonazos repetidos.

Se abren las puertas en la calle negra y las aceras amarillean con la luz de las lámparas. Del conventillo se echa a la calle un tropel de harapos.

Mi buena madre, grande y como enlutada en la puerta, clama:

-¡Hijuna... Hijuna...!

Flojera llega al montón que hacemos arrimados a la pared y nos abraza en un gesto. Lo acompañan dos pililos. Nos dice a todos, buscando a Enrique:

-Ninguno en la calle, ¡qué la cosa es seria...!

Los fabricanos corren hacia la Fábrica, y por sobre el estrépito ulula una voz de mando:

¡Guardia de Honor... Guardia de Honor...l

Un lloriqueo de violín se corta en seco. En la esquina, unos bultos manotean en la sombra y, saltándonos, corren las sombras presurosas hacia la Fábrica.

Del otro lado del cequión se precipitan grupos que gritan pestes de la madre de todo el mundo, y haciendo flamear el terciopelo negro de la noche, gesticulan en la obscuridad. Las palabras fraternas inciensan el instante lóbrego:

-¡No entren a la Fábrica, compañeros! ¡somos todos amigos!

La novedad nos entusiasma. Se derrumba el negro montón que hacemos arrimados a la pared, v corremos chivateando.

Al pasar, se ven las puertas abiertas: los blancos hules de las mesas hacen relumbrones.

Llegamos hasta enfrentar las puertas de la Fábrica, y de pie, descamisados, con el pelo en revuelta crin, comenzamos a gritar, agresivos, los sobrenombres de los fabricanos:

-¡El Negro Carrillo! ¡El Pata Chula! ¡El Viejo Guatón!

Llueven las piedras y rebotan en los hierros duros que, al vibrar, ronquean amenazas. De los barrotes llamean los fusiles. Las balas chirrían entre las ramas de las encinas que limitan la ancha calle terrosa.

Las hojitas hacen un ruido de enaguas almidonadas, al saltar en pedacitos.

Tendidos en la tierra suelta, o guarecidos detrás de los troncos, los hombres atisban el fogonazo, y a cada fogonazo... piedras...

Vemos claramente que los hombres forman una sola masa tonta, hinchada en ínfulas... A lo mejor, nadie es capaz de sacarles de la cabeza que están peleando heroicamente... ¡Tontos!... Ni las piedras pueden hacer mella en las puertas de fierro, ni las balas son dirigidas a matar... ¡Y tanta bulla.!

Cansados de la pantomima estruendosa, celebramos en pleno campo de batalla un a modo de consejo de guerra y decretamos el exterminio de todos los faroles.

En la esquina de San Ignacio, dentro del recinto de la Fábrica, un globo eléctrico de dos carbones incandescentes, atrae a las grandes mariposas nocturnas que embisten ciegas de luz.

Reímos de los hombres echados en la tierra suelta, agazapados en una ilusión pretenciosa de batalla, y lanzamos nuestra metralla al foco redondo.

Desde el medio de la calle quedamos un poco cortos, y nos acercamos casi hasta el pie de las murallas mismas. Una tercera andanada nuestra y, en estrépito de vidrios rotos, la luz, haciendo celajes, se precipita en pedazos y, apagándose a mitad de camino, queda todo negro.

Enfilamos la pandilla hacia nuestros dominios y los pobres faroles parafineros saltan volcados y hacen volantines llameantes en el negro paño de la noche cerrada... Los pobres faroles parafineros se quejan opacamente con ruido de latas y caen, retorciéndose.

Pero los chonchones siguen alumbrando en el suelo, lengüeteando la tierra: las piedras los persiguen, dan botes y apagan los ojos llameantes...

En el ángulo de la esquina de don Pedro, el farol amarra sus brazos en las murallas contiguas y hace por alumbrar a dos calles; pero, desde un cuarto de cuadra, a una voz, a un tiempo mismo, hacemos el más famoso blanco en él, y lo abatimos: quedan colgantes los fierros torcidos, igual, en la noche, que esqueletos fumiformes.

Ahora no somos más que sombras móviles en la negra sombra de la cerrazón y, sin embargo, nos enseñoreamos y gritamos petulancias en contra de lo imaginado y en favor de lo que no sabemos qué...

-...¡Abajo! ¡Abajoo!... ¡Viva...! ¡Vivaa!...

Encendidos en belicosidad, nos sabemos en guerra: hemos apagado todas las luces y cantamos victoria.

Ahora, en la obscuridad que hemos hecho con la arrogancia de nuestras propias manos, sólo brillan los fogonazos de los fusiles.

Y recordando obscuramente las palabras de Enrique, sabemos que, obscuramente, estamos peleando por la Libertad.

-¡Abajoo! ¡Vivaa!

Al pasar arrogante (uno se «siente» arrogante en la noche negra), me apiala un susurro:

-Juan de Dios... acércate.

Es la voz de Lucía que me acaricia por la ventana entreabierta.

Sí... sin pensarlo, he aquí que estoy acodado en la ventana de Lucía, buscándonos las manos (los ciegos tienen los ojos en las manos), desertor por un instante de la gran batalla: en la noche ciega fulgura la palabra enorme y cabalística: ¡Libertad...! ¡Libertad...!

Libertad... He aquí que estoy amarrado a Lucía, sin quererlo.

-¡Niño... mi pobre niño! -apasiona Lucía-. ¿Están locos?

-¡Si yo fuera un hombre, Lucy...!

Lucía, febril, me retiene, me abrasa las manos.

-¡Andate... Juan de Dios!

-Lucy... ¡Si yo fuera un hombre...!

-Que se venga Perucho... que ninguno quede en la calle ¡Qué tormento sería si te pasara algo...!

-(Si yo fuera un hombre...) Mira Lucy: hemos hablado mal de tí. ¡Qué nos desprecias!

Un largo silencio luminoso en la noche negra: las manos se miran profundamente, extáticamente, extasiadas: las manos se miran, pues que

son
en la sombra nuestros ojos de ciegos... Estamos ciegos, ciegos; pero nuestras manos se miran, se ven, se reconocen y se extasían...

Atruenan las descargas cerradas...

-Despreciar... tontos... Andate, mi pobre chiquillo...

Beso profunda y sosegadamente las manos maravillosas. (¡Tanto ensueño nuestro que hilvanaron!)

Atruenan las descargas cerradas... Bruscamente, en un impulso de fuga, desarraigo de la ventana, gritando:

-¡Si yo fuera un hombre, Lucy...!

* * *

Desde el norte, a la altura del Parque, llega el estruendo... Son los milicos del Tacna que en pelotones de ejercicio, vienen barriendo las calles.

Los pililos que acompañan a Flojera, dan la voz de orden:

-¡A sus casas... a sus casas!

Recula la masa y se atropella sin asunto.

Las puertas son cerradas de golpe y atrancadas precipitadamente.

Sólo nosotros quedamos en la calle. Libres somos, y somos bien capaces de quebrar todos los faroles del mundo...

Libertad... Libertad... ¿una piltrafa?

Salen patrullas armadas desde el hondo hocico de la Fábrica, y nosotros nos juntamos a los fabricanos que forman la Guardia de Honor. Nos burlamos de los hombres y manoseamos los fusiles, pero no se nos hace caso.

El barrio entero está distribuido entre los defensores del orden. Nos obligan, sin maltratarnos, a meternos en nuestras casas.

Más tarde, después de las doce, recrudece el tiroteo.

Tanto gritan, tanto se entusiasman, tanto disparan, que parecen estar todos borrachos.

Por el tragaluz del dormitorio, a cada descarga, penetran relámpagos y nos alumbran a mi buena madre, a mi perro y también a mí: los tres, aquella noche medrosa, igual que en la alegría, somos un alma sola.

Ahora parece que la cosa va en serio. Revientan blasfemias. Los gemidos parecen arrastrarse.

Un hombre se refugia en el vano de una puerta y dispara locamente, ululando:

-¡Allá va... allá vaa...!

-¡Alto el fuego!-ordena una voz angustiada.

-¡Eran de la Guardia... Eran de la Guardia...! -gritan azorados, en pánico.

Mi buena madre nos arrincona a mi perro y a mí, y, en la sombra, permanece atenta, armada del antiguo revólver que, cuando dispara, parece atragantarse en un atoramiento de humo. Se acerca a la puerta y, apoyando el hombro en el guardapolvo, amenaza al hombre que en ese momento acaba de hacer un nuevo disparo, ululando:

-¡Allá va... allá vaa...!

-Quitarse de la puerta, amigo... ¡Se lo advierto...!

El hombre tranquiliza:

-No tenga cuidado, señora Rosario... Hay orden de cuidar la propiedad...

Y hace dos disparos seguidos que nos alumbran completamente.

-¡Allá vaa...!

-Pero ¡por mi Señor de la Buena Esperanza! ¿A quién disparan?

-A todo lo que vemos pasar, señora Rosario.

-Carrillo, por Dios... ¿Y si pasa un inocente?

El hombre hace nuevos disparos...

-¡Allá va... allá va...!

-Quítese de la puerta, señora Rosario. Las balas están silbando cerquita...

De repente, haciendo como ladridos de quiltros entre los estampidos poderosos de los fusiles, estallan descargas repetidas de revólveres. Saltan astillas de la puerta y Carrillo deja de gritar ese «¡allá va!», que tanto parece gustarle. El pobre ahora, se lamenta.

-Me pegaron... me pegaron...

Los disparos se hacen más vivos, y grandes voces de mando, dadas de todas partes, siembran la confusión, y en la calle tropiezan los hombres en carrera, se enredan los gritos y estallan los balazos.

Los de la Guardia de Honor corren en persecución de no se sabe qué. Los gritos desesperados pregonan la muerte de un soldado del Tacna, de un gendarme de la Penitenciaría y del señor Ravets, jefe de sección de la Fábrica.

Vuelve una patrulla y dice que en la calle Franklin, en la remolienda que se armó donde las «Matas d'ihojas» los guardias se corrieron balazos unos a otros, y que hay dos muertos, a mas de tres o cuatro heridos agonizantes, sin contar «todo lo demás...»

A grandes voces se cuentan lo que saben.

Una de las mujeres habría quitado el fusil a un guardia marrullero, y habría comenzado a disparar para todas partes: los hombres «arrancan», y la mujer, con las polleras desapretinadas, los persigue gritando palabras hediondas. Después, habría el Diablo confundido a la gente, pues que se dispararon unos contra otros.

Carrillo sigue retorciéndose y gimiendo. Cesa el ladrido de los revólveres. Mi buena madre está desatrancando la puerta, cuando se oye la voz de Flojera, al mismo tiempo que unos golpecitos discretos.

-Señora Rosario... un cristiano herido. Abra la puerta, pero no encienda la luz...

Carrillo está desmayado. Ño Flojera y los dos pililos que lo acompañan, entran al herido.

Mi buena madre enciende la lámpara. La pantalla empavonada en blanco refleja la luz en los hilos blancos del tejido que adorna la mesita redonda, en medio de la pieza.

Flojera atranca la puerta y da un gran respiro de alivio... Está un poco nervioso: pregunta por Enrique y sólo se tranquiliza cuando mi buena madre le da seguridades que el muchacho está salvo: alcanzó a entrar antes del cierre del conventillo.

Carrillo tiene partida la mano izquierda, por el dorso.

-Nada de peligro-dice uno de los pililos examinando la herida con aire inteligente-. Si la señora tuviera unos trapitos limpios...

Cuando Carrillo abre los ojos, lo primero que atina a frasear es el reclamo de su fusil.

Uno de los pililos, alto y moreno, sentado a horcajadas en una silla de Viena, juega con el arma, haciendo, en seco, funcionar su mecanismo mortífero. Displicente, pregunta al herido:

-¿Estas armas son del Ejército?

Librodot

-De la Fábrica

El joven moreno sonríe y mide a Carrillo de alto a abajo, con una sonrisa que es como una mirada atenta, e inquiere:

-¿Ustedes tienen orden de disparar a todo el mundo? A nosotros casi nos despachan...

Y levanta el brazo y muestra la manga atravesada por unos portillos requemados.

-¿Está herido?-se alarma mi madre.

-Apenas chamuscado, señora - explica cortésmente el pililo moreno y alto-. ¡No es nada que merezca la pena...!

Y dando tono zumbón a sus palabras, zahiere:

-Estos caballeros se divierten... disparan sin ton ni son...

-Pero -agrega, encarándose con el fabricano-¿qué diablos tenemos que hacer nosotros con las peloteras de ustedes...? ¿Qué premioso deseo de matar los convierte en un gatillo de fusil?

Sigue el baleo y los estampidos se acercan: carreras y gritos de

-¡Lo mataron... lo mataron...!

Mi buena madre se detiene en su trajín doméstico de hacer hervir la tetera y, ensanchando la base de las narices, parece captar en sensibilidad hipertrofiada la inútil tragedia de la calle.

Pienso en los faroles cegados para siempre... ¿Qué será de Anselmo... y de su escalera livianita... y de sus alpargatas blancas...?

-Pero, ¿qué pasa? -pregunta mi madre-. ¿Esto va a ser como lo del 91? ¿Es que ya se quieren comer a otro Presidente...?

-¡Quién va a saberlo! -se amarga Carrillo-. Yo estaba en mi casa cuando se tocó alarma. Mi mujer se quedó con la comida servida... La pobre estará con el credo en la boca... Me voy...

-No, mi amigo -lo retiene el joven que le ha vendado la mano-. Lo matarían sus propios compañeros: andan borrachos y se están matando unos a otros.

-Bebimos para agarrar valor -concede Carríll0- y después nos entusiasmamos disparando... Pero ustedes, ¿qué andaban haciendo?

Ño Flojera, que está encapotado por la sombra en un rincón, rezonga con voz agria, un tanto agresivo:

-Viendo la función... ¡de puros mirones...!

Pero los jóvenes quieren explicar su presencia:

-Somos de la Avenida Matta -dice el moreno- y por allá se armó el jaleo desde temprano... Y aquí nos tiene usted a carreras de un lado para otro y por todas partes la persecución y el baleo.

Carrillo se afana y, como quien abre la mano y deja caer algo suelto, abre los ventanales estupefactos de su ignorancia y repite la pregunta hecha por mi buena madre:

-Pero, ¿qué es lo que pasa?

-Amigo -dice calmoso el que ha hecho el vendaje- es lo que nosotros queremos preguntar. ¿Qué pasa? ¿Por qué abandona su casa y deja a su mujer con el credo en la boca, como usted dice... y sale usted a jugar a los balazos, a entretenerse haciendo de soldadito en guerra?

Nosotros sólo sabemos que acordamos la huelga... Queremos libertad, trabajo, pan, carne... Una cordillera libre... Como no tenemos armas, presionamos dejando caer los brazos largo a largo... Y entonces se nos persigue como a perros rabiosos... Nadie ha trabajado en el centro. Salimos a la calle. En la Alameda se apretujaba la gente y los discursos

echaban chispas, pero nada más... Un gran despliegue de fuerzas armadas. Policía y lanceros. Los colihues de las lanzas, rectos al cielo, en correcta fila, marcaban angostos caminitos floreados en mil banderitas de la patria nuestra, jugueteando al extremo de los colihues, junto al destello plateado del acero terminado en aguja. Parecía todo como una fiesta dieciochera... Y por sobre el entusiasmo clamoroso se impuso el clarín en agudo toque de atención. A la cabeza de su escolta, un oficial de lanceros se acercó a la muchedumbre y se abrió camino, diciendo:

-Despejar... despejar. No se permiten grupos. Orden superior.

Era un oficialito sonrosado como una señorita.

Los balcones de los grandes edificios se veían defendidos por gruesos colchones, blandos broqueles en que las balas se embotarían.

-Despejar...

Una nube de piedras fué la respuesta de la masa enrabiada.

El oficialito sonrosado se llevó las manos a la frente y después se inclinó hasta resbalar por el cuello del caballo, silenciosamente.

-¡Pobre!-lamenta mi buena madre.

-Sí, -continúa el joven pililo- es triste-. Pero después la fuerza armada atropelló a lo derecho: hombres, mujeres, niños, fueron masacrados. Las banderitas chilenas de las lanzas se tiñeron totalmente en rojo de sangre...

La gente, furiosa, perdida la noción de su inferioridad, se defendió a piedras... Cayeron muchos... Más de algún lancero se estrelló en los adoquines... Y en el Norte la cosa ha sido peor... (Se ahoga un poco la voz del joven) Allá ni siquiera se intenta una conciliación... Desembarca la marinería y las ametralladoras tartamudean afanosamente... ¿Pero ustedes no leen la prensa obrera? ¿No conocen la hoja que publican los estudiantes?

-Nada - confiesa mi madre.

-¡Ah! ¡Todo está por hacer! El pueblo ve en las fuerzas armadas al enemigo irreconciliable... Y ni la Policía, ni el Ejército, ni la Guardia de Honor, pueden ser enemigos del pueblo... Falta disciplina y comprensión en las masas... ¿Pueden ser enemigos del pueblo los que son carne, sangre y alma del pueblo?

¡Los hambrientos exterminando a los hambrientos! - irrumpe en clamor el pililo moreno.

-Nosotros -se defiende Carrillo- sabemos lo que es una orden... Hay que defender la propiedad y la defendemos.

Barbota la tetera en el brasero. Mi buena madre prepara un café oloroso que olfateamos profundamente.

Se endereza mi buena madre y grita en abierta beligerancia:

-Hace rato que lo estoy cavilando... ¡Grandísimos bellacos! ¡Asesinos todos, digo yo! ¡Asesinos, repito!

Todos la miran.

(La pieza está olorosa a café. Mi Ñato dormita, plácido).

Todos la miran: Carrillo, con la boca abierta, como atorado por lo que tal vez iba a continuar diciendo a propósito de lo que es una orden; los jóvenes sonríen con simpatía, y con la sonrisa logran borrar los harapos que les cubren. Flojera se queda serio y tristón, y mi perro y yo (mi perro que ha despertado y está en actitud de echar el alma en defensa de lo que él no sabe, de lo que yo tampoco sé) nos «ganamos» al lado de las polleras de nuestra buena madre.

-¡Nada más sagrado ni de más simple propiedad de uno que la vida que Dios ha querido darnos! -declama mi buena madre en un arranque-.

Entonces, ¿por qué «tirar» así no más contra la gente que pasa o que se reune a gritar su hambre? ¿Por qué matarse los y otros *i*gual que fieras? ¡Asesinos son los hombres, asesinos y locos...! ¡Y lo serán por los siglos de los siglos... así permita el Señor de la Buena Esperanza que me lleve el diablo...!

Los jóvenes estrechan las manos de la buena vieja brava y todos quedan de acuerdo en que la matanza ha sido provocada por aquello de pedir el pueblo la cordillera libre, sin ofensa alguna a Dios.

-¡Todo por una piltrafa! -insiste el joven moreno-. Los ganaderos hacen las leyes, y en el Congreso lo hacen todo en el nombre de la patria... y nos embroman...

Pero ya no tiene auditorio y su voz cojea en falso.

Mientras sorben el café oloroso, el que ha hecho de doctor me dice:

-Tienes buenos ojos, muchacho... ¿Qué te gustaría ser de hombre...?

-Perro...

Resuenan nuevas descargas y, gritos desesperados:

¡Soy de la Guardia... Soy de la Guardia...! Acaricio silenciosamente a mi Ñato, largamente...

* * *

Al amanecer, se extiende el silencio anchamente. Abrimos la puerta y la calle está igual que siempre: tierra y piedras sueltas, charcos y basuras. Pero en las murallas se ve claramente el rastro de las balas.

A poco la calle se llena de perros, y después de gente. La gente se cuenta sus impresiones. Los perros entierran las narices en la tierra, olfateando...

La vieja María cimbra la frutilla encaramada en su nariz y dice en tono cantado:

-¡La poronga, misiá...! ¡La carne va a bajar «pa cuando haya pajaritos nuevos...!» ¡Y tantos cristianos «perdíos» en esta bolina...! ¡La poronga!

Se dice que en la calle Tupper las patrullas se desconocieron: tres fabricanos muertos. En Sargento Aldea esquina de San Ignacio mataron al jefe de los talleres de remonta. El hombre se quedó dormido, abrazado al palo del teléfono, y cuando le dieron el «¡quién vive!» "el pobrecito debe haberse asustado" (dice la gorda Filomena, en plañido), porque contestó a balazos. La patrulla, naturalmente, disparó entusiasmada sobre el pobre hombre: el difunto deja en la orfandad a siete hijos pequeños y rucios, y pecosos...

Salimos, los muchachos, a inspeccionar el barrio: ojos enrojecidos; el manto negro echado a los ojos de las mujeres dolorosas; voces tartamudeantes que sollozan su angustia:

-¡Muerto... muerto...!

Una viejita seca, fuma que fuma cigarros liados en hoja, sin hablar palabra. Dentro de la pieza se mueven bultos enlutados. Lucen las velas del velorio; pero la viejita, en un rincón, fuma que fuma, sin hablar palabra la pobre viejita seca...

-¡Muerto... muerto...!

Dos niñitas rubias y un niñito rubio, completamente desnudo el niñito (con alitas de papel haría un angelito de iglesia), en medio de la calle, en la tierra suelta, juegan bulliciosamente... al ¡pum... pum...! Un pedazo de lata imita un revólver, y los niñitos se persiguen, se apuntan y disparan:

-¡Pum... pum... pum...!

Por la puerta entornada, unos ojos moribundos pretenden vigilar a los niñitos que se regocijan en la calle: una madre que al mismo tiempo vela a su marido y vigila a sus hijos...

-¡Muerto... muerto...! -es la quejumbre sostenida, pegajosa, que se arrastra por el barrio entero.

-¡Pum... pum... Te «aputé»! - ríen en la calle abierta los tres angelitos rubios, huérfanos en la tierra... huérfanos...

-Pum... pum...

-¡Te «aputé»...!

* * *

A medio día aparece una carretela cargada con hombres. En ese momento se están peleando a piedras, más por vía de travesura que por otra cosa, cerca de la Fábrica, un grupo de trabajadores que andan bebidos.

Al ver la carretela, como si obedecieran **a** una voz de mando dicha en secreto, todas las piedras convergen a la carretela. A los gritos que reclaman auxilio, avanza un piquete de soldados desde la Fábrica; pero, instantáneamente, los asaltantes de la carretela se dispersan, no sin haber alcanzado antes a cortar los arneses y a poner en libertad a los caballos que, asustados ante la libertad inesperada, corren hacia el campo abierto, relinchando...

*** * ***

EI trabajo de la Fábrica se ha suspendido y el personal permanece acuartelado... Se dice que se teme un ataque de un momento a otro. Se ven los largos capotes azules de los jefes que caminan apresuradamente y dan órdenes tonantes.

La calle queda vacía de hombres. En grupos, siempre a la vista unos de otros, se van hacia el centro.

Los muchachos intentamos seguirlos, pero se nos corre a piedras, como se corre a los quiltros.

Don Pedro y Lucía nos aconsejan que pasemos el resto de tarde jugando en los sitios. Nos reunimos en casa de Perucho y logro extasiarme en la contemplación de Lucía que, blanca toda, teje en el corredor asoleado... La miro intensamente y Lucía no dice nada.

Al anochecer, traen las noticias del centro: en la Alameda ha sido horroroso. Parece que el Cristo y Pedro el Tomador y otros cuantos matarifes han quedado con la «guata al sol». Heroica fué la resistencia de los cuadrinos: se les divisó entre las patas de los caballos blandiendo la cuchilla limpia y sabia. Muchos caballos estrellaron a sus jinetes en las aceras, o los aplastaron al caer, abierto el vientre...

-Yo vi al Cristo -dice Ossa, el talabartero- Lo vi dejarse caer antes de ser ensartado por las lanzas. Se formó un gran tumulto, una tracalada espantosa: las mujeres topaban con su pecho los fusiles amenazantes: las descargas cerradas desgranaron la muchedumbre tal que desgranar un choclo maduro. Al Cristo deben haberlo hecho pedazos... ¡Harto les dió que hacer!

-Si lo han «matao», no hay otra que vengarlo... -dice tranquilo y casi dulcemente el Fosforito, un cuadrino pequeño, coloradote, enjuto, borracho y «malero».

Todo el mundo sabe lo que eso significa.

-No, Fosforito-dice en súplica el gordo don Pedro-. La venganza...

-No se apure, don Pedro... Ayer la gente le dió «el bajo» a dos oficiales... Han muerto miles de obreros y todo está bien igual en el mundo...

-Pero vengarse a sangre fría...

-Un paco más, un paco menos... don Pedro. Ayer un grupo quiso defenderse al pie de la estatua de San Martín, pero fué contra ná... Los sesos quedaron chorriando entre las grandes letras de gloria... Al pie de la estatua no quedó ni uno para contar el cuento... Y al tal San Martín no se le dió ná... Continuó corriendo en su caballo verde que no se mueve, con la bandera verde en alto, y con la virgencita verde «pará» en la punta de l'asta... ¡Todo por «la pura arveja»...!

Entrada la noche, no se puede dejar de cumplir la orden impartida por la Guardia de Honor:

-¡Todo el mundo a sus casas! ¡Nadie salga a la calle!

Nos encerramos y cae la noche pesadamente, en un silencio ancho como el mundo.

Ño Flojera salta las murallas del conventillo y viene a contarnos cosas.

-Señora Rosario, anoche usted salvó a esos muchachos...

Mi buena madre mira a Ño Flojera con simpatía amplia.

-¿Para qué hablar de eso? Lo siento por los muchachos. Están condenados a vivir como perros, perseguidos ahora y mañana. No tienen remedio. Nacieron hombres, desgraciadamente para ellos... ¿Y dónde están?

-¡Qué sé yo! Me han apretado la mano y me han dicho:

- ¡Camarada...!

-Se han ido igual que llegaron... Son estudiantes... ¡Y por mi vida que son valientes...! Jugaron con las guardias de honor... En la misma boca de los fusiles gritaban:

-¡Allá... allá...!

Era un reír peligroso en las propias narices de la muerte... Ya vé cuánta bala disparada sin asunto en este barrio...

-¿Y los muertos... y los pobres chiquillos sin padres ya?

-En la Alameda habría sido peor... Ahora hay que salvar la huelga...

-No me gustan las huelgas, Ño Flojera... Hay gente que toda la vida se lo pasa en huelga... ¿Por qué estuvo haciendo el flojo tanto tiempo, Ño Flojera?

-Señora Rosario... ¡Yo no he sido nunca flojo...! ¡Es que uno a veces se descorazona...!

Mi buena madre hace una gran risa comprensiva.

-También sé de eso, Ño Flojera. Cuando uno se descorazona... ¡es porque encuentra una alegría grande en descorazonarse...! Pero la gracia esa no se puede hacer por toda la vida... Un día, un año... ¡Aventar la pena, Ño Flojera, como se avienta el trigo... ese es el más duro y el más alegre deber del pobre...! Un pobre que, de serlo, se ponga triste, «es más mejor» que se mate... Ponerse a gritar el hambre por las calles puede ser, al principio, un medio de llamar en cristiano a los hombres que «rebasan», pero hablar eternamente en hambre es una vergüenza.

Llegan los diarios a nuestro barrio, los grandes y los pequeños diarios. Los diarios obreros traen unos monos que representan «el triunfo de la causa...» Pero la prensa seria proclama en títulos muy grandes que la Patria se ha salvado y que los chilenos, los buenos chilenos caídos en su defensa, vivirán imperecederamente en el recuerdo inmarcesible de las generaciones...

Los diarios pequeños endilgan vibrantes argumentos y hacen un

Librodot

análisis «dialéctico» de la huelga y constatan, constatan, constatan…

Los muchachos nos hastiamos… ¿Para eso murió tanta gente? Se diluye aquella aventura del jueguecito al «pum… pum…» que hicieron los hombres y sólo queda en nuestra memoria la certidumbre de que nosotros fuimos los héroes, los paladines de la gran huelga de aquel año. Los hombres son cobardotes y amigos de «hacer aparatos»: no supieron nunca a quién mataban, ni a quién debían matar. Nosotros, no: nos fuimos derechamente a los faroles y, al cegarlos… claro… al cegarlos…

Nos creamos una penosa idea de los hombres que se arrebañan: forman una sola boñiga que se puede pisotear a discreción. Los hombres son todos una pandilla de cobardes. Para hacer alguna cosa tienen que reunirse previamente en un rebaño, en una sala cerrada o en las plazas abiertas, con un afán de tontos de alarmar a todo el mundo sobre lo que pretenden hacer…

Los chiquillos no, y no: hacen lo que debe hacerse en el momento necesario… Decididamente, los hombres en rebaño son una pura porquería…

Librodot

XIV

El buen futrecito de Arriaza sigue haciendo sollozos en su violín, y sigue, como desde un principio, ignorándolo todo, preguntándolo todo, como si los chiquillos fueran, en verdad, los maestros.

El señor Director está un poco más negro y un tanto más gordo: parece un barril de asfalto, desduelado... El ladrido de sus gritos sigue igual: ni siquiera se le ha ocurrido enfermarse de la garganta.

Mallea y Montero, preocupados: uno, de los relojes, y el otro, de «sacar hombres»; siguen, con el dedal en el ojo derecho el uno, y con los puños cerrados haciendo finteos, el otro...

Ahora, Arriaza ha conseguido que tres de nosotros pasemos al Liceo. Y para despedirnos, se hace la fiesta escolar inevitable.

«Nos honra con su presencia» el señor Visitador: chiquitito, igualito que antes, y hasta se pudiera decir que más joven.

Ya no están las señoras severas que nos aconsejaran limpiarnos «eso»...

-¡Pero no con las mangas, no... no...!

Ni está tampoco el caballerazo que nos aturdiera con aquel refrán:

-¡Hijo soy del pueblo...!

El Visitador, con el suave tono de años atrás, nos habla del mismo símbolo:

-¡Las trompetas de Jericó son los maestros...!

Saca y muestra el mismo reloj amarillo... Y se confunde todo con los aplausos y trata de esconderse.

La bandera de Chile sigue haciendo de telón de fondo y sigue su estrella solitaria señalando nuestro norte...

Arriaza, un poco más pálido que antes (ahora tose), hace un discurso sobrio:

-Son los primeros de esta Escuela y de este barrio que se abren camino. Después «nos tocará a otros»-dice sencillamente.

La gente está un poco enternecida, particularmente Flojera y mi buena madre: Perucho, Enrique y yo somos los vencedores.

El Director está orgulloso y sonríe con una sonrisa en que pone toda su gran voluntad de trabajo, sonríe «en sostenidos», sin cansarse.

Lucía, metida en el uniforme azul marino-¡y tanto que le sienta lo blanco!-recita una poesía; la poesía nos resulta melosa y la señorita un poco melindrera ¿Por qué cecea?

La vieja María que está a mi lado, mueve la frutilla de su nariz en vaivén negativo:

Librodot

¡La poronga...!-refunfuña.

Los hombres aplauden a Lucía más de la cuenta, sobre todo el señor Bisquer, algo gringo y algo viudo, Jefe de Maestranza de la Fábrica.

Arriaza se desentiende de todo, y siempre enfundado en negro, toca el violín de una manera que llega hasta muy adentro de uno, en escalofríos.

Aparece un mocoso guatoncito, con un martillo en la mano y en mangas de camisa, haciendo el obrero. El mandil amarrado a la cintura le queda largo y el niño guatoncito parece que está metido para toda la vida en una pollera coluda.

El mocoso es del curso del señor Director. El barril de asfalto desduelado pasea en triunfo el carbón apagado de sus ojos feos.

Se encarama el niño en el tabladillo, hace una venia profunda, y martilleando el aire con el martillo que amenaza las cabezas (hasta parece que la gente se «agacha»), a voz en grito, y pegando pataditas en las tablas, nos espeta de un tirón:

¡Nació pobre, pero honrado...!
¡No meció su pobre cuna la
Diosa de la Fortuna
cegada por la ambición...!

Tanto coraje pone el mocoso en lo que grita y tanto se atropella que todo parece una cachetina**,** pero le hace gracia tanta que la gente le aplaude y le obliga a repetir, y el guatoncito repite con más fuerzas el simulacro de abofetear al mundo entero... Al final, da una patada final y se pierde en la pollera del mandil al hacer una venia profunda, una inclinación arrancada de las estampas de «Las mil y una noches» ¡Qué grande orgullo le negrea al Director en la cara gorda y negra!

Enrique lee en un papel y dice la despedida de nosotros: la hemos hecho entre los tres. Al principio, quisimos zaherir al Director, pero después nos convencimos de que el hombre no tiene la culpa de ser feo y que, por lo demás, es un ejemplo de trabajador infatigable.

Enrique lee su papel con voz clara y pausada, sin hacer gestos.

Se hace un silencio atento: parece que toda aquella gente se preguntara que quién es aquel joven alto que, como si estuviera conversando, lee claramente las palabras conocidas de todos.

Desfila en sus palabras el barrio entero: las personas, las casas, los árboles, los maestros y la Escuela, los niños y los libros, los perros y los volantines.

Arriaza está emocionado vivamente: está más pálido y como encerrado en su alma grande. No quiso saber qué podríamos decir nosotros, y se opuso a las pretensiones del Director que «necesitaba» conocer «el discurso...»

Enrique hace una promesa en epifonemas cristalinos:

-Estudiaremos afanosamente para sentirnos cada día más hijos auténticos de este barrio pobre... Más hijos de la calle nuestra... Y de esta Escuela... Y de estos maestros... ¡Para no olvidar nunca lo que somos...!

Lucía apaga un poco la ardiente esmeralda de sus ojos y parece ruborizada... Su primer año en la Normal (ella lo sabe porque se lo he dicho), le dió ciertos humos...

Pasamos dos años en el Liceo, un poco postergados, sin llegar a la intimidad con nadie: los muchachos tienen ciertas arrogancias de caballeritos... Atravesamos media ciudad a pie, cuatro veces al día.

Librodot

Enrique sale de una gran facilidad de palabra: hace señalados trabajos escritos e inventa cuentos de niños con hambre, de jergones que sirven de cuna a los niños sin madre, de la pena de los conventillos... Y el pobre se ve obligado a apartarse de nosotros para seguir los estudios de la Escuela de Agricultura...

Flojera dice que el porvenir del mundo esta en la tierra y que su hijo debe ser agricultor. En vano alega Enrique su preferencia por el corazonazo de Arriaza y por su profesión...

-¡No hay corazón más grande que el de la tierra, hijo...!

Perucho no quiere ser otra cosa que comerciante: sueña con grandes establecimientos de cecinas...

Pero don Pedro lo mete de cabeza en la Escuela de Artes y Oficios...

Me quedo solo al principio de las vacaciones, cuando ya los otros han accedido a la voluntad paterna.

No quisieron hacerme caso y mi plan era tan sencillo:

De Valparaíso... ¿por qué no...? Un gran buque blanco con chimeneas rojas nos llevaría hasta el mismo Japón, y después, rodar *y* rodar tierras: ir al Asia, juntos los tres, amalgamados en un solo hermano vagabundo, y poner en todo un poquitín de amor patrio. Hacer grandes cosas: llegar a sentarse en la última altura del Himalaya, cerquita del cielo, y extender unas servilletas, como se hace en el Parque para el 18 de Setiembre. Y desde arriba decir «¡Salud!» al mundo, y reirse con toda el alma del mundo, de los dolores y de las alegrías del mundo, todo hecho debajito de la gran risa de Dios...

Nadie me hace caso, y me quedo solo, tan solo que no me puedo apartar de mí mismo.

Mi buena madre está entregada a sus trabajos. La vieja María hace de empleada de confianza y mete la frutilla de su nariz en todas partes. La vieja María se deshace en dar órdenes a unas diez mujeres que lavan afanosamente ropas de soldados. De las artesas espumosas sube un olor «a soldado en marcha...»

En las noches, las mujeres canturrean hasta tarde, mientras la estufa se enrojece y chirrían las planchas al contacto de los dedos ensalivados.

Mi Ñato está flojo, acaso ya por viejo; regalón y gordo, manqueando, se me queda atrás cuando, solos ahora, corno dos únicos hermanos en el mundo, nos internamos en los largos caminos que, ahora más que en ocasión alguna, me hacen señas con los copitos de los álamos, desde la lejanía...

La mayoría de los muchachos son ya trabajadores, ligadas sus vidas a los pitos disciplinados de las fábricas.

La Refinería de Azúcar abre en Franklin esquina de San Ignacio la boca enorme de cuatro portalones rojos, antigua entrada de los carritos de sangre que llegaban «a dormir» a la «Empresa». Se extiende la Refinería hasta la línea férrea y abarca gran parte del cachureo.

Una enorme chimenea se levanta al cielo y no para día y noche de fumar el humo negro que en la altura se confunde con el humo de la Fábrica de Vidrios.

Estas industrias y las curtiembres de los alrededores; el Matadero y la Fábrica de Cartuchos, tragan para siempre en sus fauces a los muchachos de mi generación, a la gleba en que nos amasó el Destino.

En la calle igual, tierra y basuras, hormiguean los animalitos que aun no alcanzan a ser niños: gatean embadurnados de mugre, berrean.

Librodot

Afirmados en las murallas reverberantes, dan pasitos y gorjean la alegría borracha del primer paso.

Todos en semidesnudez, las piernecitas gordas haciendo arrugas de grasa firme, la guatita hinchada haciendo un tambor; fuerza y salud de la tierra es la carne brava de la plebe... De la plebe que, en la miseria de la urbanización, aun tiene trabajo, y se harta.

* * *

Solo, en medio de la calle, frente al mundo, con todos los caminos del mundo cerrados para mi...

Nieva a pelotones la tristeza en mi soledad...

La fiebre me centellea en los ojos, en círculos frenéticos.

Lucía ha salido a la puerta. En vacaciones, vuelve a ser el angelito blanco. Siento un gran frescor al verla, como si se hubiera levantado un vientecito sureño.

Me acerco. Ahora que no es, tan fresco estar a su lado: la presiento en mujer con una borrachera de todos los sentidos.

Ella -¡tan ajena a mis ansias!- me repite la tonta canción:

-Juan de Dios... hay que seguir estudiando...

La cojo las manos blancas y estrujo sus dedos.

-¡Lucy...!

-¡Pero estás enfermo, Juan...! ¡Quemas como una brasa!

-¡Qué te importa de mí...!

-Nadie comprende a nadie... (Su mirada resbala por la calle mísera) ¿Por qué no miras fuera de tí mismo...?

Me domina una rabia obscura, y hago mi primer teatro:

-¡Ojalá me muriera...! No quiero estudiar, no quiero ser nada...

Abro mis manos desesperadas en un gesto ridículo, igual que todos los grandes gestos.

-¿De qué me sirve estudiar...? Ya no quiero ser hombre... ¿Por qué no cantas, Lucy? ¿Las señoritas no cantan? Porque vas a ser una maestra, Lucy... ¿Esas mujeres no cantan...? ¿Te queda estrecho el barrio, verdad...? Una señorita tu... Por eso te aborrezco... ¡Para que lo sepas...!

-¡Mocoso! -mima Lucía- ¡Lo que dices!

-Señorita... yo no soy un mocoso.

-¿Señorita? Tontín... Lucy...

-¡Tú si que eres una mocosa! Yo no, ninguno de nosotros. Sabernos sentir de la manera que es nuestra y que tú... no comprendes. Cuando se trabaja, se deja de ser niño. Yo trabajaré, iré a trabajar a cualquiera parte, lejos... ¡No quiero verte...!

Lucía me palpa la frente.

-Ardes, pobrecito...

-Yo no quiero tu lástima, Lucy... Trabajaré en cualquiera cosa, para hundirme más... El año pasado trabajé en la Fábrica de Vidrios, de noche, de «hachero». Lo hice a escondidas, pero cuando mi madre me vió todo tiznado se rió y me dejó hacer. No quise que me vieras... Las vacaciones las trabajé íntegras... No quise que me vieras, por no verte... ¡Qué te va a gustar a ti un tiznado...!

-Nadie comprende a nadie, Juan de Dios...

(Su mirada resbala por la calle mísera).

-Es lindo trabajar en la Fábrica de Vidrios: del horno inmenso, con una caña de fierro, sacan una bola de vidrio hecho una pasta roja. Con un

restriego de la mano, la caña da vueltas sobre un aparato y la pasta roja es como sobada ahí, como si se quisiera hacer pan de vidrio. Una mujer pone una totora húmeda en el molde abierto, el hombre sopla en la caña, hinchando los carrillos, levanta la caña, humea la totora y sale una botella; la acerca a un cajón lleno de carboncillo y entonces uno la toma con una palita que es como una poruña cerrada, y corre hacia el horno grande, donde las botellas concluyen de «cocerse». En la noche, las botellitas pegadas a la caña semejan brasas que bailotean. Eso me gusta, ya que no puedo ser maquinista de tren. Quizás si sería mejor marinero... Soplaré toda la vida en la caña de hacer botellas, hasta echar a volar el alma...

Y, sin transición alguna, la pregunto en un reto:

-¿Y cuándo te casas?

-Nadie comprende a nadie, mi pobre Juan de Dios...

Posó sus brazos en mi cuello y me miró muy hondo.

Llameó mi fiebre en el fondo de sus ojos que me acogieron... y el cristalino espejo de su alma me retuvo y me vi, retratado, vivo, dentro de ella, hecho carne y espíritu de ella... aprisionado para siempre en su pensamiento... Para, toda la vida... fatalmente... Me acurruqué en sus brazos hasta hacerme una plumita insignificante, temeroso de que me llevara el viento...

-¡Lucy...! ¡Qué ansias de ser hombre...!

La fiebre me abrasa y hablo ya casi en delirio:

-¡Lucy... huir contigo o matarte...!

(Veo nítidamente a Lucy soslayando la esquina, la manita sobre los ojos, toda blanca, prendida del colorido ardiente de los volantines que «la revuelven» locamente, cerquita de las nubes).

-Ir por todo el mundo, Lucy... huyendo de todo el mundo...

Embriagado de todo su ser, adentrada en mi ser, vitalizándome, como el aire, deliro:

-Y hacerte sufrir, y sufrir juntos hasta reírnos... Y una noche cualquiera, hundirnos juntos en el mar... !Y que nadie supiera nunca nada...! Y también unos copihues de sangre en tu gargarita, floridos mis dedos de tu sangre... Vivir tanto que toda alegría fuera como esta tristeza de amarte... Toda la felicidad del mundo en nosotros... hasta hundirnos juntos en el mar, y que nadie supiera nunca nada...

Fiebre... fiebre...

Frente al conventillo, en la tierra caliente, dos trapitos sucios juegan un extraño juego: el chiquitín galopa en el estómago de la pequeña... Galopa el galope que ha entrevisto correr en los jergones...

*** * ***

En la noche, el pensamiento afiebrado no me deja dormir. Me aplasta la desesperación de reconocer que, siendo ya un «hombre», no puedo, tal como están arregladas las cosas en el mundo, hacer otra cosa que aparentar seguir siendo un niño inocente...

¿Y todas mis ansias mías y las de todos los muchachos del mundo?

Me atormenta la certidumbre de que Lucía no se casará nunca.

¿Que va a ser de ella? ¿Qué de todas las muchachas del mundo?

Los grandes ojos verdes de Lucía, y el encanto de su boca y la seda de sus manos... ¿han de ser sólo un tormento más para ella misma?

* * *

Los remolinitos de luz blanca giran vertiginosamente desde el fondo de mi cabeza enloquecida: el mundo todo, a todo lo largo y a todo lo ancho, es nada más que un remolinito de luz blanca, de blanca luz de artificio... Una sola pirotecnia de los cuatro confines del mundo...

* * *

Fiebre... fiebre...

¿Y no tendrá nunca un hijo parido de ella misma, florida toda entera en un florecimiento gozoso y desgarrante?

La opulencia de su vida plena ¿está condenada a la esterilidad y a la absoluta negación de la vida? Y si fuere capaz de pelear su propio destino... ¡Cómo la ha de estigmatizar el mundo...!

«¡Puta... puta...!»

No puede ser. ¿Qué hombre que la vea, si es hombre, no la ha de rendir el homenaje de quedar prendido a su vientre...?

-¡Lucy... Lucy...!

¿Y ella atravesará la vida sin ver, ausente de la vida?

No puede ser, no puede haber sido, no podrá ser... Vivirá su vida, fatalmente.

Y la veo: dueña de sí misma, llenando la «clase» alegre, ante cincuenta niñitas parleras, ¡cincuenta delantales blancos...! La veo oficiando su alta misión alegremente... Alegremente, porque ha de estar segura de que el Amor, el amor de hoy y el de mañana... y el que llegue después de mañana, la espera...

* * *

Fiebre... fiebre...

¡Que felicidad la de ser un maquinista de tren!

Un maquinista de tren... correr y correr y, de regreso desde el fondo del país, correr y correr con más ánimo... para llegar a la casita blanca... y blanca la buena compañera en su delantal... y blancos los mantelitos de lona de harina... Y lavarse bien el tizne después de haber tiznado la boca y el delantal de la mujercita... Y, al otro día, salir a correr otra vez, y traer a la mujercita manojos de copihues del sur, rojos como el fogón de la máquina...

Y toda la gente nuestra estaría muy vieja y muy contenta

Fiebre... fiebre...

El Ñato estaría enterrado al pie del naranjo... (De puro viejo y de puro regalón se habría quedado dormido en mis rodillas para siempre)

La tumba de mi Ñato al pie del naranjo... Una cruz pintadita de blanco y una rejita... como en el cementerio, en el ladito de los pobres... Y, con mis manos, yo haría que la carne de mi Perro se transformara en violetas... igual que en el cementerio, en el rinconcito de los pobres... «Aquí «yace» mi Hermano, muerto en tal fecha... »

Y después, muchos, pero muchos mocosos, tantos como Dios quisiera... valientes, voluntariosos, blandos... incapaces de cortar la cola a las lindas lagartijitas... y, por sobre todo, Lucía... madre de mis hijos, y, más que todo, indudablemente, la madrecita mía... Eso es... más que nada... Una madre para mí... El mundo está lleno de mujeres, por eso es lindo; por eso es triste... Buscar la madrecita mía en cada nombre... presentirla en cada mujer, y amar, amar con un corazonazo humilde... y ser, de hombre, nada más que un niñito valiente y voluntarioso... ¿Porqué

no podría yo, tiznado y todo, grandote y todo, con bigotes y todo... ser el niño regalón de mi largo ensueño?

-Mamaíta...

Y el barrio nuestro sería atropellado por la ciudad. Al conventillo lo emperegilarían de cité... pavimentos, luz eléctrica; blanco el mundo, incandescente de luz eléctrica... Pero nosotros defenderíamos nuestro mundo, nuestra calle, los faroles y nuestro farolero... Es una locura correr por el mundo... Me quedaré en mi calle...

Fiebre... fiebre...

-Lucy... los copihues... la máquina no se cansa, corre, corre como un caballito bueno... Los años también han de correr... pero que sólo corran para mí, hasta lograrme un cuerpazo de hombre, Lucy... Los años han de florecer en mi carne y en mis huesos...

-Mi alma estará por toda la vida, Lucy... aquí mismo, en este mismo momento... Que Arriaza siga haciendo llorar el violín, El tiene la culpa. Yo lo quiero. Pero él no tiene ánimos para ser feliz... Su palidez, y su tos y sus treinta y tantos años, ¿lo habrán envejecido demasiado a prisa? ¡Alma noble la de ese hombre triste!

¿No habrá tenido nunca una gran pasión de la carne, o una gran pasión de la carne lo habrá consumido hasta los huesos? Pero Arriaza vive para los demás, para entregarse todo entero... ¿Serán así los monjes? ¿Los maestros verdaderos serán como Arriaza?

*** * ***

Fiebre... fiebre...

El mundo se ha vuelto loco: árboles que bailan una danza viva de llamas; caballos alados que cruzan veloces el aire rojo; gatos atigrados que mayan endiablados; perros enfurecidos que se quiebran los dientes en la carlanca ardida, peleándose con furia de hombre en guerra... y palomas que se arrullan en un frescor de alas; enormes toros que braman en un potrero verde, y vacas dóciles y estremecidas en un espasmo de toda la tierra; fugaces mujeres desnudas en el agua alegre, bajo los sauces, los largos cabellos sueltos, y por todas partes, centelleantes, los verdes ojos de Lucía...

Los ojos verdes... naufragar en ellos como se naufraga en el mar... Miles y miles, millones y millones de estrellita verdes... El mundo es un remolinito vertiginoso, todo esmeralda...

Fiebre...

Y después, la noche, una noche eterna. Un espeso y acre sopor de años y años. La muerte, y la Nada en la Nada...

* * *

Cuando abro los ojos, mi buena madre está junto a la cómoda, revisando unos papeles, y hay una lucecita de vela a los pies del Señor de la Buena Esperanza... Se acerca mi buena madre con paso leve. Al verme con los ojos abiertos, sonríe tiernamente...

-El Señor de la Buena Esperanza te ha salvado, Juan de Dios...

...¿Juan de Dios...?

Vuelve a la cómoda y se acoda frente al policromo de aquel manso señor de hábitos inflados en las caderas, como sí usara polisón,

-Está bien, caballerito mío -musita-, Has hecho un nuevo milagro, mi buen señor...

Socarrona, hace una sonrisa ancha de toda la boca, y dice con la cristalina ingenuidad de su alma clara:

-Eres un buen muchacho, caballerito mío... «pero tienes tu qué...»

Ahora me cuenta:

-Has delirado tanto... El doctor Monroy dijo que te podía agarrar una enfermedad... en latín... en griego... un nombre, enrevesado, pero muy de temer... Pero ya el Señor de la Buena Esperanza hizo el milagro... ¿Qué diablos de líos tienes con unas máquinas y unos copíhues?

Apoya, livianita, su mano enérgica en mi frente, y me mira con alma de madre...

Después, con un tono de confidencia, en una comprensión, recóndita, sus palabras me envuelven en suavidad de velos diáfanos...

-Lucía acaba de salir... Cierro los ojos como «desvanecido...»

-Mira... Te ha cuidado como una madre...

La miro largamente, con un agradecimiento de perro.

Coge del velador una botellita con un líquido lechoso y algo rubial, la agita y lo hace espuma, me da la pócima y me aletargo... Al principio, entre pétalos blancos; después sobreviene una noche negra como en un cajón cerrado...

*** * ***

En mi frente, ahora juegan unas mariposas de seda, y oigo distintamente la voz amada que dice:

-Yo tengo un niñito... soy de mi niñito mío.

Siento a los pies, sobre la colcha, las manos de mi Perro que ha de estar mirándome, esperándome... Llega hasta mí el ajetreo de las mujeres que lavan en el sitio.

Mi buena madre habla con alguien, y dice:

-Bueno, mujer... ¡Hará la Primera Comunión!.

Gangosea un fervor:

-¡Qué Dios te oiga!

Esa misma voz me ha llamado «¡Lucifer!»

Temo abrir los ojos. Con miedo, murmuro:

-Lucy...

-Calladito...

Por el alma de mis ojos abiertos e inmóviles me penetra el alma abierta de Lucía, y se queda en mí, y su alma es mi alma de ayer, de hoy y de mañana...

Beso largamente las manos de mi amada y ella me deja hacer... Los grandes ojos verdes, bruñidos en lágrimas... ,

-Linda... linda...

Mi Perro alegra sus ojos viejos y lame la colcha.

¿Para qué hablar...?

Inclinada, alisándome los cabellos, Lucía es una niña... la misma que fué alegría del barrio, la predestinada a ennoblecer todo lo que mire...

Inmovilizados mis grandes ojos absortos, pugno por no llorar a gritos esta loca alegría de saber que todo lo sabe, y lo comprende y lo acoge en su alma...

Y son los labios de Lucía los que perfuman mi frente en un beso presentido a través de toda una vida nunca acunada... Huye y se diluye la infancia, y la juventud estalla como una flor de granado, abierta y entregada a todos los vientos...

Ahora siento una pena inmensa... ¿Qué podré darla yo...?

¡Mi pobrecita chiquilla...!

Trato de incorporarme en la cama, pero ella me sujeto par los hombros, y se teje el abrazo... Se ha cumplido la voluntad de Dios.

Sollozo y me bañan las lágrimas, fáciles y alegres, el rostro flaco.

Me besa las lágrimas y canta lo que no es un canto, sino el primer ró-ró de cuna:

Yo tengo un niñito,
yo tongo un niñito
mío... mío...
Soy de mi niñito
mío...
Soy de mi niñito
mío... mío...!

La embrujada voz de madre y de amante muere en mis labios ávidos...

-Mi pobrecita... ¡Yo te mataría...!

Detiene sus caricias, y como si hablara con un hombre fuerte y triunfador, capaz de pelearla a todo lo nacido; como si ella también fuera capaz de pelear el amor de "su" hombre, solemniza, mirándome al fondo del cerebro:

-¡Y yo también...!

Corre brava la sangre por las venas azules, y es todo como una canción a la vida triunfante... El mundo es claro y límpido, y hay una posibilidad en cada cosa, y una misma y grande alegría en todo, y todo es bueno y límpido...

-Lucy... estudiaré para ser digno de tí... ¿Qué quieres que sea?

(¡Qué fácil conquistar el mundo en ese momento!)

-Igual que yo... iguales en todo...

Los nervios se me enroscan dolorosamente y mis sentimientos se van apelotonando como una mala gleba... La miro largamente y soy todo entero un solo rictus de fatalidad... Un hombre malo se agita en mi entraña y emponzoño el aire...

-¿Igual que Arriaza, no? ¡Yo he de ser un monito que te lo recuerde!

Lucía me mira con sorpresa, plena de serenidad:

-Igual a nadie, Juan de Dios... igual a tí mismo, y diferente de todo el mundo... Pero no te exaltes... Eres un atadito de nervios y estás, muy débil...

Me río claramente, alegremente, triunfalmente... La triste figurita de Arriaza, dado totalmente a su violín, se va alejando como en un largo camino, hasta perderse esfumado en lo más lejano del mundo... Parece una hormiguita insignificante que hiciera el artista y el triste.

No, yo seré cualquier cosa, menos de esa clase deslavada de artistas tristes... ¡Cómo pelearía yo lo mío, la mujer mía, sus besos, sus ojos...!

Me río alegremente en una risa que me hace dueño del mundo.

-Mujercita linda... ¡Nunca he estado más robusto! Tengo fuerzas para llevarte en brazos y, contigo en brazos, conquistar la tierra... Ir contigo por todo el mundo... Un año aquí y después un salto... Ir, nada más que ir y nunca llegar a meta alguna... Y en todas partes habrá niños y escuelas... ¿Andaremos por todo el mundo, Lucy?

-Juan...

Librodot

(Lucía está solemne y deja caer sus palabras como una sentencia irrevocable).

-Ya nada ni nadie podrá apartarnos... Iré contigo por todos los caminos, y después... (¿Qué angustia la oprime?), después de mí... siempre iré prendida a tu alma así como tú quieres... por todos los caminos... iré prendida a tu alma para sostener y alentar tu almita de niño triste en todos los caminos... siempre... siempre...

(¿Por qué llora?)

Y los dos, los tres con mi Perro, indudablemente... nosotros tres lloramos suavemente, lloramos sin dolor... en un gran desahogo de no sé qué pena inmensa...

Librodot

XV

Yo no salgo a la calle en esta facha, mi buen amigo...

Arriaza es ya mi amigo, un grande amigo que lo sabe todo, que todo lo comprende, que no dice nada...

La enfermedad me estiró los huesos y ya soy todo un hombre, alto y delgado; blanca de color la cara; una que otra peca, y soy, como el gringo, algo cargado de espaldas...

Arriaza lo ha hecho todo, y ya estoy empaquetado...

¿Qué cosa más que un paquete puedo ser en esta facha?

Ya estoy empaquetado, «embalado», listo para ir a la Escuela Normal... Todo yo -¡el palomilla!- no soy más que una cosa acorde con el «Prospecto», un petimetre hecho a lienza, «según modelo».

-Yo no soy capaz de salir a la calle en esta facha -insisto...- ¡Me recuerda demasiado la fachenda del cochero particular!

Se ríen de mí.

Perucho y Enrique me abrazan.

También Perucho tiene su uniforme: gorra de marino y capa de oficial de artillería... Sólo Enrique, el que se va a la Escuela de Agricultura, viste como la gente... con la decencia de la multitud.

Mi cortedad les mueve a risa. Pero yo me río de ellos... Porque es ridículo que se me haya emperifollado de monigote para echarme siete llaves en ese encierro de la Escuela Normal.

Mi buena madre y el gordo don Pedro me encuentran magnífico.

Lucía me acompaña a reír y se mira conmigo al espejo, audazmente, inocentemente.

María, más roja ahora la frutilla maromera de su nariz, dice tonterías:

-¡La poronga que te dejan pasar las chiquillas! ¡Pa cuando haya pajaritos nuevos...!

Mi Perro me olfatea, y como si mi Perro fuera un normalista identificado ya conmigo -¡hermano al fin!- guarda compostura, circunspecto...

Me encaro con todos -¡con todo mi barrio!- y declaro muy formal:

-Bien capaz que soy de salir a la calle con este luto... embetunado como un par de zapatos... y todavía me encuentro capaz de llevar el «tongo» en la mano... y hasta soy capaz de hacerlo calañés... así... (y le doy un golpe de filo al hongo, y la cosa semeja ahora una pelota hendida por la mitad...) Pero yo no soy capaz de salir a la calle con el tongo en la cabeza, con la bolsa de cotín al hombro... y todavía con el violín colgando como un ataúd... ¡No soy capaz...!

Librodot

Mi buena madre, deslumbrada, sonríe con la sonrisa de su alma enorme, y dice chabacana:

-Hijuna... ¡Pareces un caballero...!

(Pero yo no quiero serlo: no quiero ser tan desgraciado... ¿Renegar de mí mismo...?)

-Mi buena madre...

Pero Flojera me bambolea en un abrazo grande, comprensivo de todo mi martirio...

-Tonto...

(Fraterno el pobre Flojera... Huele todo entero a Hermano... a perro...)

La gorda Filomena resopla, revuelve los ojos, mueve las ancas para todos lados, me da patente de bonito y coquetea:

-¡Qué me das impresión, Juan de Dios...!

-Chiquillo -ríe Lucía por reír- ¡Tienes vergüenza a la calle...!

Y la acaricio con las palabras, haciendo un poquitito de teatro:

-A la calle no, Lucía... nunca a mi calle, LUCY ¡A quien tengo vergüenza es a mi...!

Se me encabrita la rabia, y grito:

-Y que lo sepa Arriaza de una vez por todas... Mi buen amigo Arriaza... Que lo sepa: ¡Mi palomilla que soy está haciendo brincos empaquetado en este terno negro, aplastado debajo de este tongo...!

Dueño de él, explica:

-Nada más que una disciplina... Una manera democrática de nivelación...

-Pero... ¡para qué enlutarnos! -refuto agresivo...- ¡Estoy dando saltos de carnero debajo de este tongo de futre...! La manera democrática, Arriaza... ¡Un carnaval...!

Arriaza, hay que comprender las cosas... ¡A lo mejor se me pega este futre en el alma y no me acuerdo más de mí...!

-¡Eso no! -ataja Flojera-. ¡Y yo "respondo"!

¿De qué responde el pobre diablo?

Alguien dice que va a buscar un coche. Arriaza sale, dice, «a poner orden en unos papeles...»

Lucia, delante de todos, audazmente, inocentemente, se engancha a mi brazo y me liberta:

-Vamos a despedirnos del sitio... «caballero».

El Ñato nos sigue, despacioso, resignado.

En la puerta, mi buena madre abraza a Lucía con ese abrazo de ella, en que se entrega toda ella, igual que en un azote... La abraza y no dice nada... pero se pone fea, al compungirse. Se pone fea... Pero, ¡qué noble madre es en aquel momento...! No dice nada...

Al fondo, al pie del naranjo (la comba diáfana del cielo sobre nuestras almas azules), las manos entrelazadas, los ojos frente a frente, mirándonos en el fondo de los ojos (¡con qué cariño; con qué piedad, me dibujan, me retienen, «me incrustan» en su carne y en su vida los ojos de Ella...!) mirándonos... cuando estamos apunto de llorar, nos reímos tanto... tanto...

-¡Una mariposa, Lucy...!

Corremos vanamente, sin intención alguna de aprisionar alas... sólo para hacer mariposas de nuestras manos y juguetearlas, fugaces...

-Lucy...

Riéndose, deja en mis manos una cartulina: un dibujo a la acuarela... Un dibujo detallado y cuidadoso, como que viene de mano de normalista... Una cama, un perro a los pies, afirmadas sus manos por entre los barrotes,

en actitud de lamer la colcha... y un pálido enfermo, y una enfermera blanca... Y, desdibujándose en espirales, una palabra cualquiera, la palabra, la única que nos resume y nos ennoblece: NOSOTROS...

¡NOSOTROS...!

Mi Perro, y también Ella, y yo también... y el mundo entero...

Una palabra cualquiera y tan enorme...

-HERMANOS...

Estoy un poquitín más alto que ella y la miro la frente, al centro, reconcentrado en ella, corno si yo siguiera la marcha de sus pensamientos... como sí yo intentara escrutar el Porvenir...

-Mi pobre Lucy -musito- ¡cuánto vas a sufrir conmigo...!

-Niño... ¡pero cuánto vamos a vivir también...!

¿Ya lo sabe Lucy?

(¿Qué fatal certidumbre aquella de que nuestro gran amor ha de prolongarse a través de la vida como un gran dolor inextinguible...?)

-Lucy... Lucy...

* * *

Cuando anuncian el coche, me duele la sensación que tengo, la sensación nítida de que en ese mismo momento, algo muy antiguo, muy amado, muy de mi vida, se ha hecho trizas en mi alma, igual que un vidrio...

Se obscurece el barrio, se diluye en carrera hacia el pasado...

En silencio, avergonzado casi, avergonzado de verdad, amarro a mi Perro al pie del naranjo...

Y mi Perro regalón, joven ahora, lo mismo que cuando alguna vez lo he privado de libertad, en castigo de los sustos que gustó hacer pasar a los gatos, pone sus manos en mis hombros...

¡En el terno negro...!

-Ñato... Hermano...

Mi Perro, el noble Perro, me deja, lamiendo mis manos, asegurarle el dogal...

Después, mi Perro, mi único hermano sobre la tierra, se echa, hundida la cabeza inteligente entre las manos.

-Lucy... ¡Quiere a mi Perro... Ama a mi Perro, Lucy...!

Me hinco en tierra y lo acaricio largamente... y El y yo apretamos las lágrimas, y las apuñamos en los ojos...

Lucía solloza:

-¡Nosotros... nosotros...!

.....

Una última visión al arrancar el coche... -jLucy...! ¡LUCY...!

Y su voz se pega a mi alma en esa palabra enorme, eterna:

-¡NOSOTROS... NOSOTROS...!

.....

FIN

Librodot